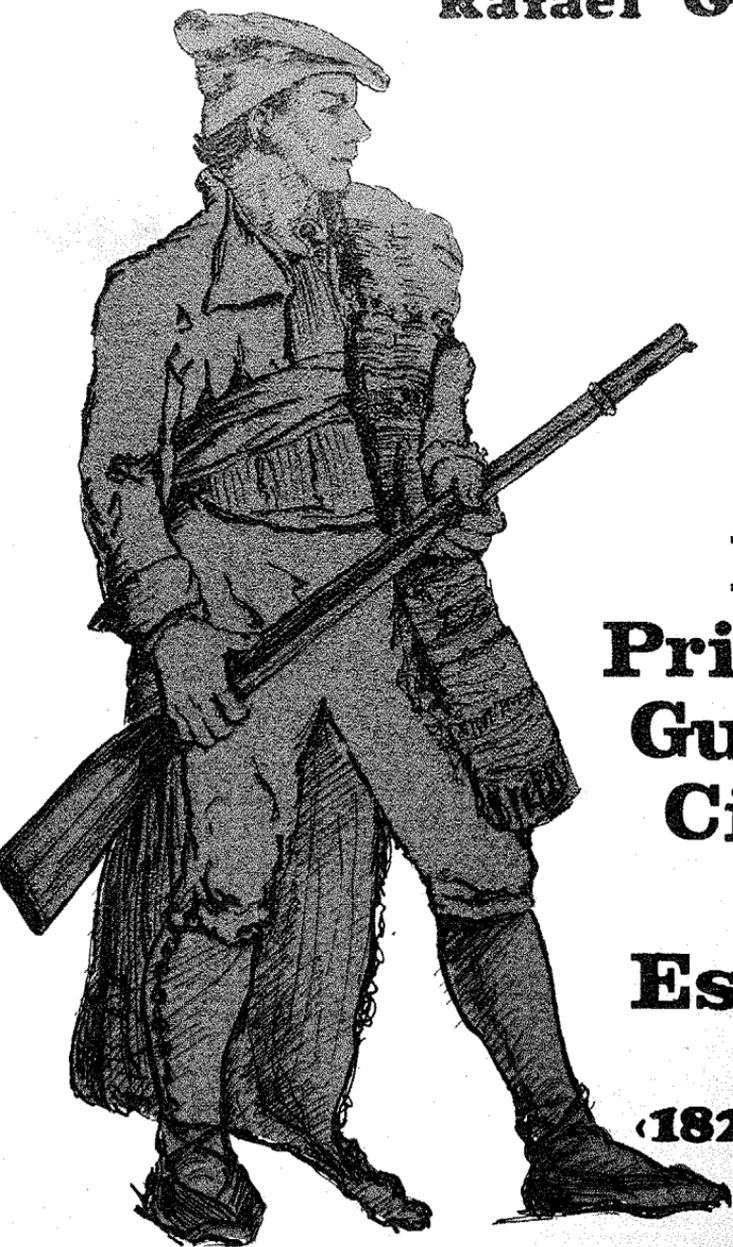


Rafael Gamba



**La
Primera
Guerra
Civil
de
España**

(1821-1823)

LA PRIMERA GUERRA CIVIL
DE ESPAÑA

Premio "Patronato Olave"
de Navarra, 1949

RAFAEL GAMBRA CIUDAD

LA PRIMERA GUERRA
CIVIL DE ESPAÑA

(1 8 2 1 - 2 3)

*HISTORIA Y MEDITACION
DE UNA LUCHA OLVIDADA*

PRÓLOGO DE JOSE M.^a PEMAN

SEGUNDA EDICIÓN

ESCELICER

1972

Primera edición, 1950
Segunda edición, 1972

Depósito legal: M. 6.025-1972

ESCELICER, S. A. — Comandante Azcárraga, s/n. — Madrid-16

A Andrés, mi hijo.

I N D I C E

	<i>Pág.</i>
Prólogo	13
I.—NUESTRA HISTORIA NACIONAL EN LOS SIGLOS XIX Y XX.	
Una continuidad trunca da	23
El libro de un cura roncalés	26
Una gesta oculta en nuestra historia contemporánea.	30
II.—LA GUERRA DE LA DIVISIÓN REALISTA DE NAVARRA.	
La España del comienzo del XIX	47
Ambiente de guerra	57
El ejército de la fe	74
Acción de conjunto	83
Guerra sin cuartel	100
Liberación	108
III.—SER E HISTORIA.	
Al cabo de más de cien años	121
El espíritu de la ilustración	124
La tradición	130
El sentido de la historia	136
IV.—LA UNIDAD DE NUESTRA HISTORIA.	
Temática y continuidad de nuestra historia	141
Sentido de nuestro tradicionalismo	144
La situación espiritual de nuestro tiempo	149
La senda del porvenir	154



11

NOTA PARA ESTA SEGUNDA EDICIÓN

Escribí este libro hace veintitrés años, y fue publicado por Editorial ESCELICER en 1950. Cuando ahora, en 1972, la misma Editorial me propone esta segunda edición, será otra generación, con mentalidad muy diferente, la destinataria de su lectura.

Se trata de una obra de juventud. Y he preferido mantenerla inalterada, con todas las ventajas e inconvenientes que esto pueda entrañar. Temo que su redacción haya perdido con el tiempo actualidad expresiva, pero pienso también que su contenido —su “mensaje”— quizá sea hoy más necesario u oportuno que en la época en que fue expresado.

Cuando estalló la guerra de 1936, su planteamiento —o el conjunto de ideas y actitudes dominantes en su génesis— era histórica y conceptualmente didfano. No había variado sustancialmente del que tuvieron la Guerra de la Independencia o las carlistas. Lo habría comprendido con facilidad incluso un combatiente redivivo de las luchas de religión del siglo XVII: la fe religiosa unida a cuanto quedaba todavía —jurídica o ambientalmente— de la civilización a que dio origen —la Cristiandad—, enfrentándose con la ideología y las realizaciones históricas de la Revolución religiosa y política, antirreligiosa y antropocentrista en su fondo e intenciones.

Al poco de finalizar nuestra Guerra de Liberación —allá por 1940— oí decir a un extranjero que la política española le resultaba ininteligible. Un Partido Único de largo y compeustísimo nombre reunía en sí (teóricamente) realidades tan heterogéneas como un legitimismo católico-monárquico

(el carlismo) y un movimiento de tipo nacionalista surgido bajo la inspiración de los fascismos a la sazón triunfantes. Junto a esta única ortodoxia legal, periódicos y círculos diversos seguían representando, en plena tolerancia, a las otras corrientes "de derechas" que de algún modo se incorporaron al alzamiento bélico: el populismo democristiano y el monarquismo liberal. Incluso en el reparto de ministerios eran estos últimos grupos los que alcanzaban mayoría en los sucesivos gobiernos nacionales.

Sin embargo, aunque complicado, circunstancial y anómalo, aquel status político —inspirado en un designio de reagrupación nacional— resultaba todavía comprensible para los que vivieron la guerra y sus tensiones en la zona nacional.

El cuarto de siglo que ha discurrido desde que escribí este libro ha complicado aquel panorama hasta términos inverosímiles. La práctica congelación de aquel Partido Único de Unificación, el fraccionamiento interno de las fuerzas que (teóricamente) lo integraban, la aparición en la escena política de extrañas fuerzas de origen más o menos religioso —especie de "sectas o monipodios" con vocación de mesianismo político— con un poder difusivo y acaparador inusitados, y —sobre todo— la ruptura de la llamada "Iglesia post-conciliar" con el orden político de origen cristiano —la Cristiandad tradicional—, han creado una confusión mental y un caos ideológico-político en el que las nuevas generaciones han naufragado hasta no captar ya significación alguna en los grupos que actúan en el escenario político ni saber a ciencia cierta qué se cuece en tan complicados hornos.

Así, por ejemplo, las declaraciones que algunos personajes políticos actuales más o menos contrariados hacen a la prensa extranjera sobre los grupos en la política actual española, resultan rigurosamente ininteligibles para quien no participe directamente en la maraña inextricable de cabildos personales y de grupo, cuya sola formulación produce indiferencia y tedio sin límites. Todo observador de la

política española "se ha perdido" hace ya años en ese laberinto sin sentido, y no es extraño que los jóvenes se refugien cada vez más en el radicalismo de posiciones más o menos demagógicas y simplistas. Tampoco lo es la agravación extrema del moderno "complejo de inferioridad" nacional que desemboca para unos en el europeísmo "superador" de las nacionalidades, y, para otros, en un separatismo disgregador. Una y otra posición entrañan una común aversión a la realidad histórica que es España, considerándola como un avispero político irredimible.

¿Qué hubo en el origen de esta inmensa Babel política? ¿Qué lenguaje político hablaban los españoles cuando eran todavía un pueblo unido por una fe y un poder de común aceptación y poseían una vigorosa personalidad histórica? ¿De dónde surgió su primera división interna, fundamental y no episódica, de la que fueron brotando todas las demás? ¿Qué ocasionó "la primera guerra civil de España"?

Como podrá verse, mucho de lo que digo aquí referente a esta coyuntura de 1972 en que se realiza esta segunda edición, coincide con lo que presentaba como motivación del libro en su primera edición de 1950. Ello supone que el proceso de divorcio entre la vida real del país y la artificiosa complejidad de su vida política, no ha hecho más que acrecentarse en la posteridad de este libro, aunque sea por motivaciones y cauces diferentes.

Si empleo el calificativo de "civil" para esta guerra inicial, y para las sucesivas guerras internas de nuestra patria lo hago en el sentido estricto de "interiores", es decir, motivadas y sostenidas entre españoles. No pretendo con él minimizar el alcance y profundidad de estas contiendas. Antes bien, creo que su motivación coincide con lo más trascendente de la historia universal contemporánea. En ellas se enfrentaron los dos mundos antagónicos de la Cristianidad y de la Revolución, y en su sentido —todavía latente— está implicada la causa de la verdadera libertad del hombre o la de su definitiva masificación. De aquí que ninguna guerra moderna —ni aun las dos gigantescas Guerras Mun-

diales— hayan despertado tan encendida polémica en el mundo, ni inspirado tanta literatura y poesía como las guerras de España desde 1821 hasta 1936.

Con posterioridad a este libro han aparecido, por lo menos, dos sobre este mismo período y guerra. Uno de ellos llevó como subtítulo "la primera guerra civil de España", y utilizó —citando su origen y junto a otro más amplio— el material histórico de este libro. No es ya esta guerra "una lucha olvidada" —o tan olvidada— como se la presentaba en la primera edición. Permanece, sin embargo, el hecho de que, antes de este libro, nunca se destacó el carácter inicial y la profunda clave histórica que entrañan los hechos que aquí se historian y comentan.

EL AUTOR

P R O L O G O



He aquí un libro que concede más de lo que ofrece: o, por lo menos, más de lo que hubiera bastado para responder a su estricto tema y ser en cualquier caso un ensayo interesantísimo de aclaración histórica de uno de los más esquivados y deformados episodios españoles de la época moderna. Bastaría al mérito del libro y a la fama de su autor que estas páginas fueran, como lo son muy cumplidamente, la demostración palmaria de que en el periodo que va desde la sublevación de Riego y la reinstauración de las Constituciones de Cádiz, hasta la intervención de los Cien Mil Hijos de San Luis, España no vivió en pacífico acatamiento del recompuesto sistema liberal, ni siquiera en inquietud de intentos o revueltas, sino en una verdadera "guerra civil" que, sobre todo por tierras de Cataluña y de Navarra, anticipaba las venideras guerras carlistas y, en cierto amplio sentido, nuestra guerra civil de 1936, así como continuaba la enjundia más honda de la guerra de la Independencia y de las guerras religiosas del siglo XVI y XVII. Esta nueva visión de aquel momento histórico aparece en este libro con una diafanidad novísima al disiparse las brumas de intencionada parcialidad con que trató de eludir estas realidades la historia oficialista liberal de nuestro siglo pasado, interesada en que no se percibiera esa continuidad histórica de nuestras guerras que tanto aclara el sentido y definición de España y la realidad providencial de

su quehacer histórico. Era conveniente reducir a inquietud de molín o anecdótico de conspiraciones cuarteleras ese período histórico, para que así, continuando la reducción de escala y volumen, la entrada de los Hijos de San Luis pudiera ser interpretada como injustificada intervención extranjera y las guerras carlistas como fanáticas rebeldías de grupos contra la mansa instauración general de España en la vida constitucional y progresiva.

Al revelar estas páginas de modo contundente que no fue así, no sólo se aclara científica y objetivamente una verdad histórica, sino que, dentro del mismo sentido y expresividad que las últimas corrientes vitalistas y existenciales han dado a la Historia, esa verdad adquiere insospechadas anchuras de revelación interesantísima para conocer el auténtico "hombre español" y correlativamente la verdadera España, sobre él formada y sobre él sostenida. La Historia se ha acercado cada vez más a la Filosofía, al reintegrarse la atención del pensador hacia la "vida" como valor fundamental, y entenderse que la vida es algo que en la Historia se realiza. En ese sentido, todo lo que pierden en quebradiza dureza los abstractos conceptos del Ser o del Hombre, lo gana en densidad expresiva "cada hombre". Así el hombre español es un ser que se ha perfilado y definido claramente al realizarse en la Historia. En el Siglo de Oro se define a sí mismo como defensor de una dogmática católica que informa toda su vida social y es defendida por él a sangre y fuego por el mundo. Todavía en la guerra de Sucesión, a principios del XVIII, es la definición católica la que da a la guerra sentido definitivo; pues es el carácter herético de los ingleses aliados del Archiduque el máximo valor polémico que se esgrime en la contienda, que se vence a favor del pariente del Rey Cristianísimo, Felipe V, cuando éste, entendiendo del todo al pueblo que pretende, da aquellas proclamas de enjundioso estilo militante de Cruzada y Lucha religiosa. Más tarde, cuando la revolución religiosa que España combatió en el siglo XVI y el XVII, decanta en consecuencias políticas, España rechaza el nuevo esquema consti-

tucional, derivado de principios naturalistas, en la guerra del Rosellón, primero, en 1793; luego en la guerra de la Independencia, estremecida de inspiraciones teológico-políticas; luego, en la guerra realista o de la Constitución que se historia en este libro y, finalmente, en las guerras carlistas. De estas guerras acaso ninguna tan expresivamente ideológica como ésta que se aclara en estas páginas y que seguramente por eso ha querido ser esquivada como ninguna otra por la interpretación liberal de la Historia. En el periodo entre Riego y Angulema, no hay motivo bélico de invasión extranjera, como antes en la Independencia; ni de pleito dinástico, como después en el Carlismo. Y, sin embargo, la guerra existe, no cesa un solo día. Los españoles pelean entre sí su secular pleito religioso, ya convertido en político e introducido en nuestra Patria. El mismo pleito que decantará luego en consecuencias sociales y dará lugar, a vida o muerte, a la guerra civil de 1936.

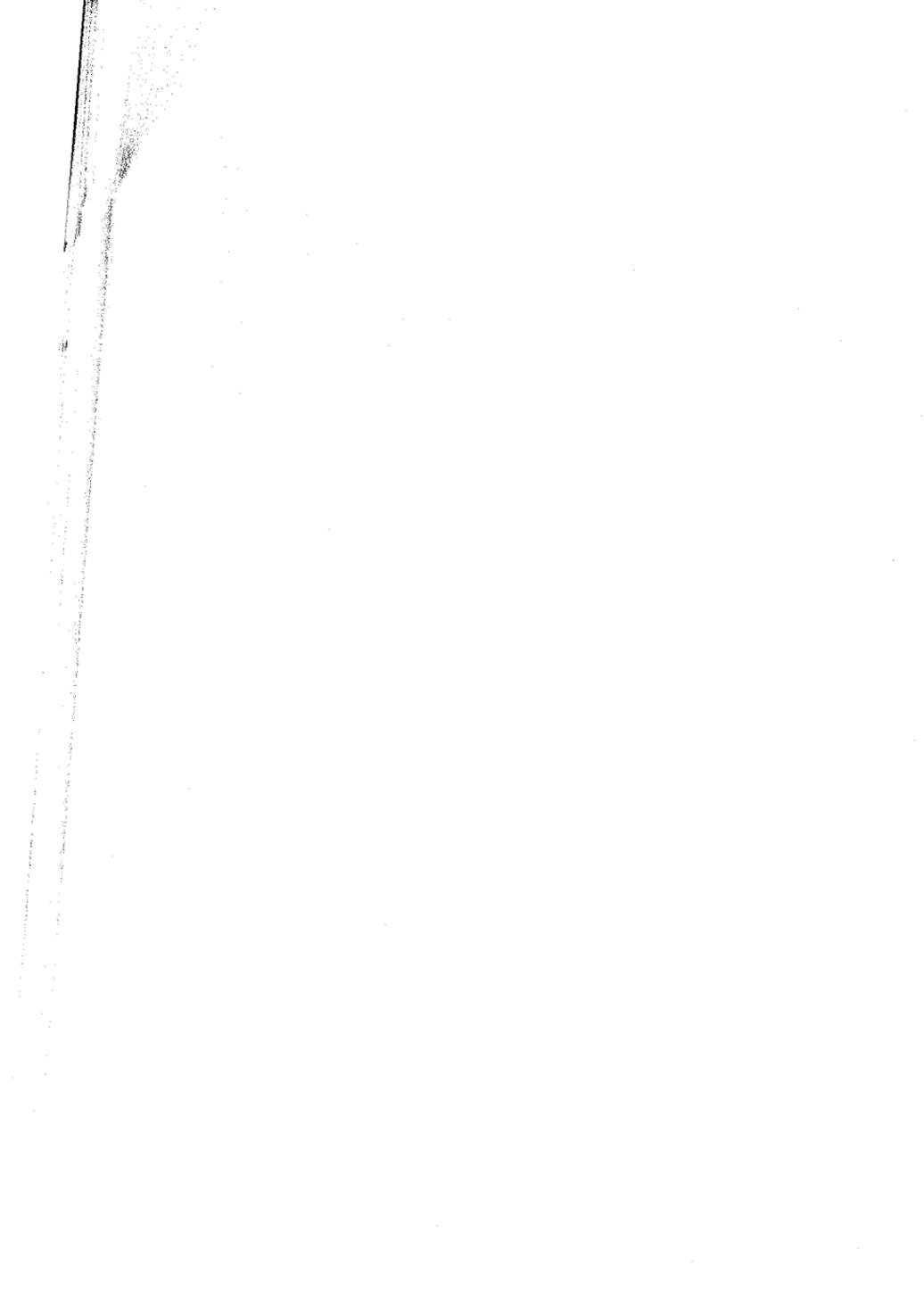
Con este enfoque histórico, absolutamente científico, las cosas se agrandan de medida, y las anécdotas de rebeldías y militaradas a que era tan aficionada la historia liberal, quedan superadas por un profundo esquema en el que vemos vivir a España, con tremenda lógica, un permanente destino providencial. Si se quiere llamar a estas realidades profundísimas, hoy y ayer, "guerra civil", llámense así, con la conciencia de que ese fenómeno histórico es el modo constante que los pueblos todos tienen de constituirse y de rechazar biológicamente los anti-cuerpos que impiden su salud. Con una guerra de Norte contra Sur, constituyen los Estados Unidos su vida actual; sobre tres guerras civiles —Albigenses, Fronda y Liga— cimentó Francia su sentido unitario; de una guerra civil —guerra de barones y de rosas— saca Inglaterra su permanente constitución monárquica. Los españoles han hecho algo más que pelearse secularmente entre sí por vidriosa y natural inquietud. Han defendido constante y luminosamente un sentido religioso del mundo y han rechazado los sucesivos esquemas políticos y sociales que se derivaban de principios contrarios. La

prueba es que Roma, verbo de la Verdad para nuestra misión católica de la vida, ha venido subrayando siempre, con su luz, las geniales anticipaciones de esta lógica de hierro que ha regido a España. Trento le dio toda la razón a nuestras concepciones íntegras, superadoras de todas las acomodaciones erasmianas o renacentistas. El Syllabus le dio la razón a nuestras guerras anti-liberales del XIX. La reciente condenación pontificia del Comunismo le dio la razón a nuestra rebeldía de 1936.

Y detrás de Roma es el mundo todo el que nos da inconsciente razón, constituida a veces por tremendas pruebas ad absurdum. Frente a la revolución materialista amenazante, el mundo no dispone más que de unas ideas confusas y un vocabulario evasivo e intercambiable, en el que nadie coloca una convicción honda ni una veneración trascendente. Se intentó, hasta hace varios años, construir el mundo sobre un esquema racional y positivista: desde los principios de Robespierre para los pueblos, hasta los puntos de Wilson para la humanidad, todos fueron esquemas matemáticos y frialdades lógicas para organizar la vida. Pero la vida ha rebosado de esos vasos. Y ahora no son los ortodoxos y reaccionarios los que han apuñalado la razón: son ellos, los ateos y naturistas, que se han encontrado con una palmaria y trágica realidad existencial que desborda todos sus esquemas constitucionales.

Que en este momento, España, poseedora de un ideario teológico-político y social, no creado por mero capricho doctrinal, sino nacido mansamente de esa realidad viva y callente que ahora tanto se busca y que nunca es tan calliente ni tan viva como cuando está transida de fe, no desfiere un tesoro defendido con tantas guerras y desgarramientos interiores, certificado y reafirmado por tantas ratificaciones romanas. Es un tesoro secular, pero está, en gran parte, inédito en su última eficacia y realización.

Todo esto y mucho más se desprende de este libro que aparenta historiar escueta y científicamente unos cuantos



I.—NUESTRA HISTORIA NACIONAL
EN LOS SIGLOS XIX Y XX

UNA CONTINUIDAD TRUNCADA

Muchas veces he pensado que un extranjero que conozca por primera vez la Historia de España en cualquiera de los manuales al uso, ha de experimentar, al leer sus últimas páginas, una impresión de perplejidad muy semejante a la que le habrían producido las primeras.

A todos nos sucede, cuando leemos la historia de los pueblos primitivos, que experimentamos una incompreensión natural hacia ella. Nos reseñan unos hechos, nos lo prueban documentalmente, pero el espíritu que los enlaza y les confiere razón y sentido, permanece desconocido para nosotros. Parece como si de esa parte de la historia quedase sólo el cuerpo, la forma exterior, pero faltase el alma, el hilo que mantiene nuestro interés histórico. Las luchas y los pactos, el arte, los hechos todos, de iberos, celtas y tartessos, por ejemplo, nos aparecen hoy de este modo deshumanizado y extrínseco, de forma que nos sería imposible crear un drama histórico sobre la vida de Argantonio sin tener la íntima convicción de que todo ello resultaría algo artificioso y, seguramente, irreal.

Pues bien, cuando aquel lector llegue a los siglos XIX y XX, le sucederá algo bastante parecido. La Historia de España, en que habrá encontrado un espíritu, un sentido y una continuidad marcadísimos, se transformará de pronto en una historia constitucional y política, puramente extrínseca y oficial, que, si algún espíritu oculta, es totalmente ajeno al de los siglos precedentes.

Aquella sucesión de ministerios ya olvidados que nos relatan al llegar este período, aquellas controversias parla-

mentarias, los doctrinarismos de partidos y la alternancia de éstos en el Poder, los mismos pronunciamientos militares, nos resultan hoy, a pesar de su proximidad, tan ajenos como las vicisitudes históricas de la España prerromana.

El relato que se nos hace de los anteriores siglos de la Historia de España, nos parece inteligible: comprendemos los afanes por que se movieron los españoles en la conquista y colonización de América y en el Concilio de Trento. Penetramos en el sentido de luchas como la Reconquista, o Lepanto, o las guerras de religión. Más aún: su espíritu vive y actúa, en cierto modo, sobre nosotros mismos. En otras luchas de esos siglos, aunque ya no perdure su espíritu, podemos encontrar un sentido profundamente humano y real. Así, la guerra de los Comuneros como reacción de un pueblo de miras localistas, aún no preparado para empresas universales, frente a la política exterior de su Príncipe, que, al fin, se impone.

Con las disputas constitucionales y políticas de los siglos XIX y XX no nos sucede lo mismo. Ni las vivimos ni las comprendemos, pero ni aun siquiera las recordamos. ¿Quién que no lo haya vivido sabe hoy lo que significaron y defendieron el partido *Moderado Histórico*, el *Liberal-Conservador*, el *Fusionista*, el *Posibilista*, y otros mil y mil partidos que en nuestra Patria han nacido, triunfado y muerto sin dejar rastro de su paso por la existencia? Su espíritu, si lo tuvieron, y el motivo de sus luchas, nos resultan hoy tan desconocidos como los de Ilergetes, Ausetanos y Lacetanos en el siglo X antes de Jesucristo.

¿Qué ha sucedido con nuestra historia de los últimos tiempos? ¿Es que nuestro pueblo —quizá por una traición al espíritu de su pasado— se ha entregado a una vida superficial y extrínseca, sin sentido profundo ni continuidad, condenada a la esterilidad y al olvido?

¿O será, más bien, que nuestros tratados de Historia, al llegar a estos siglos, omiten la verdadera Historia de España que corre por debajo de ese anuario constitucional que

nos relatan? Si esto fuera así, ¿podrá hablarse de sentido unitario y continuo en nuestra historia nacional?

A llevar alguna luz a la cuestión van destinadas estas páginas. Sobre ellas me ocurre una perplejidad: no sé si son de Historia, de Filosofía de la Historia o de ambas cosas superpuestas. Pero creo que hay problemas —como éste, en que va envuelto el sentido de nuestra historia— que necesitan de ambos enfoques para ser comprendidos.

Quizá sea posible fijar con exactitud el momento en que la Historia de España parece perder su sentido permanente para transformarse en esa incomprensible y árida sucesión de crisis ministeriales y de reformas constitucionales.

A mi juicio, este momento queda comprendido en los años posteriores a la invasión napoleónica. La Guerra de la Independencia fue un movimiento espontáneo brotado de la entraña de un pueblo, huérfano a la sazón de jefes, que sólo obedeció a los impulsos de su corazón. En su motivación se conjugan, con el orgullo nacional ofendido, el religioso entusiasmo contra el "impío invasor" y el sentimiento monárquico; esto es, los principios medulares de toda nuestra Historia. Sin embargo, casi a continuación de terminada aquella lucha que marcó el grado de virilidad y espontaneidad vital que conservaba el pueblo español de principios del XIX, va a comenzar una época en que todo el quehacer nacional parece limitado a las disputas parlamentarias sobre el articulado de una Constitución afrancesada o sobre la redacción de leyes antirreligiosas como las de Monacales, las de supresión de Diezmos o las de Desamortización.

¿Hay algo entre ambos momentos que pueda darnos luz sobre este, al parecer, absurdo histórico? Alguna alusión hacen las historias de la época a unas *bandas facciosas e ignorantes* que, tras la implantación en 1820 de la Constitución de Cádiz, *infestaban* las tierras del Norte. Pero son tan ligeras esas indicaciones, que casi nos pasan inadvertidas.

Mas al lado de los tratados de Historia que podemos calificar de consagrados, existen, dentro de las fuentes de la época, unas crónicas históricas de carácter local sobre esas llamadas facciones, crónicas que no han solido valorar —ni aun registrar— los historiadores clásicos. Ante mí tengo tres de las más completas y representativas. Una —anónima— se titula: *Relación histórica de las operaciones militares de los realistas guipuzcoanos acaudillados por el presbítero Gorostidi, desde su formación, en defensa de la Religión y el Rey, hasta la suspirada libertad de S. M.* Impreso en San Sebastián en 1824. Otra, firmada por J. M. y R., lleva por título: *Memorias para la historia de la última guerra civil de España. Contiene los principales sucesos de Cataluña desde que se levantaron los primeros realistas hasta el fin de dicha guerra.* Está editada en Barcelona en 1826. Una tercera, en fin, llama particularmente nuestra atención, no sólo por lo sugestivo de su título, sino porque desde sus primeras páginas aparece, junto con una notable coherencia histórica, una clara conciencia del sentido de la lucha y del momento. Es ésta la *Historia de la guerra de la División Real de Navarra contra el intruso sistema llamado constitucional y su Gobierno revolucionario*, cuyo autor es don Andrés Martín, cura párroco de Uztároz —del valle pirenaico de Roncal—, impresa en Pamplona en 1825.

Tal vez merezca la pena buscar entre su *exposición de motivos* esa claridad y continuidad históricas que no encontramos en la historiografía más conocida. Veámoslo.

Su estilo literario es el de la época; un tanto ampuloso, pero correcto y no desprovisto de elegancia en las construcciones. Es, sobre todo, el libro escrito con el corazón por un hombre totalmente entregado a una Causa. Sus observaciones, a menudo ingenuas y candorosas para quienes al cabo de más de un siglo las leemos, tienen profundidad doctrinal y revelan, como he dicho, una visión clarísima de la significación de aquellos hechos y aquel tiempo (1):

(1) Pío Baroja, en un artículo sobre el cura Gorostidi (*Siluetas ro-*

héroes de la Independencia, como antes lo había sido de los voluntarios de 1793 contra la Revolución Francesa.

Y tampoco se reduce a una fugaz oposición a los nuevos ideales ilustrados, ahogada allí mismo y sin consecuencias ni continuación. *Dios, Patria y Rey* es el lema de las posteriores guerras carlistas, como *Dios y Patria* es el ideal común y básico de nuestra última Cruzada de Liberación.

Los historiadores suelen presentarnos estas guerras como totalmente heterogéneas y desconectadas entre sí. La de 1793, como respondiendo a motivos nacionales de política exterior; la de la Independencia, como defensa contra el invasor; las carlistas, como provocadas por un pleito dinástico. Todo esto es, sin duda, cierto; pero existe, además, y sobre todo, un elemento *religioso y político* (o, mejor, *religioso-político*) que es sustrato común de todas ellas y hace que pertenezcan a un mismo ciclo histórico con fines y alientos comunes.

Y esto puede demostrarse plenamente mediante el conocimiento de una guerra casi olvidada y desconocida hoy por el común de las gentes, que tiene lugar entre la Guerra de la Independencia y la primera carlista, uniendo a ambas en una continuidad de pensamiento y de acción. Me refiero a la sostenida de 1821 a 1823 por los partidarios del antiguo régimen católico y monárquico contra los liberales, que, tras el alzamiento de Riego en 1820, habían impuesto a Fernando VII la Constitución de 1812. Es decir, la guerra a que se refieren las aludidas crónicas.

En ella no hay un motivo de política exterior, pues en este período España está ausente de la vida internacional. Tampoco responde a una invasión extranjera, antes al contrario, se llega en ella a una colaboración con la Francia de Luis XVIII, que culmina con la entrada de los Cien Mil Hijos de San Luis. Ni se ventila pleito dinástico alguno, ya que los dos bandos en lucha reconocen por Rey a Fernando VII.

Por eso he dicho que es clave para la inteligencia de este proceso histórico.

UNA GESTA OCULTA EN NUESTRA HISTORIA CONTEMPORANEA

Es la verdad, que durante el siglo XIX tiene lugar en nuestra Patria una gesta que, no por silenciada de gobernantes e historiadores, deja de marcar el verdadero sentido de nuestra vida nacional desde principios de ese siglo hasta nuestros días.

Puede decirse, en un sentido, que en este período se dan en nuestro suelo las guerras de religión que para el resto de Europa tuvieron lugar en el siglo XVI. De la guerra de los Treinta Años, España, mantenedora de la causa católica, sacó el fruto de conservar intacta su unidad religiosa. Mucho habían logrado sus armas en Europa en defensa de la ortodoxia; pero no logró una victoria plena contra la herejía, y, como el sentido de la lucha era universalista, puede decirse que, al fin, fracasó en su empeño. No obstante, la salvación de su unidad interna le permitió vivir en paz espiritual durante más de dos siglos, pues la unidad religiosa y política se mantiene *de jure* hasta principios del siglo XIX, aunque *de facto* puedan notarse influencias heterodoxas en años anteriores.

Como es sabido, el primer intento de introducir en España un sistema explícitamente revolucionario y, en el fondo, heterodoxo, coincide con la invasión francesa de 1808. Napoleón, defensor y salvador de los principios revolucionarios, de los que nunca abjuró, identificó la causa de la Revolución con la de Francia y sobre aquellos principios constituyó un Estado fuerte e imperialista. Con ello todo quedó subordinado al interés del Estado, que era el

de la Revolución. La victoria de sus armas extendió por toda Europa las ideas revolucionarias. Por esta significación histórica —a la vez revolucionaria e imperialista— alguien, no sin razón, le ha llamado *el primer fascista de la Historia* (2).

España, aunque vencedora militar de sus ejércitos, fue una víctima suya en el orden espiritual. Gran parte de sus clases elevadas —nobleza, Ejército, intelectuales— se declararon partidarios de las nuevas ideas constitucionalistas afrancesadas. Durante la misma Guerra de la Independencia se hicieron en nuestra patria los dos primeros intentos de reunir Cortes liberales. Unas en Bayona, haciendo honor a su significación y origen, en torno a José Bonaparte. Otras en Cádiz, por aquel escaso número de liberales que, según frase de Menéndez Pelayo, por loable inconsecuencia dejaron de afrancesarse (3).

Entonces comienza una serie de guerras, casi olvidadas algunas, silenciadas y mal comprendidas todas. A través de ellas, sin embargo, se prolonga el sentido auténtico de nuestra historia, que, a partir de la guerra de los franceses, no puede encontrarse en una historia política vista des-

(2) El mismo dijo de sí en el destierro al intentar definir su posición histórica: "Yo, el representante de la Revolución Francesa y el instrumento de sus principios..." "Cada una de nuestras victorias ha sido un triunfo de las ideas de la Revolución".

(3) Según el marqués de Miraflores, "la misma Constitución escrita dada a Francia en su primer ensayo constitucional, fue por la que se modeló la Constitución de 1812 en Cádiz, punto que está hoy fuera de controversia. Tómense ambas Constituciones en la mano y se conocerá su afinidad." (Memorias, Introducción, XXIII). Así lo hizo el P. Vélez mostrando el paralelismo de ambas mediante minucioso cotejo. (Vid. SUAREZ VERDEGUER, *Génesis del Liberalismo político español*. Rev. "Arbor", núm. 21, mayo-junio 1947).

Don Andrés Martín, cronista de la guerra realista, expresa, por su parte, la misma idea: "Convencida (la Junta) —dice— de que la Constitución ilegítima de Cádiz era trasladada literalmente de la de Francia en tiempos de Robespierre..." (pág. 241).

Fijándose sólo en el aspecto de la legítima defensa contra el opresor, la guerra de los franceses ha sido cantada a la vez por liberales y tradicionalistas, y su recuerdo agitado hasta por los rojos en nuestra última guerra civil. Sin embargo, el odio al francés no fue tanto, aun después de la guerra, que no permitiese quince años más tarde la entrada de los Cien Mil Hijos de San Luis, que fueron entusiásticamente recibidos y agasajados a su paso por campos y ciudades. En el francés de Napoleón veía el español de entonces al enemigo de su fe, de sus instituciones, de la legitimidad monárquica; al orgulloso imperialista opresor de pueblos cristianos, hijo de la Revolución y nieto de los herejes de las antiguas guerras. En el francés del duque de Angulema veía, en cambio, al liberador de su Rey, al restaurador del orden cristiano y de las viejas instituciones tradicionales. Y la lucha contra los ejércitos napoleónicos fue, a la vez que guerra de Independencia, cruzada contra la Revolución, alentada por el clero en todas partes y animada del popular espíritu religioso.

Después tienen lugar una serie de luchas civiles que podemos llamar de independencia espiritual respecto de las nuevas ideas revolucionarias. Todas reconocen como causa una misma fe en que se unía, en apretada síntesis, el espíritu religioso, aún vivo y fervoroso en las clases populares, con el amor a las formas castizas de gobierno y la lealtad a la

zona durante el mes de octubre del mismo año. Y es precisamente cuando el entonces Capitán a Guerra del Valle, tras diversas escaramuzas y saqueos de los franceses, sostiene violento altercado en la misma muga (o límite) con el jefe de las milicias provinciales, que, prevalido en el fuero, se negaba a traspasar la línea de la frontera en persecución del enemigo. Y es el roncalés, con los suyos y los soldados que quisieron seguirle, quien se lanza hasta el pueblo francés de Ste. Engrace tomando represalias e incendiando 41 de sus casas. (Archivo Gral. de Navarra. Sec. de Guerra. Lg. 9, cs. 23, 29, 32 y 36.) (Estos hechos se hallan relatados en las declaraciones del capitán del Valle al Rey, en la "Gaceta de Madrid" de 23 de julio y de 25 de octubre de 1793.)

Puede verse cómo el valle navarro fronterizo, lejos de ser inducido a la guerra por elementos y causas extraños, es el más decidido y entusiasta en las operaciones, en que se cubrió de gloria.

legitimidad monárquica. La defensa, en fin, de un orden social que se estimaba derivación del credo religioso que con él formaba una fe y una bandera.

Todas estas luchas tienen por principal escenario el Norte de España y, dentro de él, una amplia zona cuyo centro de gravedad corresponde a Navarra. En las primeras sublevaciones cabe también a Cataluña un importantísimo papel. En el hermetismo característico de los vascos, en su apego a las propias tradiciones y costumbres, así como en la religiosidad de este pueblo y, en general, del Norte de España, podemos encontrar la clave de esta localización predominante en las últimas guerras.

Muchos historiadores, sin embargo, han pretendido ver la causa de estas luchas en reivindicaciones forales o de privilegio regional, y para ello se apoyan precisamente en esta localización. Evidentemente, en todo proceso histórico concreto las motivaciones se dan en una íntima compenetración y es muy difícil separarlas netamente en cualquier hecho determinado. No obstante, esta reivindicación foral, que positivamente existió, quería serlo para todas las regiones, y no cosa exclusiva de ninguna. Concebíase como el principio general de independencia administrativa y jurídica, unida al afecto natural a las instituciones propias y seculares; y, si bien es cierto que, merced a las guerras, consiguieron estas regiones conservar su régimen foral, no lo es menos que éste sirvió para mantener en ellas vivo, durante más de un siglo, el espíritu español y religioso.

Al respecto escribe el capitán inglés Henningsen, que luchó en las filas de Don Carlos, en su libro *Campaña de doce meses con Zumalacárregui* (6): "Nos dicen que las provin-

(6) Sobre HENNINGSSEN y su crónica vivida hace SUAREZ VERDEGUER el siguiente juicio en la revista "Arbor" (núm. 7, pág. 87):

"C. F. Hemmingsen fue un inglés que sirvió a Don Carlos como capitán de Lanceros a las órdenes de Zumalacárregui, precisamente en una época en que su Patria llevaba el guión del Liberalismo frente a las potencias de la Santa Alianza y apoyaba a María Cristina en defensa de la Monarquía liberal de Isabel II. Vino a España impulsado por el mismo espíritu aventurero que le llevó a guerrear luego en otros

cias del Norte están luchando no por Don Carlos, sino por sus propios privilegios. Esto no es así: el realismo de los campesinos españoles es un sentimiento que no se concibo ahora fácilmente en el resto de Europa: aquel espíritu que animaba a los franceses hace un siglo cuando las últimas palabras de un francés moribundo eran: *Pour Dieu et le Roi* y cuyo rescoldo apagó con tanta dificultad en la Vendée la República que conquistó Europa..." "De los que en la ac-

países... Era soldado, y no escritor, ni orador, ni político, y publicó su obra *Campaña de doce meses en Navarra y provincias vascongadas con el general Zumalacárregui* en Londres, en 1838.

"La historia del periodo liberal español está hecha por quienes llevaban en los ojos un cristalino que les hacía ver la realidad a través de todo un mundo de ideas preconcebidas; el resultado fue una visión en la que, si bien los hechos no dejan lugar a que se dude de que efectivamente sucedieron, el sentido que a la totalidad de ellos se da, su conexión causal y la interpretación de lo sucedido, es algo tan postizo como incomprensible, tan confuso como falto de lógica, tan superficial como el sistema político que los informa.

"Que el inglés estaba en mejores condiciones de apreciar la situación española que los clásicos Toreno, Alcalá Galiano, Burgos, etc., es evidente, puesto que a Henningsen no le ataba la serie de intereses de toda especie que, aun inintencionadamente, tenían que informar los escritos de los políticos españoles.

"Pero si el historiógrafo inglés se hubiera dedicado simplemente a una sencilla narración de los acontecimientos que presenció durante su campaña, el valor de su obra como fuente histórica no hubiera pasado de servir para comprobaciones o rectificaciones de sucesos. El que tuviera un temperamento de historiador es lo que le hace construir una obra maestra en su género y valiosa en extremo, por la vida real y objetiva que infunde a los hechos...

"Sólo así se explica la seguridad con que afirma lo contrario de lo que todo o casi todo el mundo acepta, en especial al escribir sobre el ambiente favorable que en todo el país, salvo en Extremadura, tenía la bandera de Don Carlos: "Una inmensa ventaja que tenía el ejército carlista, era la simpatía de los habitantes por su causa. En cualquier sitio encontraba el carlista un hogar y una ayuda; y los liberales, terribles y decididos enemigos. Yo me comprometería a ir, presentándome como un carlista, de cabaña en cabaña hasta una jornada de Madrid y ser asistido por los campesinos con peligro de su vida."

tualidad luchan con las armas, ni uno entre veinte conoce el significado de la palabra *fueros*, aunque ésta sea familiar a su oído" (7).

Pues bien, la primera de estas luchas es, como he dicho, la campaña realista, comúnmente llamada *de la Constitución*, de la que forma parte principal la guerra de la División de Navarra, y es el momento crucial de nuestra historia cuyos hechos pretendo aquí revivir.

Veamos cómo concibe el cura de Uztárroz en su crónica la motivación de la lucha en sus orígenes (pág 5 y ss.):

"Desde el triste momento en que el espíritu de rebelión, desenvuelto segunda vez en las inmediaciones de Cádiz en enero de 1820, alzó su ronca voz contra los derechos esenciales e imprescriptibles de la soberanía del Rey nuestro Señor, Rey y Nación, sorprendidos con los amagos de una revolución funesta, corrieron luego al auxilio de las armas para apagar las llamas del incendio en su propio nacimiento.

(7) La posible influencia del régimen foral en esa localización de las guerras civiles habría que buscarla más como causa que como fin o ideal perseguido. Según una original tesis de F. ELIAS DE TEJADA, el navarro se adhirió unánimemente a la causa realista, y después a la carlista, porque más acusadamente que ningún otro pueblo de la Península vivía de hecho las *libertades concretas* del hombre medieval mediante instituciones y autonomías de vida todavía floreciente. Y estuvo en condiciones de optar entre la *Libertad abstracta* de la Revolución Francesa y las *libertades concretas* de la organización medieval, y de decidirse sin dudar por éstas que, además de aparecerle seguras y difícilmente superables, se le presentaban santificadas por la herencia de sus mayores (*Conferencia pronunciada en la Diputación de Navarra en 15 de abril de 1947.*)

Sería, por otra parte, sumamente fácil documentar —y a lo largo de nuestra narración lo iremos viendo— el juicio de que en ninguna época tuvo menos virulencia la cuestión foralista o regional que en aquella en que estalla nuestra primera guerra civil (la realista). Aquellos hombres prestigiosos y enraizados en Navarra (los organizadores de la lucha), que vivían y amaban una situación foral y federal, tenían lo que podemos llamar *españolismo* y devoción por el Rey común mucho más en la base de sus entusiasmos que lo que podríamos llamar *navarriano*, y en un grado aún superior a lo que se encontraría en el ambiente de hoy, al cabo de más de un siglo de centralización política.

to. Pero en vano: los ejércitos que ocupaban las plazas estaban ya conformes en los planes de la revolución y, lejos de defender a su Rey como debían, fueron los primeros que tremolaron los estandartes de la rebelión..."

"Debemos, no obstante, declarar, en obsequio de la lealtad española, que ninguna de sus ciudades, villas ni lugares prestó libremente su voto o consentimiento en favor de los rebeldes, sino amenazada y obligada a viva fuerza por los mismos. Así sucedió en la siempre fiel y heroica Pamplona, capital de la Navarra, donde la guarnición militar, sublevándose contra su Rey, publicó la Constitución de 1812, obligando al Ayuntamiento y demás autoridades a asistir al acto de la perfidia solemnizada con juramento..."

"Pero ¿cómo habría de adherirse a la forma de un Gobierno antimonárquico la siempre fiel Navarra, que en todos los tiempos se ha sacrificado victoriosamente por conservar ilesos los supremos derechos de Dios y del César pagando a ambos sus respectivos tributos de amor, de obediencia y de lealtad?"

"¿Cómo era posible que la heroica Navarra amase una Constitución democrática que hacía pedazos las tablas de sus justas y sabias leyes, que mudaba sus buenos usos y costumbres, que aniquilaba sus fueros? ¿Cómo había de consentir que un Gobierno revolucionario, compuesto de una porción de rebeldes, sin más derecho que la fuerza, la privase de la preciosa herencia de sus padres?..."

"En efecto, unos pocos navarros, bien seguros de los sentimientos de religión y lealtad que animaban a la mayoría de los habitantes de este reino y de toda la nación en favor de la causa del Rey y contra el sistema ruinoso planteado por los rebeldes, concibieron la alta idea y empresa extraordinaria de restaurar la España del impío y tiránico poder constitucional, armando para el efecto a todos los leales que se alistasen para defender esta causa."

"Los primeros que idearon y conformaron este plan extraordinario fueron por este orden: Don José Joaquín Mélida, abad de la villa y parroquia de Barasoain, hoy canóni-

go de Zaragoza; don Francisco Benito Eraso (8), del estado noble, vecino del lugar de Garinoain; licenciado don Joaquín Lacarra, canónigo de la catedral de Pamplona (9); don Juan Villanueva (10), capitán efectivo graduado de teniente coronel, retirado en su casa de Pamplona; don Manuel Uriz, del estado noble, vecino de Sada (11), y don Santos Ladrón (12), teniente coronel retirado en su casa de la villa de Lumbier, y otros varios sujetos de la confianza de estos mismos. La resolución que tomaron de vencer o morir en

(8) El futuro general carlista, que cedió a Zumalacárregui el mando supremo. Documentación de Eraso. (Archivo General de Navarra.)

(9) Testimoniales de méritos y Memorial de servicios al Rey del canónigo Lacarra. (Archivo Catedral de Pamplona. Papeles de Lacarra.)

(10) Conocido por "Juanito de la Rochapea".

(11) Hoja de servicios y méritos de Uriz. (Bteca. del Museo de Recuerdos Históricos. Pamplona.)

(12) Don Santos LADRON DE CEGAMA, de noble familia, nació en Lumbier en 1784. Tomó parte en la Guerra de la Independencia, en la que se cubrió de gloria y alcanzó el grado de teniente coronel. (Relación de sus servicios durante la Independencia. Archivo Gral. de Navarra. Sec. de Guerra. Lg. 17, c. 51.)

Retirado en su casa de Lumbier al advenimiento del régimen constitucional, se subleva con los primeros realistas y es, en la guerra de 1821, el verdadero caudillo que dirige y entusiasma a los voluntarios navarros. Triunfantes sus armas en 1823, fue la persona más prestigiosa y querida en Navarra, y gobernador militar en los años siguientes.

Su fin fue trágico: sublevado por Don Carlos el 3 de octubre —el primero— al frente de sus antiguos voluntarios, sufre una especie de perturbación o letargo mental, producido quizás por una droga (opio posiblemente) que le suministraran en Los Arcos disuelta en vino, y, no acertando a dar órdenes, espera neciamente la llegada del enemigo mientras los suyos confiaban en su experto jefe. En el momento del ataque se defiende personalmente con el sable, pero en estado de sonambulismo. Según otros, Ladrón sufría hace tiempo accesos de enajenación mental y en ello habría que buscar la causa de su anómala conducta.

Conducido prisionero a Pamplona, es fusilado en el foso de la Ciudadela el 15 de octubre. La muerte de jefe tan prestigioso y querido fue el acontecimiento último que decidió a Zumalacárregui a tomar las armas por la causa carlista.

Carlos V, en julio de 1834, decretó que don Santos Ladrón figurase en la "Guía Oficial del Estado" como capitán general y que se erigiese un monumento a su memoria en la plaza principal de Pamplona.

una lucha tan fuerte y desigual fue la más grande, ardua y peligrosa, para cuya feliz ejecución eran indispensables las virtudes de prudencia, magnanimidad y fortaleza en grado eminente" (13).

"Entabláronse asimismo relaciones con otros adictos al Rey, como eran el teniente general don Francisco Eguía—que estaba en Bayona— y el cura Merino, que, después de haber hecho prodigios de valor con su partida armada en favor de la buena causa, se vio precisado a ocultarse en las leales montañas de la fiel provincia de Burgos..." (14).

El recuerdo de esta guerra puede servirnos como demostración histórica de hasta qué punto se vivía en la España de principios del XIX la cuestión política y religiosa, y de lo absurdo que resulta el buscar para las posteriores guerras carlistas una causa determinante ajena a la que estos motivos representan. En ellas, el pleito dinástico o la cuestión de la legitimidad es algo real que tampoco cabe olvidar; pero, con pleito, o, como en la guerra que aludimos, sin pleito, estas luchas tenían que darse, porque en el pueblo español no podían convivir armónicamente dos concep-

(13) Pueden verse las causas instruidas contra don José J. Mérida, don Juan Villanueva y su mujer doña Micaela Eguaras, don Santos Ladrón, don Manuel y don Javier Uriz, y don Francisco Benito Eraso, con motivo de su salida de Pamplona para ponerse al frente de la conspiración, en el Archivo Histórico Nacional. Sección Consejos. Lg. 12.228, núm. 1.

(14) Merino, el célebre guerrillero de la Independencia y después de la guerra carlista, fue uno de los primeros en alzarse, como veremos, contra el régimen constitucional y en favor de los principios católicos y monárquicos, aunque su primera salida constituyese sólo uno de los previos y frustrados intentos de la guerra.

Sublevado el 28 de mayo de 1821 en las proximidades de Burgos, reunió pronto una importante partida de sus antiguos guerrilleros y logró vencer a principios de abril, en Torduelas, al *Empecinado*, enviado por el Gobierno para reducirlo. Sin embargo, dispersadas sus fuerzas unos días después en Salvatierra de Alava (29 de abril) por la acción conjunta del *Empecinado* y del capitán general de Pamplona, López Baños, hubo de internarse en las montañas de su tierra natal para reaparecer algún tiempo después.

nes contrapuestas de la vida. Y esto, no por defecto o inferioridad de civilización como pretenden hoy algunos que admiten el régimen liberal *para otros pueblos*, ni por africanismo apasionado como sostiene Unamuno, sino por adhesión firme a una fe y por visión clara de su influencia en otros órdenes como el político. Y esta percepción de las formas y de las diferencias irreductibles de las cosas, y esta jerarquización de la vida, considerando las esencias como lo más importante, son signo claro de clasicismo, es decir, de civilización, y de civilización europea a la vez que de espíritu cristiano.

Partiendo del estudio de esta guerra, vamos a dirigir una mirada de conjunto al ciclo histórico contemporáneo, que quizá haya culminado en nuestra guerra de Liberación. Esto nos permitirá apreciar cuán definido estaba ya en aquella primera el signo de estas luchas, y qué penetrante visión mostraron los españoles de entonces sobre la esencia y peligros de aquel liberalismo al que los demás pueblos de menos sentido de la ortodoxia abrieron sus puertas como a una reforma más. A lo largo de sus episodios podremos ver desfilar destacadas figuras militares, tanto de la Guerra de la Independencia —Merino, Eroles, Ladrón—, como de la carlista —Gómez, Zumalacárregui, Eraso, Guergué—, aportando datos poco frecuentes a nuestro conocimiento de sus biografías y mostrándonos a través de ellas la continuidad y va de todas estas luchas.

Pero esta visión sobre aquella primera guerra civil de nuestra época nos plantea problemas que entran de lleno en el campo de la Filosofía de la Historia. Si antes de ella existe de hecho una verdadera continuidad política y religiosa en nuestro pueblo, a partir de ella, o, mejor, tras la efímera restauración que su resultado determinó, no podrá señalarse ya entre nosotros la estabilidad de un Gobierno durable, ni prestigio institucional alguno, ni auténtico y común aglutinante nacional. Ello confiere a esta contienda —la más feroz e inhumana entre nuestras luchas civiles— una posición que podríamos llamar *límite*. Cualquier inten-

to de interpretar el sentido de la complejísima historia contemporánea de España conduce, ascendiendo a través de todas las posteriores disidencias y pugnas, hasta esta primera e inicial.

Así, pues, para tal interpretación nada podrá ayudar tanto, a mi juicio, como penetrar en el oscuro y turbulento período fernandino, tan poco conocido como saturado de tópicos históricos y de versiones tendenciosas. En él —iniciador de una dilatada ejecutoria histórica— encontraremos acentos que aun hoy nos son familiares. El español lector actual de la Guerra Constitucional puede tomar —y tomará en casi todos los casos— partido por alguno de los bandos en lucha, y reconocerá en ella un momento clave para la historia de su pueblo.

Tras de procurar hacer explícito el valor revelador que tal episodio encierra para una interna visión de nuestra historia moderna, cabe contrastar el signo general de esta época con el sentido y carácter de nuestra anterior historia nacional, para ver si puede hablarse de una dirección unitaria que le confiera estilo y personalidad permanentes, o si, por el contrario, no hallamos sino una pluralidad de sentidos que la limitaría a una categoría geográfica sin unidad espiritual.

Estos serán nuestros problemas.

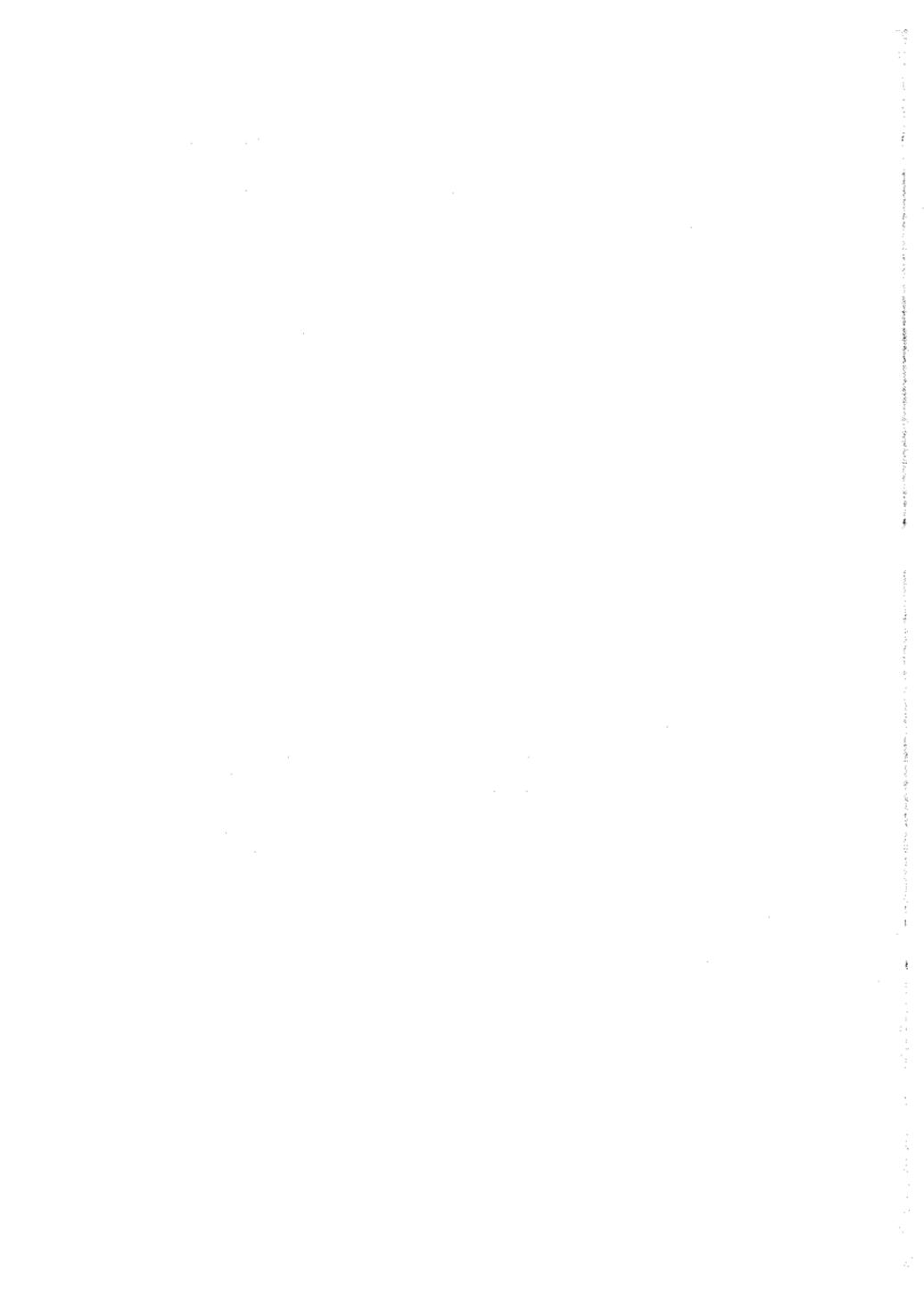
Una vez enmarcada esta guerra en su ámbito histórico e ideológico, haremos una narración de sus episodios que nos ponga en contacto con aquellos héroes de antaño, con sus afanes y sus luchas, las primeras de toda la inmensa tragedia de nuestra historia de los siglos XIX y XX.

Después, y sobre la meditación de estos datos de la historia, trataremos de penetrar en aquellos temas de interpretación histórica que, psicológicamente al menos, se concatenan de modo lógico y necesario.

Así resultará el nuestro uno de esos estudios bifrontes

—Historia de un lado y Filosofía de otro— a que tan aficionada es nuestra época. Ya que, si es cierto que, como dice García Morente, la Historia es la ciencia típica de nuestro tiempo, no lo es menos que el *sentido de la Historia*, es decir, su filosofía, constituye la preocupación dominante en nuestro momento espiritual.

II.—LA GUERRA DE LA DIVISION REALISTA DE NAVARRA



En su citada *Campaña con Zumalacárregui* escribe Hennigsen entre sus impresiones sobre la población española de aquella época: "En el momento actual se puede dividir la sociedad española en dos clases: la agrícola y la que en francés se llama tan apropiadamente *industrielle*, que incluye a las que en Inglaterra estamos acostumbrados a considerar, si no como las únicas, sí al menos como las más respetables de la nación... Estas últimas clases —a diferencia de los campesinos, que, viviendo lejos de las ciudades, tienen una mezcla extraña de pretensiones aristocráticas y de sencillez— están completamente degeneradas y desmoralizadas. Una ferocidad mora es todo lo que queda de su anterior valor y espíritu elevado. El tradicional sentimiento del honor ha descendido en ellos a una vanidad pretenciosa..., licenciosos de costumbres..., de corazón frío: la corrupción universal ha destruido su civilización.

"Pero felizmente este cuadro —que incluye a nobles de título, políticos, militares, altas clases del clero, comerciantes y ciudadanos en general— sólo comprende la décima parte de la nación española... El labrador español, independiente y de espíritu elevado, aislado de las masas reunidas entre las que todas las revoluciones se abren paso tan rápidamente, ha permanecido el mismo, o muy poco cambiado, de lo que era hace siglos. Tiene muchos defectos, pero sus faltas están redimidas por muchos nobles rasgos, y, en conjunto, he encontrado que en su carácter hay más digno de admiración que de censura." (Cap. I.)

Sin necesidad de admitir la radicalidad de este contras-

te, a pesar de su valor de dato presencial e histórico, es evidente que a principios del siglo pasado existía en España una notable diferenciación moral y espiritual entre las clases del medio rural y las de ambiente ciudadano.

Las clases elevadas no se sustrajeron al ambiente intelectual creado en Europa desde la época de la Enciclopedia, y aunque en España, en general, continuó representando en lo exterior el papel de país católico y antirrevolucionario, en esos medios imperaba ya un irónico escepticismo sobre los supuestos en que esa significación se apoyaba. Así no es extraño que, como escribe Hennigsen, en la Guerra de la Independencia "todos aquellos que estamos acostumbrados a ver al frente de la nación fueran los primeros en someterse al francés, mientras los campesinos resistían incansables a sus opresores; y mientras que ningún país ofrece tantos ejemplos de abnegación y heroísmo, ninguno presenta tantos de traición y pusilanimidad".

La Guerra de la Independencia tiene, como he dicho, un marcadísimo carácter religioso y político. Puede afirmarse, aunque parezca exageración, que el pueblo español combatió al soldado de Napoleón más por hereje y revolucionario que por extranjero (15). Melchor Fernández Almagro en su obra *Orígenes del Régimen Constitucional en España* destaca la imposibilidad de encontrar en la Guerra de la Independencia ningún afán reformista y constitucional. Y señala que "fácil es documentar la tesis de que la Guerra de la Independencia fue, en gran parte, religiosa... Nada de ideología constitucional fuera del contado número de per-

(15) Vid. como ejemplos para ilustrar esta significación religiosa de la Independencia:

ANONIMO: *Instrucción popular en forma de Catecismo Civil sobre la presente guerra*, Valencia, 1809.

BLAZE, *Memoires d'un apothicaire sur la guerre d'Espagne pendant les années 1808 a 14*. París, 1828.

En ellas, el autor, prisionero de los españoles, relata cómo salva varias veces su vida al exhibir un escapulario y declararse católico.

Vid., también, BALMES, *Escritos políticos: La religiosidad de la nación española*. Mayo, 1842.

sonajes que se dieron a la fe y a la esperanza de la libertad..." (Pág. 74). Para aquellos españoles se trataba de franceses y, en el *Catecismo Civil* propagado durante la lucha, eran éstos "nietos de antiguos cristianos, pero modernos herejes".

Por esto precisamente —dice Menéndez Pelayo— "los clérigos *ilustrados y de luces*, los literatos, economistas y filántropos enciclopedistas tomaron desde el principio el partido de los franceses y constituyeron aquella legión de traidores, de eterno vilipendio, que nuestros mayores llamaron *afrancesados*. Después de todo, no ha de negarse que procedieron con lógica: si ellos no eran cristianos ni españoles, ni tenían nada de común con la antigua España, sino el haber nacido en su suelo; si, además, los invasores traían escritos en su bandera todos los principios de gobierno que ellos enaltecían; si para ellos el ideal era un *déspota ilustrado*, un César impío que regenerase a los pueblos por la fuerza y atase corto al Papa y a los frailes; si, además, este César traía consigo el poder y el prestigio militar más formidable que han visto las edades, en términos que parecía loca temeridad toda resistencia, ¿cómo no habían de recibirle con palmas y sembrar de flores y agasajos su camino?"

Después de la guerra, los ideales y el espíritu de los soldados napoleónicos se habían apoderado de cierto número de los que los combatieron. Sobre todo entre los militares fueron muchos los que aprendieron a hablar de derechos del hombre, de limitación del poder despótico y de libertad, así como a admirar los ideales imperialistas y el culto a la fuerza de los invasores, en contra de los sentimientos pacíficos y apegados a la tierra del guerrillero popular español.

El pueblo, en cambio —el pueblo campesino, que entonces constituía las nueve décimas partes de la población—, permaneció fiel a la Monarquía en su antigua forma personal y cristiana que, con más o menos impurezas de hecho, se había mantenido en una continuidad política hasta su tiempo. Llegó a tanto el respeto y el amor del pueblo espa-

ñol hacia su Rey —a la vez institucional y personalmente considerado—, que, aun después de la pésima política exterior de los últimos tiempos, de las tendencias absolutistas y afrancesadas, de los impopularísimos años del Príncipe de la Paz, y de las cobardías y renunciaciones de Bayona, fue Fernando VII para los héroes de la Independencia el símbolo de la fe y del entusiasmo y, a su regreso del cautiverio, el príncipe más unánime y frenéticamente aclamado de toda la Historia de España. Esto puede dar idea de la vitalidad y el arraigo popular que aún conservaba la antigua Monarquía, que, como todo nuestro sistema político castizo, *no murió por consunción, sino a mano armada* (16).

Es cierto que, como apunta en su crónica Henningsen, "el campesino español, acostumbrado por su antigua forma de gobierno a un alto grado de libertad personal bajo una forma despótica, miraba con recelo las modernas innovaciones que por experiencia, más ajena que propia, sabía que sólo conducirían a sujetarle más a los hombres de las ciudades... No habiendo nunca sufrido el abuso de la Monarquía, sucediera lo que sucediera al cortesano y al ciudadano; hab'endo siempre gozado de un alto grado de independencia personal aun en los tiempos de mayor arbitrariedad, era, no sólo fiel a su antiguo modo de gobierno y línea de monarcas, sino que mantenía los derechos de su Soberano con la misma tenacidad con que defendería sus propios privilegios si fueran atacados".

Pero esto constituye sólo una visión parcial y extrínseca del fenómeno. En realidad nadie arriesga vida y haciendas por unas solas conjeturas sobre su futuro bienestar. Ni nunca el pueblo solo, casi sin jefes, inició y sostuvo una

(16) "Estoy cierto —escribía el general Blake a Bessières durante la Guerra de la Independencia— de que V. E. verá con aprecio mi franca y decidida declaración de que ni reconozco ni reconoceré otro Soberano que Fernando VII o sus legítimos herederos... Este modo de pensar no es solamente mío: es el de todo el Ejército y el de la Nación entera." (Cit. por M. FERNANDEZ ALMAGRO. *Ob. cit.*, Madrid, 1928, pág. 74.)

lucha contra los ideales que propagaban sus propias clases directoras, si no es animado por una idea poderosa y dominante.

Es lo cierto que en España la unidad católica, mantenida durante siglos y hecha bandera en las luchas exteriores, había logrado instaurar entre nosotros la única Monarquía que ha existido de estructura profundamente familiar, algo que podríamos llamar una *Monarquía popular*. Se ha dicho que un pueblo secularmente sumido en un régimen patriarcal, que no ha conocido revoluciones ni innovaciones políticas, llega a mirar a su propia Monarquía con la indiferencia con que se mira a "lo naturalmente dado", al "fondo siempre presente en la vida", convirtiéndose en una materia sorda y apática a la que puede imponerse con facilidad cualquier minoría revolucionaria. No ocurrió esto, ciertamente, en España, donde el súbdito se consideró siempre colaborador con el Rey en empresas universales y donde su propia Monarquía le parecía la encarnación política de sus ideales religiosos. Así, el pueblo solo se levantó en la Independencia, y esta conjunción estrechísima entre su fe religiosa y su sistema político fue lo que primordialmente movió después el brazo del campesino realista. Como dice en el prólogo de su obra el cronista de la guerra de 1821 en Navarra: "...el Altar y el Trono, únicos baluartes contra la impiedad y la anarquía, formando una sola causa de justicia..."

España no conoció después de la derrota de Napoleón los años felices y despreocupados que siguieron al Congreso de Viena, tras la restauración de la paz y las monarquías, ni el esplendor de aquella Europa presidida por los mejores días del Imperio austrohúngaro. El germen de la división estaba ya sembrado y no podía quedar latente en un pueblo del vigor espiritual y del sentido religioso de la España de principios del XIX, enardecida, además, por la victoria de la Independencia.

Aspera y nada fácil hubo de ser, pues, la implantación entre nosotros del régimen constitucional. Un sistema po-

lítico que reconocía el origen del Poder en la voluntad mayoritaria del pueblo, y que representaba en política análoga subversión que la Reforma protestante en religión, había de chocar inmediatamente con la conciencia de nuestro pueblo.

Aunque en aquellos momentos no se viera —y menos por parte de las clases populares— esta profunda significación ideológica del Liberalismo, las reformas constitucionales encontraron desde el primer momento una repulsa casi general. El común sentir del pueblo veía en ellas una traición urdida contra su legítimo Soberano durante su ausencia, y presentía que su implantación acabaría con un orden secularmente establecido y santificado por la fe de sus antepasados.

“En realidad —escribe Menéndez Pelayo—, del abstracto y metafísico farrago de la Constitución pocos se daban cuenta ni razón clara; pero todos veían que, con sancionar la libertad de imprenta y abatir el Santo Oficio, había derribado los más poderosos antemurales contra el desenfreno de las tormentas irreligiosas que hacía más de un siglo bramaban en Francia.”

Ni se piense que las reformas liberales y revolucionarias eran en España una exigencia social o económica como pudieron haberlo sido en otros países debido a una mala situación previa de las clases populares. Hennigsen nos lo dice sobre datos del ambiente y de la época: “Hay una profunda diferencia entre el liberalismo de Francia e Inglaterra y el de España... En este país las ideas liberales se hallan confinadas en los ricos, que desean la mayor independencia posible para sus propias ciudades con el fin de establecer en ellas una aristocracia del dinero, y a una minoría de la clase baja que vive en las mismas ciudades y espera ansiosamente tiempos de anarquía y confusión, no sólo como un escalón para sus ambiciones, sino también para satis-

No se piense que este fracaso del período realista fue debido a la restauración de normas e instituciones que habían abolido las Cortes de Cádiz, "porque es imposible en estas cosas la marcha atrás". Antes bien, la reposición del Santo Oficio, la vuelta de los Jesuitas —necesaria por el estado de abandono de la enseñanza— y la restauración de vinculaciones y mayorazgos, fueron normas de estricta justicia, bien acogidas, e imprescindibles para un Gobierno estable entre nosotros. El descontento nacía de la inmoralidad administrativa, de las camarillas y los favoritismos irresponsables. Que parece ley cierta que, tras las alteraciones, es más fácil volver a la restauración de sistemas y principios que a la honradez y sentido público en quienes los restauran.

Fernando VII no llegó a jugar limpio con los realistas y, al final de su reinado, era universalmente aborrecido. Creyó que su posición debía estar por encima de la lucha de los partidos y que de ésta saldría su triunfo y afianzamiento con el cansancio y desmoralización de unos y otros. No se dio cuenta de que el realismo no era un partido, sino lo que quedaba de la España en que él podría gobernar, y su único apoyo humano, entusiasta y leal. Tampoco logró una coherencia en lo que podríamos llamar su *política humana*, pues alternó los períodos de suavidad y de rigor, con la consiguiente merma de su autoridad. Cierto es que, como dice Menéndez Pelayo, "los tiempos eran asperísimos" y hubiérase requerido un gran corazón para superarlos (19).

(19) El juicio sereno y definitivo sobre la personalidad y actuación de Fernando VII está aún por formar. Como profundamente antiliberal, fue muy maltratado por la historiografía del siglo pasado y de éste. Por otra parte, el tradicionalismo no se sintió obligado a hacerse cargo de su defensa o rehabilitación después de la durísima represión del conde de España en Cataluña tras el alzamiento de los realistas exaltados en Manresa (1828).

Vid. sobre esto:

GOMEZ HERMOSILLA. *Respuesta de un español a dos folletos publicados en París contra el Rey N. S. y su Gobierno*. Madrid, 1825.

ARZADUN. *J. Fernando VII y su tiempo*. Madrid, 1942. (Correspondencia del Rey con Grijalva.)

Pero en esto nuestros primeros realistas nos dan un ejemplo de sentido y disciplina políticos al mantenerse en todo momento leales al Rey, tratando siempre de interpretar bien sus actos y de suplir con su esfuerzo y buena fe las torpezas del Monarca. Incluso en el final del reinado, planteado ya el conflicto dinástico, Don Carlos María Isidro y sus partidarios no levantan bandera hasta la muerte del Rey, a pesar de los indiscutibles perjuicios de ese retraso.

Como quiera que reinado y príncipe fueran, lo cierto es que, a pesar de todo, la reposición constitucional de 1820 se interpretó generalmente como augurio de los mayores desórdenes. Algo había anunciado de lo que sería el régimen liberal la actuación del Gobierno de Cádiz, aunque aquello no pasara de letra muerta. La libertad de imprenta, la causa contra el Cabildo de Cádiz, la expulsión del nuncio, los proyectos de desamortización y de reforma del clero regular, no auguraban, ciertamente, una política muy juiciosa.

Pero la realidad de los tres años subsiguientes superó todo vaticinio, como la pesadilla supera a los más arriesgados proyectos de la vigilia (20). Su historia constituye una

(20) Véase cómo describe la situación el desconocido autor de un manifiesto que, bajo el título de *Grito de un español verdadero a toda la nación*, apareció en Navarra el 2 de diciembre de 1821, pocos días antes de estallar la guerra: "La religión de Cristo perseguida; los ministros del altar hechos objeto de burla; la potestad eclesiástica atacada en sus funciones; algunos obispos expatriados; los monacales extinguidos; las demás religiones al borde de la inexistencia; casi todos los empleos ocupados por hombres impíos e inmorales; las rentas del Estado empleadas en planes de sedición; deshecho el ejército que iba a llevar la paz a las Américas y hacer felices a los habitantes de aquellos hermosos países; despojado el Rey de su soberanía... la Grandeza sin representación, la Nobleza abatida, los caminos infestados de bandoleros, la anarquía en toda la Nación..." (Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 23, c. 2.)

Vid., asimismo:

MENENDEZ PELAYO. *Historia de los Heterodoxos*. T. VIII, c. 3.

EGUILUZ, T. *Discurso apologético de la lealtad española*. (Sucesos en la época revolucionaria.) Madrid, 1825.

interminable serie de persecuciones, violencias y crueldades de todo género, sobre un fondo de anarquía casi absoluta. Secularización de monasterios, leyes violatorias de la clausura, confiscaciones de bienes eclesiásticos; encarcelamiento, destierro y asesinato de obispos y sacerdotes; ruptura de relaciones con Roma; imposiciones de leer y explicar la Constitución desde los púlpitos; matanzas en masa de realistas; violencias y vejaciones legales y dominio casi absoluto de las sociedades secretas sobre los Gobiernos, dan la tónica de estos tres años en que llegó a parecer España, en frase de Menéndez Pelayo, "un presidio suelto".

ANONIMO. *Colección de varios papeles que compuso en su soledad el Ermitaño español en los años 1821 a 23, en los que dominó la dañina Constitución de Cádiz.* (Composiciones en verso y prosa en contra de los liberales y en loor de don Santos Ladrón y de los realistas navarros.) (Archivo de don José María Azcona. Tafalla.)

NOTA de los asesinatos de que se ha podido tener noticia que cometieron los constitucionales desde últimos de diciembre de 1821 hasta últimos de 1823. (Barcelona, 1826.)

Al año de esta situación hervía ya la guerra en los campos de España. "Una guerra —dice Menéndez Pelayo— feroz y sin cuartel ni misericordia, en que los jefes revolucionarios parecieron andar a la puja en matanzas, devastaciones, saqueos y brutalidades de toda laya".

Una guerra casi olvidada por el recuerdo predominante de las siguientes guerras carlistas, pero que, según hemos visto, nos coloca en el origen de la inmensa tragedia española que todavía estamos viviendo. Como dice don Andrés Martín, el autor de la crónica, con profunda visión:

"Este acto escandaloso (la proclamación de la Constitución), de la más alta traición contra la forma esencial de un Gobierno legítimamente establecido desde la antigüedad más remota, reconocido y jurado por todos los españoles, fue el principio fatal que produjo la desunión, la anarquía, la guerra civil y la desolación de nuestra Patria." (21).

No podía imaginar el cura de Uztárroz el alcance de aplicación histórica que había de tener su observación.

Ya desde los primeros días de 1820, en que tiene lugar el alzamiento de Riego en Cabezas de San Juan, se vivía en toda España —y de modo especial en Navarra— un estado de guerra latente con extrema excitación de ánimos y desórdenes diarios. En Pamplona, como queda dicho, subleva-

(21) MARTÍN, A. *Ob. cit.*, pág. 9.

da la guarnición militar el 11 de marzo, obligó a las autoridades a proclamar y jurar la Constitución de Cádiz. Aún se respetó durante unos días la autoridad militar del Virrey, el prestigioso conde de Ezpeleta, hasta la llegada de Mina, que le sustituyó. Casi en seguida (14 de abril) se promueve en la ciudad un movimiento público de carácter realista y dirigido contra Mina con motivo de la organización de la Milicia Nacional y de un rumor circulado, según el cual se iba a obligar al pueblo a tomar las armas (22).

En la Corte, el 22 de abril se descubre una conspiración de varios eclesiásticos y militares (23) para el restablecimiento del Poder real; y, algún tiempo después (primeros de julio), la conjura de Bazo y Erroz, secretario y capellán del Rey, respectivamente, en el mismo sentido (24). En la noche del 8 al 9 fracasa asimismo la intentona de los Guardias de Corps: indignado este Cuerpo ante los insultos y humillaciones que, de parte del populacho, tenía que sufrir continuamente el Rey en sus salidas de Palacio, tentaron el descabellado plan de salir a caballo de sus cuarteles en esa noche para apoderarse de la capital.

El 24 de agosto nuevamente se ve alterada la tranquilidad en Pamplona por una manifestación de individuos del Batallón de Barcelona que recorren con música las calles, provocando a los elementos realistas y profiriendo insultos contra el conde de Ezpeleta ante su propia puerta, lo que provoca la indignación general (25).

El 6 de septiembre, al apearse el Rey en Palacio, se oyen aclamaciones de ¡Viva el Rey!, grito que, sin el calificativo de *constitucional*, se consideraba subversivo. Ello provoca

(22) Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 22, c. 18.

(23) Eran, entre otros, Fr. Juan de Tejada, comendador del Convento de la Merced; Fr. Gil Fernández, jerónimo de El Escorial, y don Joaquín Béjar, militar retirado. (Id., íd. Lg. 22, c. 22.)

(24) Erroz, canónigo de Burgos, huye al ser descubierta su conspiración y es apresado en una finca próxima a Pamplona por los agentes del Jefe Político, Pedro Clemente Ligués. (Id., íd. Lg. 22, c. 40.)

(25) Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 22, c. 47.

sangrientos disturbios que se extienden por todo Madrid (26). El 16 de noviembre aborta una conjura del propio Rey contra los que llamaba "sus carceleros": el general don José Carvajal se presenta al Capitán General de Castilla la Nueva don Gaspar Vigodet, con una carta autógrafa del Monarca para que resignase en él su mando, pero el general se niega y da cuenta al ministro de la Guerra. Ello origina nuevos sucesos en Madrid, en los que las turbas llegan a apedrear el Palacio Real (27).

Pocos días antes se sublevaba en Alava el comandante del Resguardo de Cantabria, don Juan Bautista Guergué —que después sería segundo Jefe del Ejército Realista de Navarra—, al que se le une la recién formada partida del cura de Foronda; pero, al poco, eran sus fuerzas batidas y disueltas (28).

A mediados de enero de 1821 se subleva en Castilla la Nueva, con el mismo éxito, el teniente coronel don Manuel Hernández, conocido por *El Abuelo*, que pronto es apresado y recluido en la cárcel de la Corte (29). Por los mismos días —21 de enero— se promueven nuevos disturbios en Pamplona entre militares y estudiantes realistas, iniciados en el célebre café de "La Suscripción" (30). El 29 del mismo se descubre en Madrid la conspiración del capellán de honor del Rey don Matías Vinuesa, llamado el *cura de Tamajón*. Unos días más tarde —6 de febrero—, la Guardia de Corps carga contra las turbas que, a la puerta de Palacio, vitoreaban reticentemente al *Rey constitucional*. Ello motiva la definitiva disolución de dicho Cuerpo, muchos de cu-

(26) Proclama del Jefe Político de Pamplona para que no se extiendan los disturbios a la provincia. (Id., *id.* Lg. 22, c. 53.)

(27) Parte de estos sucesos al Jefe Político de Pamplona. (Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 22, c. 66.)

(28) Partes gubernamentales. (Id., *id.* Lg. 22, c. 65.) Este es el primer levantamiento de partidas de que he adquirido noticia.

(29) Parte del Capitán General de Castilla la Nueva sobre estas acciones, iniciadas contra la Milicia Nacional de Seseña. (Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 23, c. 3.)

(30) Parte del alcalde, conde de Guendulain. (Id., *id.* Lg. 23, c. 4.)

yos miembros acuden a engrosar las incipientes guerrillas.

En Navarra se suceden los tumultos populares en Tudela (31), Tafalla (32) y Corella (33), ocasionados por las mortificantes retretas militares o por la predicación en las iglesias de la Constitución. El 2 de abril se tienen los primeros partes de la ya más nutrida partida del cura Merino en los montes de Burgos (34), casi simultáneamente con los intentos de "Julianillo" —antiguo sargento de Mina— en La población (Navarra) (35) y del cura Salazar —conocido por "el tuerto de Armiñán"— en la Rioja (36). Todas estas fuerzas, después de algún triunfo inicial de Merino, son dispersadas por la acción conjunta del *Empecinado* y de López Baños —Capitán General ahora de Pamplona— en las proximidades de Salvatierra de Alava durante las noches del 24 y del 29 (37). El mismo día 29 llegaba a esta zona don Francisco Benito Eraso, miembro de la Junta Realista que ya conspiraba en Navarra, con el fin de concordar la acción de estos guerrilleros con el levantamiento general que ellos preparaban, quedando su gestión frustrada por la dispersión, de que fue testigo (38). Por los mismos días tenían lugar sangrientas revueltas en Málaga, Granada y Sevilla, así como en Valencia y Galicia (39).

(31) Día 4 de enero. (Id., *id.* Lg. 23, c. 1.)

(32) Día 20 de febrero. (Id., *id.* Lg. 23, c. 8.)

(33) Día 6 de marzo. (Id., *id.* Lg. 23, c. 11.)

(34) *Id.*, *id.* Lg. 23, c. 16.

(35) Parte de haberse avistado esta facción. (Id., *id.* Lg. 23, c. 19.)

(36) *Idem.*, *id.* (Id., *id.* Lg. 23, c. 20.)

(37) Parte gubernamental de estas operaciones. (Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 23, c. 32.) Vid., asimismo, Real orden de 19 de mayo sobre medidas con los prisioneros de Salvatierra. (Archivo Histórico Nacional. Actas del Consejo de Estado. Lg. 109, número 32.)

(38) Vid. *Relación de los méritos y servicios de D. Fco. B. Eraso*. Madrid, 14 de diciembre de 1824. (Lg. de documentos pertenecientes al mismo. Archivo General de Navarra.)

(39) Vid. R. O. de 26 de abril con expedientes de los sucesos de Málaga, Granada y Sevilla; y de los días 10, 13 y 18 de mayo sobre los de Valencia y Galicia. (Archivo Histórico Nacional. Actas Consejo Estado. Lg. 109, número 32.)

El 4 de mayo, turbas de desalmados asaltan impunemente y sin encontrar resistencia la cárcel de la Corona en Madrid y dan horrible muerte a martillazos al cura de Tamajón, allí detenido. Este fue el origen de que una sociedad secreta adoptase el martillo como glorioso símbolo. El mismo día intentaron penetrar en la cárcel de la Corte para hacer otro tanto con el guerrillero "El Abuelo", pero bastó una leve resistencia de la guardia para evitarlo.

En los primeros días de junio llega a Pamplona el Batallón de Granaderos Provinciales —de la Milicia Nacional—, y se extiende por la ciudad el rumor —basado, sin duda, en la actitud de estas fuerzas— de que "venían a sujetar a Navarra". Ello da lugar a una protesta del alcalde —conde de Guendulain— al Jefe Político (10 de junio) (40) y a prolongados disturbios en que el pueblo apedreó cuantas veces pudo a los militares de este Cuerpo y a los del Regimiento de Toledo, exaltadamente constitucional, quienes, a su vez, provocaban de continuo estas iras con sus canciones del *Trágala*, el *Himno de Riego* y retretas injuriosas (41). El Ayuntamiento reitera sus protestas contra el elemento militar el 11 de septiembre, denunciando que "el toque de retretas y el escandaloso trato con mujeres de la tropa eran causa del mal espíritu de la población" (42).

Entretanto, las partidas aisladas de guerrilleros realistas, que se habían multiplicado durante la primavera (43),

(40) Archivo General de Navarra. Sección Guerra. Lg. 23, número 37.

(41) Vid.: "El Imparcial", de Madrid, núms. 38 y 39, y *Relación de los oficiales del regimiento de Toledo contra esos artículos*, Pamplona, Imp. de Javier Gadea, 1821.

(42) Archivo General de Navarra. Sección Guerra. (Lg. 23, c. 46.)

(43) Fue un hecho generalmente observado que las partidas realistas se propagaron coincidiendo con el principio de la Cuaresma (Don Modesto Lafuente lo señala en su *Historia*, t. XVIII, p. 11.) Ello demuestra, una vez más, la motivación primordialmente religiosa de esta guerra, el sentido de *deber* religioso con que aquellos hombres se lanzaban a la lucha.

Obsérvese también que en este período falla en España la ley de

llevaban para esta época el ambiente de insurrección por toda España. Aizquibil operaba en Alava, Gorostidi en Guipúzcoa, Merino reaparecía en Burgos, "El Abuelo" —que había logrado fugarse de la cárcel— en Toledo, Morales recorría las tierras de Avila y "Jaime el Barbudo" las del reino de Murcia...

El 18 de septiembre, tras de una conjuración republicana en Zaragoza, se decide la separación de Riego de la Capitanía General de Aragón —adonde había sido destinado— y su traslado a Lérida, y esto da lugar a que los elementos liberales de Madrid organicen, en son de protesta, una ridícula procesión cívica con el retrato del *héroe de las Cabezas*, manifestación que termina en violento disturbio. Análogos hechos acaecían al día siguiente en Zaragoza (44). Reproducidas las alteraciones con este motivo el 24 de octubre, día de San Rafael y onomástica de Riego, en Madrid, tienen graves derivaciones en Granada, Cádiz y Sevilla. Días más tarde (8 de diciembre) se producen nuevas asonadas en todo Aragón, principalmente en Calatayud, Caspe, Alagón y Huesca (45).

El primer alzamiento organizado de acuerdo con un plan y con carácter regional fue el de Navarra, que va a producirse ya en estos días, aunque sufra una derrota y eclipse a poco de su comienzo. El ejército allí organizado convierte a la que hasta ahora había sido mera acción de guerrillas aisladas en auténtica guerra, la primera guerra civil de nuestra época. Además es, como veremos, el único

maduración de las guerras, que exige, tras el cansancio producido por una lucha, un cierto período de preparación de ánimos y de ambiente antes de lanzarse a otra nueva. Aquí, recién terminados los horrores de la más trágica guerra que ha sufrido nuestro pueblo, aquellos hombres se ven en la dura necesidad de lanzarse a otra por razones superiores que no necesitan ni permiten un lapso de tiempo para su fraguado.

(44) Parte de estos sucesos al Jefe Político de Pamplona. (Archivo General de Navarra. Sección Guerra. Lg. 23, c. 45.)

(45) Idem. (Id., id. Lg. 23, c. 63.)

movimiento que en la Península mantiene su acción y su progreso hasta el final victorioso de la guerra.

"Fue el día 11 de diciembre de 1821 —dice don Andrés Martín en su crónica— cuando los católicos de este reino salieron al campo diciendo con los Macabeos: más vale que muramos en la guerra que ver tantos males como padece nuestra gente. Entonces juraron defender hasta morir los intereses de Dios, los derechos del Rey y las leyes patrias del suelo natal. Año y medio de despojos, de violencias y de abominaciones de todas clases emanadas de un Gobierno, el más torpe, intruso y criminal, hizo apurar el sufrimiento de los leales navarros y acelerar el tiempo señalado para su levantamiento."

Esta campaña, aunque articulada en algunos momentos con la de Cataluña y en dependencia, al menos nominal, de la Regencia de Seo de Urgel, forma una unidad en su desenvolvimiento, y en ella actúa el ejército más importante de los que organizaron los realistas.

La primera acción bélica de alguna significación realizada por las partidas realistas de Cataluña —toma de Olot por Costa— no lo fue hasta el 21 de abril de 1822. El comienzo efectivo de la guerra en aquella región coincide con el alzamiento popular de la ciudad de Cervera y su comarca del 7 al 9 de mayo, poco después de la entrada de Romagosa y del Trapense. Una y otra campaña —la de Navarra y la de Cataluña— participan del carácter espontáneo y anárquico que tuvieron las *Juntas Supremas* en la Guerra de la Independencia. Si bien los jefes navarros, mediada la guerra, reconocieron formalmente a la Regencia por entonces constituida en Seo de Urgel, y realizaron una breve expedición de ayuda a los catalanes, su acción permanece, en rigor, desconectada de la de éstos hasta poderse escribir, a raíz del advenimiento de la paz, sendas historias de una y otra guerra que no pasan de aludirse recíprocamente (46).

(46) La de don Andrés MARTÍN, que constituye la principal

Formada la Junta de que ya hablamos, su primera preocupación fue la de hacerse con armas. Pero las gestiones iniciales para su adquisición en Francia, encomendadas al propio párroco de Uztárroz, fracasaron por haber cerrado el Gobierno francés la frontera y sancionado con pena de muerte toda comunicación con España a causa de una epidemia (47). En cambio, Eraso, alcalde mayor a la sazón del valle de Orba, pudo hacerse con quinientos fusiles de los destinados a las Milicias Nacionales que el Gobierno trataba de armar en los pueblos para la lucha que se veía inevitable (48).

Y con sólo estas armas hubo de comenzarse el levantamiento, pues fue necesario precipitarlo, debido a dos sucesos ocurridos simultáneamente. Uno fue la captura por las autoridades de un emisario que, ante las amenazas, puso al descubierto los planes de la sublevación (49). Fue el otro un motín producido en la ciudad de Sangüesa, donde, rebelado el pueblo en la noche del 7 de diciembre, se reunió en la plaza en que se había fijado la lápida de *Plaza de la Constitución* y —en frase del cronista— *sacándola de su lugar,*

fuelle de esta guerra, y la de J. M. y R. *Memorias para la historia de la última guerra civil de España. Contiene los principales sucesos de Cataluña, desde que se levantaron los primeros realistas hasta el fin de dicha guerra.* Barcelona, Imp. Brusi, 1826. (Debo un ejemplar de este último libro a la atención de Carlos Sánchez Runde.)

Sobre la guerra en Cataluña puede verse también:

CANELLAS, SOLER Y CARALT. *Exposición al Rey de las ocurrencias acaecidas en Cataluña desde el levantamiento del partido realista hasta la entrada de los ejércitos aliados.* Madrid, 1828.

MARCILLAC (Marqués de). *Histoire de la guerre d'Espagne en 1823. Campagne de Catalogne.* París, 1824.

(47) Esto fue, más bien, un pretexto para, en forma de cordón sanitario, instalar en la frontera un ejército en tono amenazador para el anárquico Gobierno liberal español. Pasado el tiempo, y acercándose la intervención aliada, ese mismo ejército se convertiría en ayuda y protección para los núcleos realistas de España.

(48) Vid. *Relación de méritos y servicios de Eraso*, cit.

(49) Vid. *Este suceso en la Exposición de sus servicios hecha por la Junta de Navarra al Rey en 29 noviembre, 1823*, pág. 5. (Documentación de Eraso, Archivo General de Navarra.)

la hizo pedazos hasta reducirla a polvo, manifestando de este modo el fuego que lo devoraba contra un sistema que aborrecía sobre todos los males de este mundo (50).

Aunque, como he dicho, pocos conocían su exacto significado, la palabra *Constitución* era el símbolo de las nuevas ideas en aquella época en que aún no había surgido la división de príncipes cuyos nombres encarnasen a las dos tendencias. Era el motivo central que determinaba el consonante del *Trágala* (51), y en todas las plazas Mayores o Consistoriales se fijó la simbólica placa constitucional.

Reunida la Junta como consecuencia de estos dos acontecimientos en la villa de Barásoain, acordó el día 10 armar a trescientos jóvenes y en la mañana del 11 —dice don Andrés Martín— ya estaba la bandera real desplegada y declarada la guerra al sistema revolucionario (pág. 20 y siguientes). El periódico revolucionario de Madrid *El Espectador* (núm. 260, del 30 de diciembre), dice en su descripción de estos primeros pasos de la sublevación: "(Cundió el alzamiento) en el valle de Orba, en que estaba el espíritu público más corrompido por los bárbaros curas que lo dirigen, y también en el de Aibar y comarcas de Cáseda

(50) En los meses que precedieron a la guerra, los pueblos exteriorizaban su rebeldía contra el sistema imperante arrancando a menudo la lápida constitucional o atentando contra ella de las más peregrinas maneras, hechos cuyos autores eran unánimemente encubiertos.

En el Archivo de Navarra se conservan, entre otros, los partes de tales hechos en Corella (26 noviembre 1820), Sangüesa (20 junio 1821), Erro (28 octubre), Burgui (2 marzo 1822), Cáseda (2 abril), Vera de Bidasoa (15 abril). (Vid. Sección Guerra. Lg. 22, c. 67; lg. 23, cs. 41 y 53; lg. 24, cs. 18, 46 y 50.)

Es pintoresca la relación del de Sangüesa y del de Vera: "Ocurriencia notable —dice el primero—: En la mañana de este día se ha observado hallarse manchada de excremento humano la lápida erigida en la plaza de la Constitución de esta ciudad. Se ofrecen 300 pesos al que delate a los autores."

"En este día —dice el último— ha aparecido la lápida constitucional embadurnada con alguna inmundicia... Este atentado tan horrendo como criminal o, por mejor decir, sacrilego..."

(51) *Trágala, trágala tú, servilón. —Tú que no quieres Constitución...*

y Lumbier..., con tal entusiasmo, que no hubo joven, y aun muchos casados, que no se alistasen..."

Al día siguiente había ya sobre quinientos hombres dispuestos sobre las armas e inmediatamente se procedió a dividirlos en dos grupos que, al mando de don Santos Ladrón y de don Juan Villanueva, marcharon a las montañas de Estella los unos y al Valle de Roncal los otros, para sostenerse en estas más inaccesibles zonas montañosas, avivando a la vez el espíritu del pueblo y recogiendo nuevas aportaciones.

Pero este principio fue desgraciado: ante todo sufrieron los realistas la gran desilusión de ver que el coronel don Juan José Cruchaga —jefe roncalés, ya famoso en la Guerra de la Independencia—, que se contaba, por sus notorios sentimientos, como realista seguro, no se decidía a sumarse a la sublevación y llegaba desde Burgos para ponerse al frente de una columna gubernamental (52). Este y otros jefes, al frente de las tropas regulares de que disponía el Gobierno de Pamplona, con las que vinieron de los limítrofes de San Sebastián, Vitoria y Zaragoza, se lanzaron en persecución de las dos columnas que, carentes de vestuario y calzado apropiados para el tiempo de lluvias y nieves que sufrían, así como de cananas para proteger de la humedad sus cortas municiones, fueron alcanzadas, respectivamente, en Larrainzar (26 de diciembre) y Nagore (11 de enero) (53).

Ambas tuvieron un fin trágico. En la de Villanueva, la clemencia y caballerosidad de Cruchaga salvó las vidas en general; pero la de don Santos cayó en manos del triste-

(52) El jefe político de Pamplona, Luis Veyán, lanza en 18 de diciembre un eufórico manifiesto en que anunciaba, para desmoralización de los rebeldes, la adhesión de Cruchaga al Gobierno. (Archivo de Navarra. Sección Guerra. Lg. 23, c. 61.)

(53) Una de las columnas pernoctó el 22 en Roncesvalles, donde recibieron ayuda de la Comunidad de la Real Colegiata. Puede verse la causa instruida contra los canónigos en el Archivo Histórico Nacional, Sección Consejos. Lg. 12.228, causa 22.

a Villanueva y a don Juan Bautista Guergué (57).

Mientras tanto se procedió a la compra de armas y a su introducción en Navarra por el punto de la frontera que pareció más conveniente. Fue éste el bosque de Irati, probablemente, el mayor y más intrincado del Pirineo, que se extiende desde las laderas orientales del Pico de Ori —en el valle de Salazar— hasta más allá de la margen derecha del río Irati, internándose en terreno francés. Formado de hayas y pinos, de inmensa extensión y espesura, entonces casi inaccesible, escondía en su interior una vieja edificación, un antiguo fortín de frontera abandonado, cuyas ruinas aún se conservan no lejos del gran pantano que se ha construido en aquel lugar. Reconocida la importancia que podría tener este edificio como depósito de armas (58) y como refugio en momentos apurados, se encomendó su fortificación al coronel Alvarez de Toledo, que la emprendió valiéndose de gente escogida que había reclutado el esforzado vicario de Ochagavía don Pedro Agustín Ilincheta, especie de pontífice máximo de los curas realistas en Navarra.

Mas, como la empresa era arriesgada, ya que en cualquier momento podía aparecer el enemigo, pidió Toledo refuerzos a la Junta, y ésta encargó a don Andrés Martín, el cronista de la guerra, que reclutase jóvenes roncaleses vigorosos y valientes, capaces de aquella misión. Reuniéronse en seguida cuarenta voluntarios que el cura de Uztárroz condujo personalmente a Irati, con la añadidura de un cañón que estaba en Uztárroz desde la guerra de los franceses. Estos muchachos fueron jubilosamente recibidos en el fuerte, donde se les unieron diez más del valle de Salazar para formar una compañía, pomposamente llamada de Guardias Reales. Con ellos, que trabajaban como obreros al tiempo

(57) Padre del que fue famoso general carlista, que en esta guerra aparecerá como capitán.

(58) Correspondencia de Lacarra y Mérida con el general Egufa sobre el transporte de armas a Irati y estado de éstas. (Archivo Catedral de Pamplona. Legajo de papeles de Lacarra.)

que guarnecían el fuerte como soldados, consiguió Toledo hacer de la casa de Irati una verdadera fortaleza, rodeada totalmente de estacadas y de un foso profundo, excepto por la parte del río, que constituía, con su quebrada, una buena defensa natural. Cerráronse algunas ventanas, y se colocaron estratégicamente cuatro cañones.

Junto al fuerte se estableció, además, una diminuta fábrica de municiones que produjo la cantidad que pudo de pólvora y balas de diferentes calibres para fusil y artillería. Este episodio, brevemente relatado en la crónica de don Andrés Martín (59), es uno de los más curiosos y novelescos de la guerra: una fábrica de municiones en el lugar más peligroso posible —en el interior de un bosque—, y dirigida por un cura —el párroco de Burguete don Ignacio Azcona—, parece, más que realidad, producto de una imaginación de poeta que hubiera querido buscar un símbolo de estas luchas inverosímiles, *fanáticas*, en que la carencia casi absoluta de medios y de técnica se suple con una decisión temeraria y con una ciega confianza en sí mismo, o mejor, como dice el propio cronista, “en la justicia de la Causa”.

A todo esto, la lucha sorda entre la población civil y las tropas constitucionales en Pamplona y pueblos de la Ribera en que éstas acampaban, crecía de punto con una ya álgida excitación de ánimos y casi constantes chispazos (60). Estos culminaron en los sangrientos sucesos del día de San José en Pamplona, en los que, tras de cruzarse gritos de ¡Viva Riego! y ¡Viva el Rey, muera la Constitución!, se entabló un verdadera batalla campal entre militares y paisanos, de la que resultaron cinco muertos y trece heridos entre

(59) MARTIN, A. *Ob. cit.* Pág. 259 (nota).

(60) El 27 de enero de 1822 se organiza en la catedral de Tudela un formidable tumulto con motivo de la predicación de un párroco liberal de Tafalla que intentó hacer el panegírico del sistema. (Archivo General de Navarra. Sección Guerra. Lg. 24, c. 8.) El 10 de marzo protesta el coronel Tabuenca por el “mal espíritu” de los pueblos de Puente, Muruzabal y Obanos, donde la población se enfrentó con la tropa en varias ocasiones al grito de ¡Muera la Constitución! (Id., *íd.* Lg. 24, c. 8.)

aquéllos, y dos muertos y dieciséis heridos entre éstos (61). A partir de ese día se ordenó que se cerrasen en la capital las iglesias y se retirase el vecindario a sus casas a las siete de la tarde, al mismo tiempo que se volvía a conminar a los eclesiásticos para que predicasen la obediencia al sistema constitucional (62).

Hacia los mismos días entraba en Cataluña, desde Francia, Romagosa, cuya presencia habría de ser decisiva para la incipiente guerra en el condado. Su alocución a los que iban a ser sus subordinados y compañeros de armas es muy curiosa y puede servir de índice del espíritu con que se comenzaron aquellas luchas:

"Camaradas: el objeto que he tenido en levantarme no ha sido otro que el de defender la Religión y el Rey. El que no esté poseído de estos nobles sentimientos, apártese de mis filas. El robo y el asesinato serán rigurosamente castigados. Si esto os agrada, seguidme; y si no, volved a vuestra casa. Yo nada os puedo prometer de fijo: se dará una peseta diaria a los soldados, seis reales a los sargentos, a los tenientes diez y a los capitanes tres pesetas. Nadie diga después que se le ha engañado: si no se pudiera daros ese pre, se os dará menos. Si no se pudiera más que dos reales o uno a los soldados, eso se les dará, y lo mismo se observará proporcionalmente... El que defiende al Rey y a la Religión debe procurar su subsistencia, pero no hacerse rico a costa ajena."

A lo que se contestó entusiásticamente ¡Viva el Rey! ¡Viva la Religión! ¡Muera la Constitución! (63).

(61) Partes de estos sucesos. (Id., id. Lg. 24, c. 25.)

"La fidelidad y bravura de los habitantes de Pamplona —dice A. Martín— en favor del Rey contra los planes antimonárquicos del republicano Espoz y Mina" fueron tales, que, al final de esta guerra, le fue concedido a la Ciudad por el Rey el título de "heroica" que ostenta en su escudo. (P. 56.)

(62) Ordenes en este sentido. (Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 24, c. 28.)

(63) J. M. y R. *Ob. cit.* T. I, pág. 32.

Hechos los preparativos que arriba indicamos, el día 10 de junio la Junta de Navarra lanza dos manifiestos, cuyo contenido es de interés para conocer la fisonomía espiritual del alzamiento y apreciar su significación. El primero, en su exposición de motivos, parte de una situación regionalista o foral —está dirigido a los navarros, y a sus glorias históricas alude en primer término—; pero inmediatamente llega a la fidelidad al Rey, al amor a la Madre España y a la motivación religiosa. A través de sus conceptos se evidencia de nuevo que la reivindicación regional o foralista no fue, en modo alguno, motivo básico de nuestras guerras civiles, que antes bien respondieron al espíritu religioso católico unido en apretada síntesis, durante siglos de historia, al sentimiento monárquico (64):

"VALIENTES Y GENEROSOS NAVARROS... Tenéis dadas a la faz de todo el mundo pruebas nada equívocas del conocimiento de este principio (que la constancia es el único camino de la salvación) con el carácter de firmeza que en todos los tiempos, y especialmente en la última guerra contra los franceses, ha acreditado vuestro invencible valor; es, pues, ocioso recordaros para su imitación aquel heroísmo inaudito de fortaleza con que vuestros gloriosos progenitores, luchando en continuas sangrientas batallas por más de trescientos años, jamás permitieron a la dominación goda establecer su reino en el suelo que os dejaron por patrimonio, y dignamente lo poseéis, con el nombre navarro...

"Una triste y lamentable experiencia os ha desengañado ya, como a la mayor parte y aun a todos los buenos españoles, de que bajo el denso y engañoso velo de la Constitución, en lugar de las felicidades prometidas están puestas a cubierto las aras de la impiedad para sacrificar sobre ellas a la vez la Religión, el Rey y la Patria; estáis ya vien-

(64) Pueden verse estos manifiestos en el Archivo Histórico Nacional. Sección Consejos. Lg. 12.228, causa 52.

do ejecutar este pérfido, infame, impío, atroz y sacrílego sacrificio; veis extinguido el Tribunal de la Fe; autorizado el desorden, el libertinaje y la irreligión; desterrados varios obispos... Sabéis se trata (se estremece la pluma al escribirlo) de separaros enteramente de la obediencia y comunicación espiritual del vicario de Jesucristo...; sabéis que esos bárbaros monstruos de iniquidad que intentan despojaros de la Religión, son también enemigos declarados del Trono; sabéis que os quieren dejar huérfanos sin vuestro más amado y adorado Monarca el Señor Don Fernando VII...

"Este es, leales navarros, el estado lastimoso que presenta a vuestra vista la afligida y desconsolada Madre España y el que como a hijos suyos os alcanza: este tierno objeto de vuestro más fino y acendrado amor fue el que, inflamando vuestro católico celo, os llevó en alas al campo del honor y, rompiendo como un volcán los diques de vuestros pechos, os hizo levantar el grito de ¡Viva la Religión, el Rey y la Patria!, y ¡Muera la Constitución!, instrumento principal de la completa ruina espiritual y temporal de la Nación...

"Ha llegado el caso, impertérritos navarros, de satisfacer vuestros deseos: tenemos armas, municiones y dinero; corred, volad a tomarlas; la Religión, el Rey y la Patria reclaman vuestro deber... Y, a la verdad, aunque el hombre ofrezca a Dios su vida, que es lo más que puede ofrecerle, ¿qué vale esta ofrenda para lo que le debe por su Religión? Si sólo el Rey y la Patria sola en su defensa exigen este sacrificio, cuánto más no se le deberá a Dios? Sea, pues, nuestra divisa morir o vencer; conflad, como otros Macabeos, en la divina misericordia, haciéndoos, con una vida cristiana, acreedores a ella, y no dudéis que los triunfos coronarán de laureles vuestras sienes.

"Campo del Honor, 10 de junio de 1822.—La Junta Gubernativa interina de Navarra, LACARRA, MÉLIDA, URIZ, ERASO."

El segundo manifiesto —dirigido a los soldados del Gobierno para que abandonasen sus filas— pone de relieve, una vez más, la continuidad —consciente para aquellos hombres— entre esta guerra y la de Independencia, como partes de una misma lucha ideológica y religiosa:

"LA JUNTA GUBERNATIVA INTERINA DE NAVARRA A LOS SOLDADOS SEDUCIDOS POR JEFES PERJUROS. Soldados: La Junta os convida con la paz y con la unión a fin de que todos juntos marchemos a reunirnos alrededor del Trono... Sabed que todo el que se presente vestido y armado en el Cuartel General del Ejército Real de la Fe recibirá 160 reales y 80 el que sólo venga con uniforme.

"Españoles que con vuestro valor, constancia y fidelidad al Rey salvasteis a la Europa entera del yugo vergonzoso con que Napoleón la oprimió por tantos años..., a vosotros también os será reservada la gloria de salvar los Tronos que los revolucionarios impíos quieren derribar para destruir la Religión de Jesucristo, la paz y la felicidad del género humano. SOLDADOS: ¡Viva Dios! ¡Viva Fernando! ¡Viva la heroica nación española!

"Roncesvalles, 10 de junio, etc."

A punto estuvo en aquellos mismos momentos de abortar el lanzamiento por una orden de embargo de armas y municiones que el Gobierno francés —todavía titubeante en su conducta— publicó. Pero, por fin, vencidas inmensas dificultades, el 12 de junio de 1822 entraron por las vertientes del pico de Ori los jefes y oficiales de la que había de ser División Real de Navarra, para ponerse al frente de la sublevación que por todas partes se esperaba.

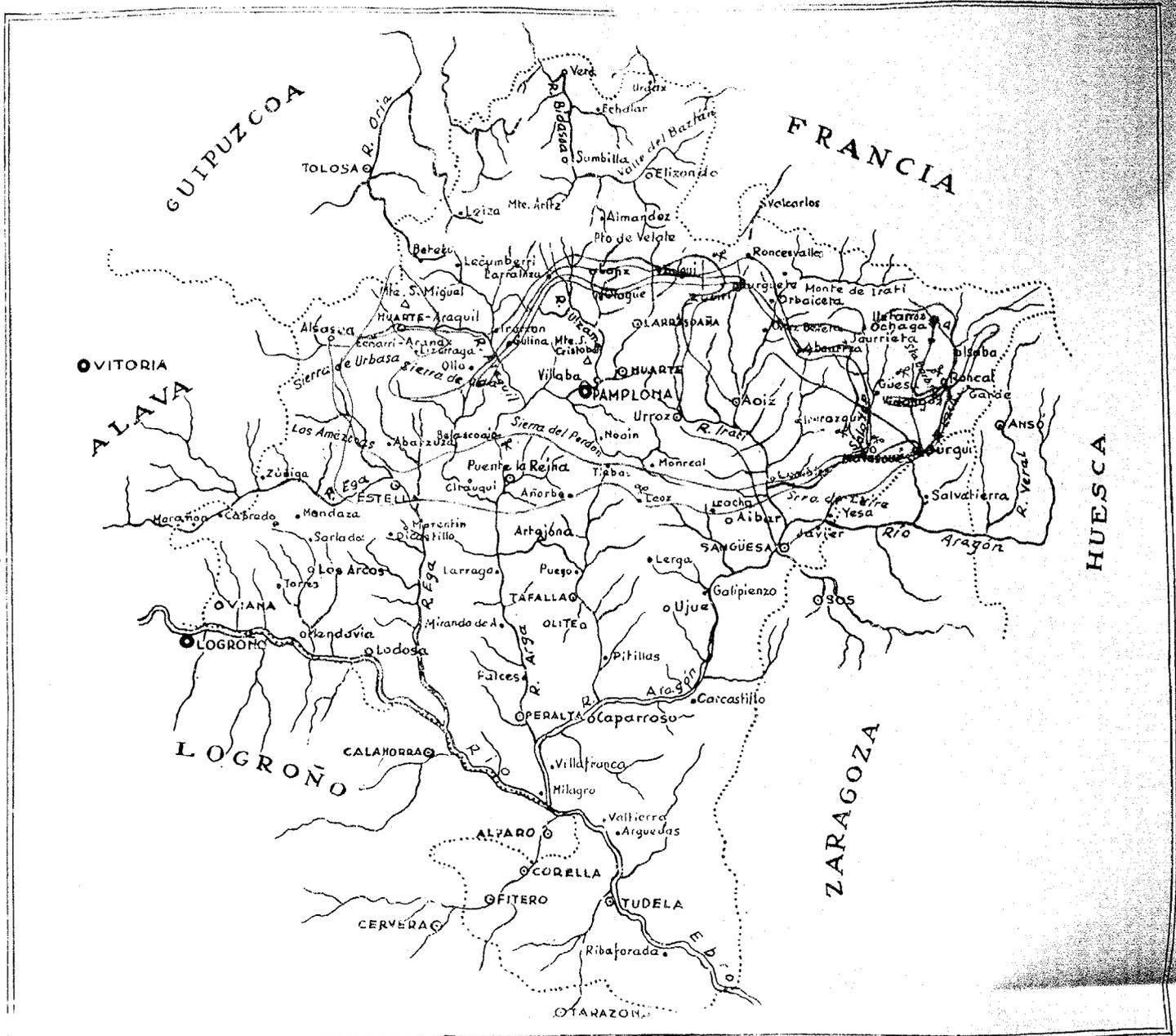
Concentraronse primeramente en Ochagavía, cabeza del Valle de Salazar, donde se hizo una organización provisional; pero, ante la amenaza de una fuerza enemiga que se aproximaba, pasaron a Uztárroz juzgándolo sitio más resguardado.

Es esta villa de Uztárroz lindante con Francia, la última del Valle del Roncal, que es, a su vez, el más oriental de Navarra. Las fragosidades de este asperísimo valle pirenaico ofrecieron durante toda la guerra el más seguro reducto a los realistas, que, además, contaban en él con la lealtad de sus habitantes, valerosos soldados que se habían cubierto de gloria durante la reciente Guerra de la Independencia (65). En Uztárroz tuvo lugar la verdadera constitución y encuadramiento de la División realista con el reconocimiento por general en jefe de Quesada, y por su segundo a don Juan Bautista Guergué, y con la distribución de jefes y oficiales a los distintos batallones y compañías.

No bien terminada su rapidísima organización, tuvo el improvisado ejército ocasión de probar su eficacia: habiendo subido a la gran sierra de Santa Bárbara, que separa los Valles de Roncal y Salazar, pudieron ver sus hombres cómo una columna enemiga llegaba a Vidangoz (66) y tomaba posiciones en sus alrededores. Durante la noche baja silenciosamente la División, rodea el pueblo, y el grupo que mandaba don Santos carga a la bayoneta sobre el grueso de la columna contraria entre vivas al Rey y muera a la Constitución. Sorprendido y aterrado el enemigo, superior

(65) En Garde, otra de las villas del Valle, instalaron y mantuvieron durante toda la guerra un hospital de sangre.

(66) Otro de los pueblos del Valle, conocido por sus leyendas de brujas.



ITINERARIO de las marchas realizadas por la División Realista entre el 25 de junio y el 11 de agosto de 1822, con un recorrido, habida cuenta de las sinuosidades del abrupto terreno, no inferior a 1.300 Kms., y durante el cual se libraron siete combates de consideración, aparte otras numerosas escaramuzas.

en número, huye a la desbandada perdiendo más de cuarenta prisioneros y abundante material (67).

Después de esta victoria inicial de las armas populares de los realistas, el Gobierno Militar de Pamplona concentra sus tropas y las lanza en persecución de la todavía pequeña fuerza. Esta inicia entonces una de aquellas inverosímiles marchas por toda Navarra, en que tan rica será su historia, durante las que cubren diariamente jornadas dobles de hasta catorce leguas por los terrenos más escarpados de España, riñendo, a menudo, combates defensivos. Con ello salvan el efectivo, desgastan a las fuerzas enemigas, levantan el espíritu por todo el país, a la vez que reciben constantes incorporaciones de voluntarios, y se reservan siempre para el golpe audaz y oportuno.

Así cruzan los valles de la alta montaña, pernoctando sucesivamente en Erro, Lanz, Múzquiz e Iizarbe (Olio); pasan de aquí a Lezaun y luego a Huarte-Araquil; recorren La Barranca y La Burunda (el gran valle del Araquil que une Navarra con Guipúzcoa) en varias direcciones. El día de San Fermín oyen misa en la venta de Urbasa, en la legendaria sierra de este nombre (68). Bajan después hasta Galdeano, pasan por el monte de Oteiza, donde burlan al

(67) Parte del general Quesada a la Junta sobre esta victoriosa sorpresa. (Archivo General de Navarra. Sección Guerra. Lg. 26, c. 1.)

Parte del abad de Roncal, don José Ros, a Quesada, dándole cuenta de los cuidados por él prodigados a un capitán realista que cayó herido en la acción. (Id., íd. Lg. 26 c. 6.)

(68) Este 7 de julio coincide con el sangriento desenlace de la ridícula situación que vivió Madrid durante varios días. Sublevada la Guardia Real contra el régimen constitucional, permanecieron distintas fuerzas de la guarnición de Madrid en mutua observación y actitud expectante durante varios días, hasta que el oficial Luis Fernández de Córdova —que antes había luchado contra Quiroga en la sublevación de Cádiz— entró en las calles de Madrid al mando de los cuatro batallones de la Guardia Real durante la noche del 6 al 7; pero fue inesperadamente derrotado por los milicianos, que se habían organizado y esperaban en la plaza Mayor. Estos hechos, que se supusieron inspirados por el propio Rey, colocaron a éste en situación difícilísima que sólo su rara habilidad para estos casos pudo superar.

enemigo, y al pasar por Añorbe se les une el primer grupo reclutado de caballería, con el que llegan a Echagüe. (Véase mapa I.) En este pueblo encuentran, el 11 de junio, el batallón que en quince días había reclutado e instruido Villanueva en la comarca de Aibar. Esto permite a Quesada y a los suyos tomar un pequeño descanso en Leache, donde acampan después de las agotadoras marchas que habían tenido que realizar.

Mientras tanto, Villanueva con su nueva unidad hace frente en Leoz al enemigo, que ignoraba la sustitución. Se baten los entusiastas bisoños con tal bizarría, que hacen al enemigo bajas muy superiores a las propias (69).

Aunque estos comienzos eran durísimos por la falta de vestuario, calzado y municiones, y las perspectivas todavía poco halagadoras, el pueblo campesino colaboraba unánimemente en la sublevación con su ayuda material y moral, sirviendo siempre de confidente o encubridor. El 3 de julio, el Comandante Militar de Pamplona, Sánchez Salvador, dice en oficio reservado al Jefe Político:

"Movimientos continuos realizan nuestras tropas, pero inútilmente, para perseguir a los facciosos: ninguna noticia nos dan los Ayuntamientos. Se puede decir acerca de esto, que vivimos como en país enemigo. Obligado a manifestarlo con la veracidad propia de un funcionario, y obligado también a pedir remedio, ruego a V. S. pase a toda la provincia las órdenes más estrechas y rigurosas... Sin salirse de los trámites legales, se les puede poner a raya imponiéndoles multas fuertes..." (70).

Después de aquel brevísimo descanso, Quesada se retiró con sus fuerzas hacia Aspurz, donde, sabedor de que dos columnas enemigas vienen desde Lumbier en su persecución, trata de hacerles alguna resistencia y quebranto en

(69) Partes gubernamentales de estas marchas. (Archivo General de Navarra. Lg. 26, c. 10.)

(70) Archivo General de Navarra. Sección Guerra. Lg. 26, c. 7.

combinación con las fuerzas de Villanueva; pero, como éstas no pudieron llegar a tiempo, tiene que retirarse hacia Izal (15 de julio), con lo que don Santos —que cubría el ala izquierda— queda en situación tan crítica, que sólo mediante prodigios de valor y serenidad logra salvar a su gente.

Las inmensas penalidades de este primer período de la guerra se reflejan en la proclama que el general realista dirige en Abaurrea Alta a los soldados el 23 de julio:

“Sé que los principios son difíciles —dice—; pero venceréis si ponéis vuestra confianza en el Dios de los Ejércitos e imploráis con verdadera fe cristiana su auxilio. Ya tenéis el de la generalidad de la nación española. En casi todas las provincias van apareciendo cuerpos que unen su acción a la vuestra...” (71).

Reunidas todas las columnas en Jaurrieta (Salazar), prosigue la División su continuo caminar, y, tras varias contramarchas y escaramuzas, se dirige al Valle de Roncal con el fin de vestir a la tropa con quinientos vestuarios llegados de la casa de Irati.

Mas, de pronto, se presenta el enemigo sobre el abrupto valle y la División, que intentaba salir, se ve obligada a tomar posiciones en el mismo pueblo de Roncal (3 de agosto), sobre el barrio llamado del Castillo, en la margen izquierda del río Ezca. Pero como, dada su inferioridad numérica, no pueden los realistas cubrir todos los puntos de ataque, tienen que replegarse precipitadamente (72) y dirigirse de noche, por los más ásperos caminos imaginables, hacia la alta zona de la Peña de Ezcaurre. Este pico, confinante con Aragón, una de las cotas más elevadas del Pirineo navarro (2.050 metros). Su mole de piedra desnuda, casi siempre cubierta de nieblas o *boiras*, con nieves perpetuas en algu-

(71) Id., *íd.* Lg. 26, c. 20.

(72) Parte de Tabuena sobre esta acción favorable a sus armas. (Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 26, c. 31.)

Detalle de la misma en *íd.*, *íd.* Lg. 27, c. 6.

nos puntos, se eleva en una región abrupta y desierta, casi inaccesible para quienes no conozcan el terreno.

En este apurado trance, Quesada se ve en la necesidad de oficiar al Municipio de Ansó, pueblo aragonés distante unas tres horas por caminos de cabras, para que le suministre, mediante pago, las raciones necesarias para sobrevivir. Pasan horas angustiosas de estrecha necesidad, pero al cabo, aquel Ayuntamiento envía socorros a plena satisfacción del general, al mismo tiempo que unos pastores de la villa roncalesa de Urzainqui ceden voluntariamente cuarenta reses, con lo que puede reponerse la tropa y salir con bien de aquella dramática situación.

Tras descender de Ezcaurre, se dirigió la División por Burgui y Navascués hacia Estella, pasando por Monreal, donde empezó a ser perseguida de cerca por la columna de Tabuena. Este era el momento esperado por el jefe revolucionario para batir definitivamente al ejército realista, que suponía maltrecho por el golpe de Roncal y las penalidades de Ezcaurre. Se le presentaba, además, la gran oportunidad de cogerlo entre dos fuegos, dando aviso a Pamplona para que saliese otra columna a detenerlo en la sierra del Perdón (límite sur de la comarca de Pamplona), mientras él caía por la espalda.

Pero, merced a una rapidísima marcha, lejos de realizarse este plan, fue la columna de ayuda salida de Pamplona la que resultó arrollada y destruida (7 de agosto), quedando todos sus componentes muertos o prisioneros entre el Perdón y Belascoain y sin que hubieran sufrido los realistas ni una baja (73). Tabuena, exasperado, redobla la persecución, que se desarrolla por tierras de Estella y las Amezcoas hasta Alsasua. Pero el día 11 de agosto llega intacta a Burguete la División, dejando así malogradas las inmensas fatigas del enemigo.

Entretanto, acudían voluntarios de todas partes y for-

(73) Partes gubernamentales de estas operaciones. (Archivo General de Navarra. Sección Guerra. Lg. 26, cs. 22 y 42.)

mábanse nuevas unidades, cuya presencia local desorientaba y desmoralizaba al ejército constitucional, que veía crecer ante sí a un enemigo incapturable, al que siempre había creído en trance de perecer. El estado de Navarra, a todo esto, era completamente anárquico. Recorrida de continuo por columnas enemigas entre sí que tenían que vivir del propio suelo, los pueblos se veían precisados a defenderse de los devastadores saqueos y de las fuertes multas de los constitucionales, y sufrían también a veces las sanciones y represalias de los realistas por hallarse sus Ayuntamientos gobernados, en algunos casos, por elementos liberales.

El 15 de agosto se proclama el estado de guerra en el 5.º Distrito militar, al que pertenecía Navarra (74); y el mismo día aparece una real orden disponiendo que el obispo de Pamplona (don Joaquín Xavier Uriz) sea trasladado a Burgos como lugar más seguro. Pero, cuando se pone en práctica este traslado, los realistas, en un audaz golpe de mano, se apoderan del prelado y, en calidad de liberado, lo conducen a Francia, donde permanecerá hasta el final de la guerra (75). Pocos días después (19 de agosto) el general Espinosa —jefe del 5.º Distrito— publica un bando draconiano, según el cual los padres o curadores de los voluntarios realistas, si no lograban el regreso de éstos a su casa en un plazo de ocho días, habrían de entregarse ellos mismos a las autoridades de guerra (76).

Una de las más valiosas aportaciones que recibieron los realistas en estos días fue la del Guardia de Corps don Fermín Salaberri, que había reclutado en la ribera un fuerte grupo de caballería, el cual pasó al efectivo de la División

(74) Orden de don Carlos Espinosa, jefe del 5.º Distrito, comunicándolo al Jefe Político de Pamplona. (Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 26, c. 39.)

(75) Parte gubernamental del suceso. (Id., íd. Lg. 26, c. 40.) El obispo de Pamplona había sido molestado anteriormente en diversas ocasiones por el Gobierno con sospechas de realismo y había tenido que publicar varios escritos de justificación. (Id., íd. Lg. 27, c. 5.)

(76) Id., íd. Lg. 26, c. 41.

con el nombre de Dragones del Soberano. Visto el éxito de esta gestión, no dudó Quesada en encomendar a Salaberri el mando de una expedición de trescientos infantes y caballería que, a través de la zona de Sos y las Bardenas, debería caer de improviso sobre Tudela y sorprender a los milicianos de aquella ciudad, liberales auténticos, que imponían su ley sobre el resto de la población, que era realista ferviente.

Sin embargo, esta empresa fracasó, dando lugar a la más funesta jornada que sufrió la División en todas sus campañas: Tabuenca logró dar alcance a la columna en Carcastillo y ésta tuvo que dispersarse, dejando en sus manos unos setenta prisioneros, buena parte de los cuales sufrieron el degollamiento, en que era especialista este jefe liberal (77).

Entretanto marchó la División al Valle de Baztán (20 de agosto) con la misión de amenazar e intimidar a los numerosos elementos constitucionalistas que había en este Valle y por cuyo influjo había decaído el entusiasmo de sus habitantes, en contraste con el resto de Navarra. Al llegar a Lanz, supieron los jefes realistas que en las bordas de Almandoz estaban apostados unos cien guardas constitucionales, y determinaron partir de nuevo, tras un breve descanso, con objeto de sorprenderlos (78). El párroco de

(77) Parte del coronel Tabuenca sobre esta acción. (Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 26, c. 45.)

La crueldad y el salvajismo de este jefe gubernamental, que asoló durante meses a Navarra, está fuera de duda y reflejada por los mismos partes de las autoridades oficiales. Así, por ejemplo, el 29 de julio, el Ayuntamiento Constitucional de Sangüesa escribía en un parte al Jefe Político de la provincia: "Es insufrible el déspota del coronel don José Antonio Tabuenca, que comanda la columna de las tropas nacionales en persecución de los facciosos; pues por el solo hecho de no haber podido conseguir en la noche del 27 del corriente los bagajes necesarios... atropelló y dio golpes a nuestro Alcalde Primero de forma que tuvo derrame de sangre y, por último, lo llevó y abandonó maniatado en el monte". (Id., Id. Lg. 26, c. 28.)

(78) Partes gubernamentales de estos movimientos. (Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 26, c. 50.)

Uztárroz, que se declara partícipe de las penalidades y trabajos de aquella marcha nocturna, la describe así:

"Principióse esta jornada entre las siete y las ocho de la tarde, y a poco rato de haberse oscurecido, sobrevino la tempestad de una furiosa lluvia, acompañada de un viento tan recio y frío, que hacía una de las noches más terribles y peligrosas que han sufrido los realistas en la penosa carrera de sus inmensas fatigas y trabajos. El cansancio de la tropa por la marcha de diez leguas que había andado aquel día, el poco alimento que tuvo en esta doble jornada y, sobre todo, las tristes circunstancias de una noche sumamente tenebrosa y amenazadora por la espantosa furia de los elementos, pueden sólo regular el grado de constancia, de sufrimiento y de fuerza que produce el religioso entusiasmo de la lealtad en los que se deciden a triunfar o morir en obsequio de la Religión y del Rey. Toda la tropa experimentó los horrores de esta noche, quedando la mayor parte acampada en lo alto del puerto (de Velate), cuyo camino era tan estrecho y peligroso que a la derecha corría la línea de una gran peña rapada y sin abrigo, y a la izquierda un barranco espantoso donde cayeron algunos brigadieres y caballos, que con su desgracia avisaron al resto de la columna del peligro. Tal era la profunda oscuridad en esta noche tenebrosa, que de ninguna manera se veía el sitio que se pisaba." (79).

Después de pasar una noche angustiosa "a merced y discreción de los elementos", al amanecer del día 22 partió toda la columna para Almandoz, donde entró entre siete y ocho de la mañana. Los guardas perseguidos habían tenido ya tiempo de huir a los montes, y la acción de la División en Baztán se limitó —según el cronista— a algunas órdenes y previsiones mezcladas de dulzura y rigor, como exigir la entrega de armas y municiones y multar a algunos de los elementos más activamente constitucionales, mientras los

(79) Pág. 102.

jefes militares y los individuos de la Junta que les acompañaban usaban con las autoridades del Valle "del dulce lenguaje de la persuasión y ternura, propio de unos padres que s'enten más los extravíos de sus hijos por el mismo amor que les profesan".

Por aquellos mismos días había llegado a Navarra desde Cataluña el guerrillero Antonio Marañón —*el Trapense*— con unos seiscientos reclutas que reunió a su paso por los pueblos del Alto Aragón. Este famoso guerrillero, antiguo lego de la Trapa, que con Romagosa había hecho progresar a ojos vistas las armas realistas en Cataluña con las sucesivas conquistas de Berga y Solsona, acababa de dirigir el asalto a la plaza fuerte de Seo de Urgel, acción decisiva para la causa de los realistas, y que puede citarse como un caso histórico de valor insuperable, casi perdido en este período silenciado de la historia de España.

Fue a primeros de junio cuando Romagosa y el antiguo lego de la Trapa se pusieron de acuerdo para intentar un audaz golpe contra la fortaleza de Seo, que era uno de los principales bastiones militares del Pirineo. Como casi carecían de municiones, sorprenden previamente a los milicianos de la villa de Peramola, de cuyas armas y municiones se apoderan. Pero, siendo aún pocas para aquella empresa, entran en varios pueblos más que los reciben como amigos y liberadores, y mandan fundir todos los platos de plomo y estaño para hacer balas, y, con una partida de pólvora que reciben de un pueblo de la frontera, fabrican cartuchos "hasta la mísera cantidad de cinco por individuo". Asimismo dan orden a todos los carpinteros de que fabriquen el mayor número posible de escalas. Al quinto día de estos preparativos (día 21), y con estos pobres pertrechos, se lanzan al ataque. *El Trapense* toma la delantera a pecho descubierto, con un crucifijo en la mano, y, a los

gritos de ¡Viva la Religión! y ¡Viva el Rey!, vence la resistencia enemiga hasta quedar dueño absoluto del fuerte y de la plaza. Todo ello con menos de dos mil hombres (80).

Seo de Urgel sería desde entonces el principal reducto de los realistas en Cataluña, y en él se constituyó, pocos días antes de la llegada del *Trapense* a Navarra, la *Regencia Suprema de España durante la cautividad de Fernando VII*, especie de Gobierno que, obrando en nombre del "prisionero Monarca", trataría de coordinar los esfuerzos de todos y de representar un poder constituido frente al Gobierno de Madrid. La formaban el marqués de Mataflorida, don Jaime Creus, arzobispo preconizado de Tarragona, y el barón de Eroles, de la nobleza catalana (81) y su aparición como órgano rector fue acogido con el mayor entusiasmo por las Juntas realistas del *Ejército de la Fe* que luchaban en la Península.

El 15 de agosto había tenido lugar la proclamación solemne de la Regencia. Fue izada una bandera con las armas reales en un lado y la Cruz en otro, con la leyenda *In hoc signo vinces*, símbolo de los ideales del pueblo en armas; se proclamó un rey de Armas y alférez mayor de la ciudad, gritándose como en las antiguas proclamaciones: ¡España por Fernando VII!, mientras las campanas de la ciudad volteaban y una procesión recorría las calles. En el mismo día dirigió la Regencia un manifiesto al país, en el que, tras exhortarle a liberar al Monarca, se le decía:

"... a la Monarquía —la mejor forma de gobierno— han vuelto los pueblos cansados de luchar con ilusiones; los medios empleados hasta hoy para seduciros son los mismos usados siempre por iguales movimientos y sólo han producido la destrucción de los Estados. Vuestras antiguas leyes son fruto de la sabiduría y de la experiencia de siglos..."

(80) J. M. y R. *Ob. cit.*, t. I, pág. 134 y 55.

(81) El mismo héroe catalán de la Independencia, defensor de Gerona y Montserrat, y ahora General en Jefe del ejército realista de Cataluña.

Ellas curaban vuestros males, ellas proporcionaban vuestra riqueza y felicidad, y con ellas podíais gozar de la libertad que es posible en las sociedades, aun para expresar vuestros pensamientos... Todo español debe concurrir a parar este torrente de males, la unión es necesaria; mejor es morir con honra que sucumbir a un martirio que pronto os ha de llevar al mismo término, pero cubiertos de ignominia."

El barón de Eroles, que fue defensor de Gerona en la Independencia, y era figura de gran prestigio militar, fue designado, además, por la Junta, Generalísimo de los Ejércitos Realistas en Cataluña. Con este motivo dirigió, por su parte, a las tropas un manifiesto que ha sido famoso por su alusión al renaciente espíritu foralista. En él se decía:

"... También nosotros queremos Constitución, queremos una ley estable por la que se nos gobierne... Pero, para formarla, no iremos en busca de teorías marcadas con la sangre y el desengaño de cuantos pueblos las han aplicado, sino que recurriremos a los Fueros de nuestros mayores, y el pueblo español, congregado como lo estuvieron ellos, se dará leyes justas, acomodadas a nuestros tiempos y costumbres bajo la sombra de otro árbol de Guernica. El nombre de español recobrará su antigua virtud y esplendor, y todos viviremos esclavos, no de una facción desorganizadora, sino sólo de la Ley que establezcamos. El Rey, padre de los pueblos, jurará como entonces nuestros Fueros, y nosotros le acataremos lealmente."

El Trapense fue quizá el más extraordinario entre todos los extraordinarios tipos de que se compuso buena parte de nuestros guerrilleros del XIX. Natural —se sospecha— de Navarra (el nombre de Marañón sería el de su pueblo natal, como es costumbre entre los frailes), perteneció probablemente a alguna comunidad trapense extinta en virtud de las recientes leyes. Vestía en campaña, según todos los testimonios, hábito de fraile con un gran crucifijo al pecho

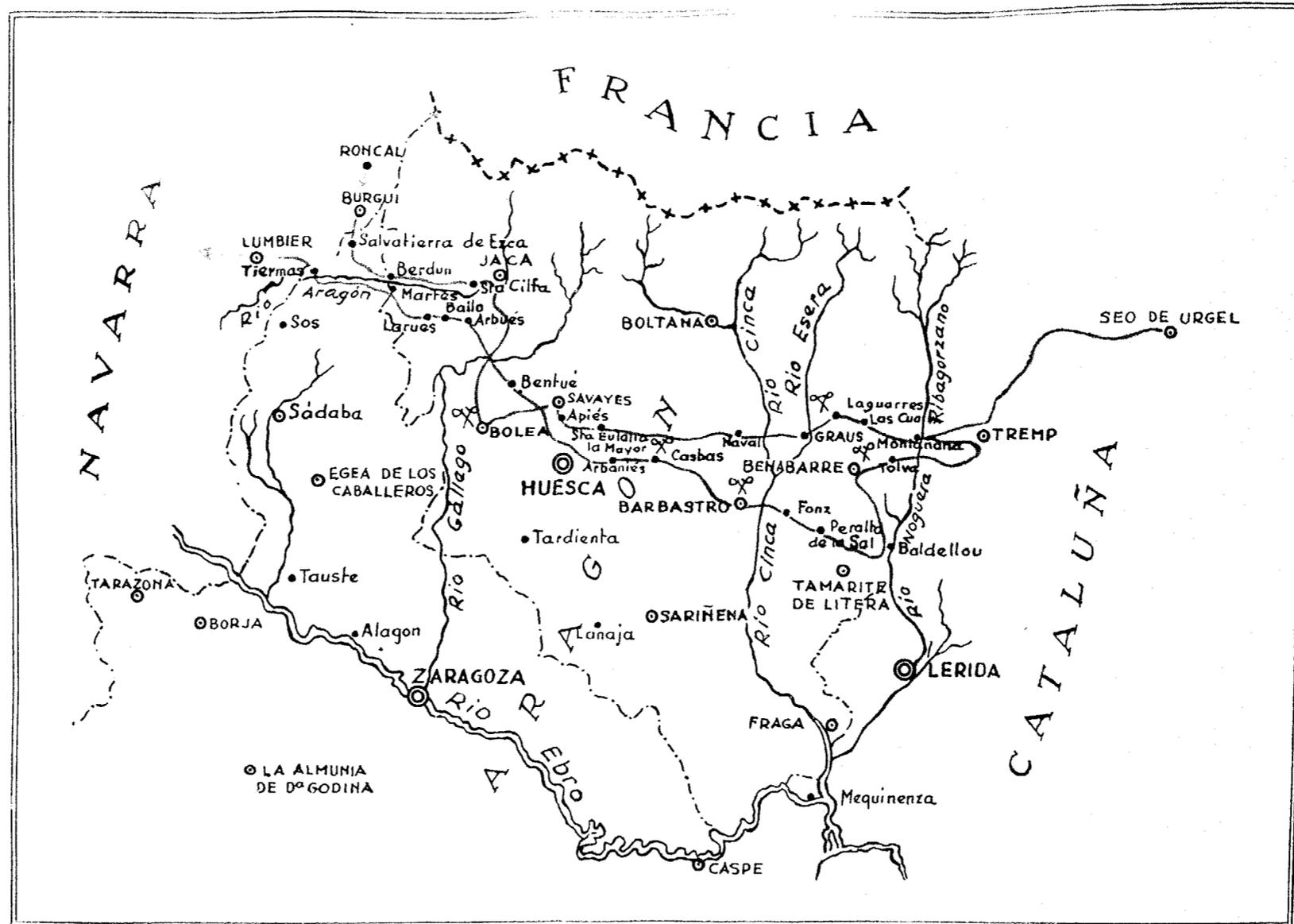
nían en la completa liberación del país (84). Pero, a pesar de lo arriesgado de la empresa, los resultados, como veremos, no correspondieron a estos temores, sino que fueron, por el contrario, muy provechosos y hasta decisivos para la causa común de los realistas.

El 30 de agosto parte la División desde el Valle de Roncal, y por Salvatierra de Ezca llega hasta la villa de Berdún, en el valle del Aragón. Atraviesa después los pueblos de Apiés, Naval, Graus, sierra de Laguarres y Lascuarre, hasta llegar a Montañana. (Véase mapa II.) A su paso por los pueblos del Alto Aragón, levanta el ánimo de sus habitantes, fervorosos realistas en su gran mayoría. Desde Montañana marcha el general, acompañado del *Trapense*, a Seo de Urgel a cumplimentar al Gobierno general de los realistas, que expresa a los navarros su gratitud por la ayuda prestada. Pocos días después llega asimismo una comisión de la Junta de Navarra, formada por Mélida y Eraso, para prestar ante la Regencia solemne juramento de fidelidad durante el tiempo de su gobierno, pues —como destaca el cronista navarro— “a pesar de haber sido los navarros los primeros que formaron un cuerpo provisional de gobierno y se levantaron en armas para reparar los derechos del Altar y del Trono, nada deseaban con más ansia que ver instalado un Gobierno general que fuera el centro común de todos los realistas” (85).

De Montañana pasa la División a Tremp, donde es revistada por el barón de Eroles, Regente y General en Jefe del Ejército Real de Cataluña. Y en la madrugada del 18 continúa hacia Benabarre, donde había de alcanzar uno de los más decisivos triunfos de su historia y uno de los mayores de las armas realistas en general.

(84) Es juicio general que la fisonomía y los procedimientos del *Trapense* eran los más aptos para llevar tras de sí al vulgo ignorante y fanático, al mismo tiempo que producía aversión en la gente culta. Obsérvese, sin embargo, que en este caso no es al pueblo ni al voluntariado a quienes arrastra hacia Cataluña, sino a Quesada y a los jefes contra la voluntad de aquéllos.

(85) MARTIN. A. *Ob. cit.* Pág. 144 y ss.



ITINERARIO recorrido por la División Real de Navarra en su expedición al Alto Aragón y Cataluña (30 de agosto a 18 de octubre de 1822).

Una avanzada, que se había destacado a Tolva para preparar raciones, se encuentra en este pueblo con la vanguardia de la División de Tabuena, que estaba en Benabarre y había venido a cortar la retirada a Navarra de la División realista con la intención de dispersarla en una tierra desconocida para los navarros.

En seguida se generaliza el fuego y la vanguardia constitucional se retira a Benabarre para unirse al grueso de la columna, que inmediatamente inicia el ataque, obligando al destacamento realista a volver a incorporarse al grueso de la División. Acto seguido comienza la batalla formal. Los realistas, aun inferiores en número, atacan con el mayor ímpetu y entusiasmo. Media un prolongado forcejeo sangriento, pero el desconcierto empieza a cundir en las filas constitucionales y pronto se transforma en terror. Se observa que su frente empieza a ceder, y se inicia una desbandada que en seguida se hace general.

En el campo quedan muchos cadáveres y heridos enemigos, así como todo el material y documentación de la División, incluso dos piezas de artillería de que había hecho uso. Se hacen muchos prisioneros, y deja de existir la División de Tabuena como unidad independiente. En cuanto a su jefe, "este asesino —dice el cronista—, que se recreaba en degollar a cuantos leales caían en sus manos, pagó con su vida las crueldades cometidas" (86)

Con esta importantísima victoria, que destruye a la más avezada y ágil columna del enemigo, todo el Alto Aragón quedó libre de éste, cuyos restos se refugiaron en el castillo de Monzón, de donde, como veremos, no volverán a salir.

Estos momentos coinciden con los de máximo apogeo de las armas realistas en Cataluña. Unos días antes (10 de septiembre) se hacía cargo de la represión el feroz Espoz y

(86) Parte gubernamental de esta acción y de la muerte del coronel Tabuena. (Archivo General de Navarra. Sección Guerra. Lg. 27, c. 14.)

Mina, que, con sus segundos Manso y Rotten (87) iniciaría una guerra de exterminio. Algunos días después (14 del mismo) ocupaba a los realistas la plaza de Cervera, que, como confiesa el propio Lafuente en su historia (T. 18, página 392), "no sólo había sido abandonada por la facción, sino por todos sus habitantes, encontrándose en ella solamente dos mujeres, consecuencia del mal trato que aquellos moradores habían experimentado otras veces de parte de las tropas constitucionales", lo que denota una vez más el espíritu de la inmensa mayoría de la población rural.

No obstante, Mina, desde estos meses, llevando la lucha a sangre y fuego, arrasando pueblos enteros y pasando a cuchillo a sus habitantes (88), logra reducir a los realistas de Cataluña a las escasas zonas y partidas que, merced a un tesón sin límites, se mantuvieron hasta el final de la guerra.

Aún permaneció la División Real de Navarra en la comarca hasta el 14 de octubre practicando la instrucción y manejo de las armas, y siendo revistada varias veces por Eroles. Pero volvamos a lo que, mientras tanto, había ocurrido en Navarra.

La Junta Gubernativa realista, que había sido opuesta a la marcha de la División a Cataluña, atravesó momentos difíciles de peligro cuando se encontró, al verificarse aqué-

(87) El autor de la fúnebre *tartana de Rotten*, en que hace salir de Barcelona a los detenidos sospechosos de realismo y les prepara emboscadas por el camino en las que todos son bárbaramente asesinados. Entre otros muchos pereció en ella el venerable obispo de Vich Fr. Ramón Strauch.

(88) Conocido es el caso del pueblo de Castellfullit, totalmente arrasado por Mina, que, en uno de los muros calcinados que quedó en pie, hizo poner la inscripción que se ha hecho célebre: "AQUI EXISTIO CASTELLFULLIT. PUEBLOS, TOMAD EJEMPLO: NO ABRIQUEIS A LOS ENEMIGOS DE LA PATRIA".

Acto seguido publicó un bando, en el que, entre otras cosas, se disponía: "Todo pueblo en que se toque a somatén obligado por una fuerza de facciosos inferior a la tercera parte del vecindario, será saqueado e incendiado". "Toda casa que quedase abandonada a la llegada de las tropas nacionales, será entregada al saqueo y derruida e incendiada".

lla, casi sola e indefensa en Ochagavía. Para colmo de males, el mismo día de la partida de la División (30 de agosto), la Diputación Provincial de Pamplona lanzó una proclama invitando a los voluntarios a acogerse a un indulto reciente (89), lo que podía ser muy peligroso, no sólo por el prestigio que siempre ha tenido entre los navarros su Diputación, aun en aquellos momentos de violencia y arbitrariedad, sino por la gravedad de aquellos días de desconcierto e inquietud. Entonces la Junta, haciendo frente a la situación, lanza en respuesta un manifiesto haciendo ver a los navarros la ilegitimidad de aquella Diputación y lo oprobioso para ellos de su misma existencia y nombre:

"LA JUNTA INTERINA DE GOBIERNO DE ESTE REINO DE NAVARRA, A SUS LEALES HABITANTES: ... Una Diputación ilegítima que a nadie representa sino a sí misma, intenta seduciros con una mezcla de falsas promesas y asechanzas... Intenta privaros del nombre de navarros, cambiando el antiguo Reino de Navarra por una mera provincia de Pamplona. ¡Ah! ¿Dónde está aquella sabia legislación de vuestros padres? ¿Dónde aquellos Supremos Tribunales de Justicia, aquellas regalias y fueros...? ... Intentan, bajo el velo de una Religión a quien persiguen, y con el nombre de un Rey cautivo bajo guardias republicanos, cuando menos arrancar de sus sienes la corona y diadema de los Borbones, siendo este desgraciado Monarca un Rey burlado y lleno de oprobios como Jesucristo de los judíos...

"Ochagavía, 8 de septiembre..." (90).

Después, y con el fin de salvar en lo posible la situación creada por la ausencia de la División, inició la Junta con gran ánimo la formación de un Cuerpo suplementario que mantuviese, al menos, el estado de cosas existente. Se encomendó esta difícil tarea al teniente coronel don José

(89) Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 26, c. 49.

(90) Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 26, c. 53.

Antonio Arredondo, jefe de la escolta que acompañaba a la Junta y único militar de graduación de que ésta disponía, quien, con una habilidad y rapidez extraordinarias, reunió en un par de días un batallón que habría de lograr increíbles victorias durante la ausencia de la División.

A los cuatro días de iniciada su formación, el propio general Espinosa, aprovechando la gravedad del momento, sale de Pamplona con el propósito de hacer prisioneros a los miembros de la Junta que creía desamparada. Arredondo, sin embargo, con sus escasísimas fuerzas, le esperaba.

El Valle de Salazar fue entonces escenario de una serie de marchas y contramarchas, de lazos y emboscadas, en que los dos jefes enemigos pusieron a prueba su astucia tratando de sorprenderse mutuamente. Pero al fin, en el monte de Jaurrieta, y en el paraje llamado *Zapatucea*, chocaron las dos fuerzas en una larga y desigual batalla. Las tropas de Espinosa, bien abastecidas, escogidas como para una expedición cómodamente planeada, y mucho más numerosas, fracasaron inesperadamente ante el rabioso empuje de los soldados de Arredondo. Pues aunque los realistas, tras haber fatigado enormemente al enemigo, tuvieron que retirarse por falta de municiones a las peñas de Abaurrea, el enemigo, desconcertado y rendido, emprende el regreso a Pamplona, renunciando por de pronto a sus ambiciosos proyectos (91).

Alentados con este éxito, la Junta y Arredondo determinaron pasar a la ofensiva y llevar la guerra de un modo efectivo al centro de Navarra. El día 3 de octubre sale Arredondo de Lumbier con ánimo de atacar a una columna enemiga mandada por el mismo Espinosa y reforzada por un batallón del entonces famoso regimiento de Valençay, venido de Vitoria, que sabía repartida a la sazón por los pueblos de Barasoain y Pueyo. Lleva consigo todas las fuerzas disponibles, incluso una mohosa pieza de artillería que

(91) Partes de estas marchas y operaciones. (Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 27, c. 9.)

había mandado traer de la sierra de Santa Bárbara (Roncal), donde había sido abandonada por los franceses en su retirada al acabar la Guerra de la Independencia.

A la mañana siguiente sube a los altos que dominan Garinoain y Barasoain y manda romper fuego contra Puyo para evitar la reunión de las dos fuerzas. Inmediatamente sale el enemigo de Barasoain en socorro de los atacados, llevando en vanguardia el batallón de Valençay. Arredondo lo atrae a un lugar batido por la pieza de artillería y, mientras hace un espectacular disparo, se arrojan sus hombres a la bayoneta con tal furia, que el enemigo, sobrecogido, empieza a dispersarse al tiempo que carga sobre él un grupo de la reducida caballería, que tiene ocasión de hacer un verdadero estrago. Avanza entonces el resto sobre Barasoain y obliga a huir hacia Pamplona a los últimos restos organizados del enemigo, que deja sobre el campo —según los partes realistas— noventa y tres muertos y más de cien heridos. El general Espinosa reunía en esta acción dos mil quinientos infantes y doscientos caballos, al paso que no excedía de mil hombres el efectivo total del batallón realista, que no sufrió más pérdidas que un muerto y catorce heridos (92). En esta acción se distinguió sobremanera, y fue propuesto para recompensa, el capitán don Juan Antonio Guergué, el que luego llegó a general de Don Carlos y murió fusilado por Maroto al fin de la guerra carlista.

Al mismo Guergué le fue encomendada por Arredondo, pocos días después (14 de octubre), una incursión sobre la ciudad de Estella, en la que, con un solo batallón, logró destrozar a la guarnición de esta plaza y derrotar a la co-

(92) Vid. sobre estas operaciones la *Exposición de la Junta al Rey*, cit. Página 8 y ss.

Partes gubernamentales. (Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 27, c. 25.)

Vid., asimismo, *Diario de los movimientos del ejército de operaciones del 5.º Distrito en el tiempo en que lo mandó el mariscal de campo don Carlos Espinosa*. Madrid, Imp. de "El Universal", 1822.

des alborotos y manifestaciones que tomaron como objeto de sus iras al Ayuntamiento de la ciudad, generalmente considerado como poco afecto al sistema imperante (96). Como resultado de estos sucesos, los miembros del Ayuntamiento fueron detenidos en la Ciudadela por la autoridad militar, y el Gobernador Militar de la plaza, coronel Sánchez Salvador, nombró un nuevo Concejo interino, al que llamó Junta Sustituyente (97).

Una vez reunidas las fuerzas realistas, Quesada dispone una expedición hacia el poniente del Reino, y a ser posible, hasta Vitoria. Pero en Nazar (27 de octubre) tiene un encuentro con el enemigo, que resulta desfavorable e imprevisto. Los constitucionales logran aislar la posición que ocupa el batallón de Arredondo, quien, atacado por fuerzas muy superiores, tiene que retroceder precipitadamente por un terreno extremadamente fragoso. Al saltar un precipicio, cae a tierra el caballo de Arredondo y el jinete, fracturada una pierna, es hecho prisionero del enemigo, que le da muerte degollándolo inmediatamente. Así desaparece el teniente coronel Arredondo, precisamente en el momento en que quedaba cumplida la misión de confianza que le había sido encomendada (98).

El prestigio de Quesada se eclipsó para siempre con esta derrota en los momentos que, por la unión de todas las fuerzas, más éxitos podían esperarse. Desde los campos de Nazar marcha el general por Lumbier a Irurozqui, donde, debido principalmente al mal ambiente que en torno a él observaba, y también al cansancio físico por campañas tan duras, se decide a dejar el mando de la División a su segundo, don Santos Ladrón, y pasa a Francia hasta la entrada

(96) Partes de estos sucesos. (Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 27, c. 15.)

(97) Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 27, c. 16.

(98) Partes gubernamentales de esta operación. (Id., id. Lg. 27, causa 25.)

poner a nuestro adorado Monarca en la plenitud de su soberanía.

"Se dieron a luz veintisiete números desde el mes de noviembre de 1822 hasta el de junio de 1823, sin contar otros manifiestos y folletos análogos al mismo asunto, y fueron todos circulados sin coste alguno por los pueblos de Navarra y parte de Aragón, y las provincias vascongadas..." (100).

Por disposición de la Regencia de Urgel, fue nombrado General en Jefe del ejército de Navarra el teniente general don Carlos O'Donnell, refugiado en Bayona, que entró en Navarra el 17 de noviembre y se hizo cargo en Lumbier del mando de la División.

Don Carlos O'Donnell, de noble familia irlandesa refugiada en España a consecuencia de las guerras de religión, era el padre de don Leopoldo, futuro duque de Tetuán. Había luchado en la campaña del Rosellón contra la Revolución Francesa y, muy heroicamente, en la Independencia, tras de haber declarado a las Islas Canarias —de las que era Comandante General— por Fernando VII y contra la invasión. En la presente guerra se apresura a ponerse a las órdenes de la Regencia de Seo, que, al retirarse Quesada, le confía el mando de la potente División navarra (101).

A pesar de sus anteriores éxitos militares, don Carlos O'Donnell no los obtiene en esta campaña. Estimando próxima la entrada de los Ejércitos Aliados en España, mantiene la táctica que le parece más conducente a conservar intacto el efectivo hasta ese momento sin exponerse a

(100) MARTIN. A. *Ob. cit.* Pág. 239 y ss. Se conserva un número de este primer periódico realista (el 14, de 7 de abril de 1823) en el Archivo Catedral de Pamplona. (Documentación de Lacarra.)

(101) Esta arraigadísima significación política de don Carlos O'Donnell, con que hacía honor a su católica tradición familiar, explica la adscripción entusiasta de todos sus hijos (excepto el duque de Tetuán) a la causa carlista, bajo cuyas banderas pelearon, dato muy poco conocido. (Vid. sobre esto: Francisco MELGAR. *O'Donnell*, Madrid, 1946.)

posibles reveses: continuas marchas y contramarchas de huida para cansancio del enemigo y evitación de choques. Pero no se da cuenta de que la guerra en España es a vida o muerte, independiente y, hasta cierto punto, ajena a aquel futuro acontecimiento; ignora que aquellos hombres pelean convencidos de que sólo su esfuerzo personal podrá acarrear la victoria y que no se pueden resignar al estéril caminar sin hacer frente al enemigo, mientras éste se ensaña en sus familias y campos. Y como, por otra parte, la persecución se hace pronto violenta y casi vertiginosa, el cansancio y la falta de ambiente que le rodea le obligan a retirarse a Francia (27 de diciembre), previa entrega del mando a don Santos Ladrón (102).

Por esta época podía ya decirse que la autoridad del Gobierno Central se limitaba en Navarra a la capital y a los lugares donde, en cada caso, llegaba la presencia real de las tropas en sus correrías. Toda la población rural respondía a la sublevación realista, militando en sus filas o ayudando desde sus hogares, y lo que podemos llamar sublevación ambiental había subido enormemente de punto desde que se esperaba, casi con seguridad, la participación de la Santa Alianza y desde que en las esferas gubernamentales se acusaban síntomas de desconcierto. Pero don Santos quería más: su aspiración era aislar totalmente a Pamplona y ejercer sobre ella un verdadero bloqueo. Para ello, en este período de su mando, intensificó las operaciones, no siempre con éxito en los primeros momentos, a causa de la escasez de recursos.

Tras una operación frustrada, en que un batallón estuvo a punto de perecer de frío al perderse de noche en la sierra de Santa Bárbara, aunque al fin pudo ser salvado por los habitantes de Roncal y Vidárgez, marcha el jefe realista a la Ribera, donde sostiene el dudoso combate de Muniain (7 de enero), en que se enfrentó con el coronel Jáuregui (*el Pastor*).

(102) Partes del general O'Donnell durante el período de su mando. (Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 27, c. 38.)

A todo esto, la guerra llegaba a su máximo de dureza y crueldad. El 15 de enero de 1823 la columna de Torrijos, que había salido de Vitoria, logra alcanzar al batallón de Solecio y Guergué que estaba empeñado en una escaramuza favorable en la venta de Armentia, y le hace setenta prisioneros, la mayor parte de los cuales perecen degollados. El 20, estando don Santos con dos batallones en Sangüesa, se entera de la proximidad de las dos fuertes columnas enemigas de Salcedo y Joaquín De Pablo (*Chapalanguerra*) (103). Da orden de salir inmediatamente al campo, pero se les adelanta inopinadamente la caballería enemiga, que irrumpe en la ciudad, pretendiendo arrollar a la columna realista en el puente sobre el Aragón. Entonces don Santos, poniéndose al frente de su caballería, carga con tal violencia, que logra rechazar por dos veces al enemigo, consiguiendo así ganar el tiempo necesario para que la columna se retire en orden y sin bajas.

Por aquellos mismos días habían obtenido gran incremento, tras varios golpes favorables, las partidas que, al mando del *Trapense* y de Bessières (104) operaban en el

(103) Jefe liberal, antiguo soldado de Mina, que llegó a adquirir gran popularidad en la época como revolucionario exaltado. Fue muerto en 1830 por los soldados de Eraso, que guarnecían la frontera, al fracasar en Valcarlos una intentona durante el siguiente período realista de Fernando VII. Espronceda, que iba en la fracasada expedición, le dedicó una elegía llena de conceptos vacuos.

(104) Aventurero francés, traidor a los napoleónicos y de oscura historia, pero experto e intrépido militar.

Alto Aragón, hasta llegar, en un golpe de audacia, a Zaragoza, e intimar a la rendición a sus autoridades. Mas, habiendo llegado por esos días a esta zona los refuerzos que el Gobierno enviaba a Mina, que en Cataluña preparaba la toma de Seo de Urgel, se emplearon estas fuerzas en el hostigamiento de la columna realista. Pero ésta, en un nuevo raptó de audacia de Bessières, se encaminó hacia Madrid. Alarmada la Corte, en la que ya cundía el desconcierto por las noticias de una próxima intervención aliada, envió precipitadamente para su detención a una columna de tropa y milicianos nacionales mandada por *el Empecinado* y O'Daly; pero en Brihuega sufrieron éstos una ignominiosa derrota con captura de todo su material (24 de enero), que no tuvo mayores consecuencias porque los realistas no se atrevieron a seguir adelante en su empresa. Este fracaso acabó de desmoralizar a los medios gubernamentales de la capital, que, viéndose impotentes para dispersar a una partida de guerrilleros, poco bueno podían esperar frente al ejército aliado unido a estas mismas facciones, lo que les decide a trasladar el Gobierno y la Corte a Sevilla (105).

Volviendo a Navarra, el general Torrijos —que había sustituido a Espinosa— proyectó por estos días dar un *golpe de efecto* que justificase ante los ojos del Gobierno la eficacia de su actuación. Con este fin dispuso una expedición que, con todo lujo de preparativos, bloquease y tomase la casa de Irati, lo que le permitiría comunicar sonoramente "que había conquistado el reducto de los facciosos en Navarra".

Pero, en realidad, el fuerte carecía ya de importancia para los realistas: abiertas las comunicaciones con Francia y con la decidida protección de la nación vecina, podían introducirse sin dificultad mayor los artículos de guerra que se adquiriesen. En consecuencia, ordenó don Santos

(105) R. O. acompañando el decreto de las Cortes extraordinarias sobre traslación del Gobierno si fuera preciso. (Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 28, c. 32.)

que se sacase del recinto cuanto en él hubiera de valor y se abandonase el fuerte a la llegada de las columnas constitucionales, las cuales pudieron ocuparlo e incendiarlo con toda facilidad (106). No más que a esto se redujo la tan sonada expedición a Irati (12 de febrero), que los historiadores de la época suelen presentar como un decisivo triunfo de las armas gubernamentales, y que, en irónico contraste, coincide con la heroica retirada del Gobierno constitucional a Sevilla, treinta y nueve días antes de que cruzasen la frontera los primeros soldados de Angulema (107).

Por aquellas mismas fechas —y sin cuidarse de la expedición a Irati— decidió don Santos realizar una incursión a la ciudad de Huesca, de significación profundamente realista. Con tal objeto, organizó una expedición que partió el 11 de febrero y dio como resultado, además de levantar los ánimos en la ciudad aragonesa, que recibió entusiastamente a la División navarra, la captura de numerosos prisioneros en Ayerbe.

Durante el tiempo de esta marcha, el 2.º batallón, a las órdenes de su comandante don Tomás Zumalacárregui, quedó en las montañas de Salazar y Roncal (108) para de-

(106) Parte de Torrijos dando cuenta de esta ocupación. (Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 28, c. 23.)

(107) "Favorable había sido la fortuna a los constitucionales en Navarra —dice Lafuente—, donde Quesada se vio forzado a refugiarse en Francia, batido por Espinosa. Sucedió a éste Torrijos en el mando de aquel antiguo reino, y lejos de dejar reponerse a los absolutistas, los arrojó de Irati, aquel fuerte situado en la frontera, que era para los facciosos de Navarra como el de Urgel para los de Cataluña." (T. 19, página 17.)

Puede verse la radical inexactitud de estos datos, que suponen una casi total derrota de los realistas en Navarra precisamente en los momentos de mayor apogeo de sus armas. Tal modo de presentar las cosas tiene como principal objeto hacer ver en la intervención francesa un arbitrario acto de fuerza contra un Gobierno pacífico que está a punto de resolver sus propios problemas, y no la ayuda prestada a uno de los bandos en lucha en un país totalmente anarquizado y en guerra civil.

(108) Una de las posiciones estratégicas de aquellas operaciones se conserva aún hoy en el lugar llamado *El Castillo*, en el monte de *Uztárroz*, con las mismas trincheras que se utilizarían en la defensa del principal acceso al Valle de Roncal desde el de Salazar.

Aunque sirvió de ligero atenuante para aquella situación la frecuente presencia en Navarra de las partidas realistas de otras regiones, tales como la del cura Michelena, la del *Trapense* (que seguía operando en Aragón), la de Sagastibelza y la del cura Gorostidi (114), llegaron a tal punto los males y el descontento de los voluntarios por su forzada inacción que don Santos, procurando armonizar la no desobediencia con el cumplimiento de lo que era necesario, dispuso el 24 el regreso de la División para dar una batalla seria y general a las ya desmoralizadas e indisciplinadas columnas revolucionarias.

Sale con tal objeto de Roncesvalles al frente de los cinco batallones de la División, sabiendo que la columna enemiga de Salcedo estaba en el valle del Arga, entre Zubiri y Larrasoaña. El 26 avistan Urdániz, donde estaba una parte de la fuerza enemiga, a la que atacan impetuosamente, derrotándola y dispersándola antes de que pudiera unirse al grueso de la columna.

Repliegase en seguida el resto de la fuerza constitucional desde Larrasoaña hasta una posición ventajosa, donde trata de defenderse; pero, atacada por todas partes por los batallones de la División desplegados, cae en su casi totalidad en manos de los realistas. Después, observando don Santos que salía de Pamplona una columna mandada por *Chapalangarra* en auxilio de los sitiados, toma posiciones en el monte de San Cristóbal, que domina a Pamplona, y cae sobre ella con tal furia, que la pone en fuga después de causar más de cien muertos al batallón de Sevilla que iba en vanguardia (115).

En el conjunto de la batalla se hacen —según los partes realistas— cuatrocientos muertos al enemigo, y se cogen más de setecientos prisioneros, entre ellos, el segundo jefe de la columna, coronel Sanz, obligando a los constitucionales

(114) Partes de haber sido avistados estos guerrilleros. (Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 28, c. 59.)

(115) Partes gubernamentales de esta acción. (Idem, id. Lg. 28, c. 61.)

les a encerrarse en el recinto de la plaza, de donde ya no volverían a salir. "Tal es —dice don Andrés Martín— la imagen que presenta esta prodigiosa batalla del 26 de marzo, que podrá contarse muy semejante a las de las Navas, Covadonga y Clavijo, en que los cristianos, asistidos por el Señor de los Ejércitos, triunfaron de la falange africana enemiga de su nombre."

Después de esta decisiva victoria ganada de una vez y a punta de bayoneta con la furia contenida en veinte días angustiosos, el ya brigadier don Santos Ladrón dirige un manifiesto a sus hombres, en el que, entre otras cosas, les dice:

"SOLDADOS: Bien sabéis que, al eco de la guerra resonado en este Reino en diciembre de 1821, abandonando lo más precioso de este mundo, intereses, grados, conveniencias y la vida misma, corrí de los primeros a ponerme al frente de las banderas de la lealtad, a cuya sombra juré con vosotros vencer o morir en obsequio de Dios y del Rey contra esa facción impía y regicida.

"Desde aquella época no es posible enumerar los lances terribles de peligros y desvelos, privaciones y amarguras que he padecido a vuestro lado por la conservación de la sociedad política cristiana... Hoy habéis coronado vuestras armas de palmas y laureles... Habéis roto una de las cadenas que aprisionan a nuestro suspirado Fernando; y la España realista os tributará algún día los justos aplausos que se os deben... Pronto veréis coronada vuestra ardua y magnífica empresa de salvar la Religión, el Rey y la Patria de la Revolución... Vosotros podéis gritar en alta voz: "Confiados en el Señor de los Ejércitos y en la inocencia de nuestra causa, hemos principiado y acabado una guerra, la más difícil, pero la más justa y santa que jamás conocieron nuestros padres." Loores eternos a Dios, al Rey, a la Patria y a la Regencia...—SANTOS LADRÓN." (116).

(116) MARTIN, A. *Ob. cit.* Pág. 219.

Por su parte, la Junta Gubernativa realista dirigió otro a los navarros en general, del que entresacamos:

"NAVARROS: La constancia ha sido en todos los tiempos la única virtud que corona las más arduas y difíciles empresas... ¿Qué sacrificios no hicieron nuestros mayores por conservar sin detrimento su Religión, su Monarquía, sus leyes y sus costumbres contra toda la secta agarena?... ¿Qué hubiera sido en nuestra edad de la España en la invasión del tirano usurpador de la Europa (Napoleón) si nuestra constancia —única fuerza de nuestras armas— no hubiera sido una roca indestructible en que se etrellase todo el poder colosal del más ambicioso de los mortales? Pero con la firmeza de nuestro propósito, con el no importa (117) y con la confianza en Dios y en la justicia de nuestra causa, opusimos constantes nuestra debilidad a su fuerza, peleamos con valor, vencimos y logramos restablecer nuestra Religión y Monarquía con todos los fueros y costumbres legítimamente heredados de nuestros padres.

"No bien han desaparecido los estragos y horrores de esta guerra, cuyos rastros sangrientos aún humean a nuestra vista, cuando una secta infernal alza su voz como Lucifer el soberbio contra el Soberano general, de quien reciben poder los gobernantes del mundo, diciendo así: disrum-pamus vincula eorum et projiciamus a nobis jugum ipsorum.

"Pero vosotros visteis de lejos el manantial de semejantes desórdenes y volasteis los primeros a poner un dique a su corriente. En efecto, vuestro sistema religioso y leal, vuestra Religión primera, no ha caído bajo el imperio de esa Constitución nefanda. Os armasteis para derribar ese coloso, oprobio de un reino cristiano y leal. Habéis peleado con valor; habéis destrozado los ejércitos de cuatro héroes de la Revolución; pero, sobre todo, el día 26 de mar-

(117) Consigna popular en la Guerra de la Independencia frente a los reveses y desesperanzas.

zo habéis echado el sello a la grandeza de las sublimes ideas y sentimientos que os animan...

"Pero, navarros, ¿no marcharemos ahora victoriosos a rescatar a nuestro Rey del poder de los Robespierres para traerlo en triunfo al Trono de sus padres?"

"Unios, jóvenes, con vuestros hermanos; abandonad por ahora el dulce seno de vuestros padres por defender a una Patria que, a nombre de Dios y del Rey, con ayes lastimeros reclama vuestros esfuerzos. No esperéis una orden justa que os arranque de vuestros hogares. No se mude por vosotros el nombre augusto de los voluntarios que componen el Ejército Real de Navarra. Así lo esperan de vuestra lealtad la Junta de este Reino...—LACARRA, MÉLIDA, URIZ, ERASO." (118).

Después de esta victoria, la División Real pone estrecho sitio a la plaza fuerte de Pamplona. Por estos días era ya pública la inminente entrada de los Ejércitos de la Santa Alianza, y el Gobierno constitucional, refugiado en Sevilla había desatado una intensa campaña propagandística en tonos patrióticos con el fin de provocar en los españoles una reacción semejante a la de la Independencia.

El 2 de abril lanza Angulema un manifiesto dirigido a los españoles, y el 6 otro la Junta Suprema realista de Bayona. En ambos se habla de acudir a la liberación del prisionero Monarca (119). Y, por fin, el 7 entran en España los *Cien Mil Hijos de San Luis* sin tener que disparar ni un tiro, porque toda la zona estaba en poder de los realistas, y los pueblos los recibían con el mayor entusiasmo.

Inmediatamente después de la entrada, y por orden superior, toma el mando del ejército de Navarra el conde de España, que venía con ellos, y el ejército francés apoya el cerco de Pamplona e intima a la rendición de la plaza. En las operaciones que se inician por el interior de España, la

(118) Archivo Catedral de Pamplona. (Lg. de papeles de Lacarra.)

(119) Archivo General de Navarra. Sec. de Guerra. Lg. 28, cs. 65 v 66.

vanguardia del ejército estará constituida por las milicias realistas compuestas de tres divisiones: la de Navarra, mandada por el conde de España; la Vascongada, a cuyo frente se puso Quesada; y la de Cataluña, dirigida por Eroles. Pero sólo Mina ofrece en Cataluña una resistencia aislada: el camino hasta Cádiz —donde se había refugiado en último extremo el Gobierno liberal— resulta un paseo militar triunfal.

Las partidas realistas, diseminadas por toda España, son acogidas con el mayor entusiasmo en los pueblos, que responden espontáneamente a sus autoridades anteriores a 1821 y festejan largamente "el triunfo del rey y del orden". El desmoronamiento del titulado régimen Constitucional es súbito y se produce en medio de la mayor alegría (120).

Tal actitud en los españoles ante la presencia de un ejército francés, reciente todavía la Independencia, ha causado el asombro de la generalidad de los tratadistas de este período, que suelen presentar como una "momentánea perversión de la conciencia nacional". Ello prueba una vez más el radical error interpretativo en que se ha apoyado el general conocimiento del ciclo de luchas que se extiende desde la de 1783 contra la Revolución Francesa hasta nuestras guerras civiles, ciclo en que está envuelta nuestra misma historia contemporánea. Es cierto —insistamos una vez más— que existió en las primeras una repulsa contra el extranjero y en las últimas un pleito dinástico, pero ni unas

(120) El Alcalde de Roa (Burgos) don Gregorio González Arranz, cuenta detalladamente en sus "Memorias" la reposición del antiguo régimen en su pueblo y comarca en este abril de 1823, así como la captura y muerte de *El Empecinado* que allí se realizó. (Espasa-Calpe, 1935. Págs. 27 y ss.). (Debo este y otros datos a la atención de Eugenio Vegas Latapie).

En ese mismo libro se relata también el posterior fracaso de la "década fernandina", debido principalmente al complejo derrotista de las clases directoras y a la infiltración tranquila de elementos liberales y sociedades secretas. Gran tema de meditación para la España actual, posteridad del Alzamiento Nacional. (Nota de esta 2.^a edición, en 1972).

ni otras pueden comprenderse bajo la influencia del prejuicio nacionalista, esencialmente moderno y desconocido —tal como hoy lo concebimos— para aquellos hombres. Por debajo de esas motivaciones —y como verdadera sustancia— existía en todas una cuestión religioso-política, que no era ni española ni dinástica, sino universal.

Por estos días (9 de abril) la Junta provisional de Gobierno establecida en Oyarzun decretó el cese de todos los jefes políticos, alcaldes constitucionales y jueces de Primera Instancia, y su sustitución por los alcaldes ordinarios ejercientes en 1.º de marzo de 1820, antes de la sublevación liberal (121). En el mismo sentido se produjo la Junta de Gobierno de Navarra, establecida en Añorbe, en orden firmada por los mismos iniciadores del alzamiento, Lacarra, Mélida, Eraso y Uriz (122).

Este es el momento en que la Junta de Navarra considera terminada también su propia misión. Convoca en consecuencia a los vocales que constituían la Diputación permanente en los tiempos anteriores a las reformas liberales, y resigna en ella sus poderes. Este acto llevado a cabo en los momentos en que la Junta y cada uno de sus miembros se sentían apoyados por una clamorosa popularidad, ganada en verdad a pulso, demuestra el espíritu de servicio con que aquellos hombres pacíficos habían asumido el Poder, y el concepto de legitimidad y continuidad que, en ellos y en el ambiente, obraba. Como única recompensa a su actuación, la Junta se limita, meses más tarde (noviembre), a hacer al Rey una sencilla y sentida exposición de los servicios prestados. En el final de la misma, tras de un breve resumen de la guerra, se dice:

"... La Junta formada para dirigir esta grande obra, no desde alguna fortaleza que la pusiese a salvo, sino cami-

(121) Archivo General de Navarra, Sección de Guerra. Lg. 23, c. 67.

(122) *Idem*, *id.* Leg. 28, c. 68.

nando con los batallones, ha padecido muchas veces los mismos trabajos y privaciones que éstos, siendo con bastante frecuencia su habitación los montes, expuesta a toda inclemencia; su albergue cuando más en muchas ocasiones una cabaña de pastores, su lecho el duro suelo, y el peligro de las vidas de sus individuos inminente siempre que por las funciones de su cargo se veían necesitados a separarse de la División, como que eran el principal blanco de la bárbara saña de los enemigos, así que ha habido lance en que por una especie de milagro han podido salvar sus vidas entre balas...

"Mas, aunque todos estos sufrimientos se han mirado como frutos de un justo y cristiano deber y, por lo tanto, se han sobrellevado con gusto, ahora causan el más tierno placer al ver cumplidos sus deseos con la suspirada libertad y plenitud de soberanía que V. M. disfruta a una con S. M. la Reina su augusta esposa y toda la Real Familia, sin que los exponentes tengan ya más que hacer que pedir a Dios bendiga a V. M. para su propia prosperidad y la de toda la Monarquía española.

"Madrid, 29 de noviembre de 1823" (123).

El Rey contesta en oficio de 28 de enero, dirigido a cada miembro, haciendo constar "lo gratos que le han sido los referidos servicios" (124).

Durante el sitio de Pamplona, que dura casi seis meses (125), don Santos Ladrón, con el mariscal francés conde

(123) Documentación que perteneció a Eraso. (Archivo General de Navarra.) En la misma exposición se hace constar que la Junta cesó en sus funciones "con la satisfacción de que, sin embargo, de haber señalado el general Egufa treinta mil reales de vellón anuales a cada uno de sus miembros, no sólo no han percibido cosa alguna de los cincuenta y tres mil duros que para prest y demás gastos les ha entregado sucesivamente en metálico el mismo Egufa, sino que únicamente han estado atendidos en toda la campaña a la razón de un mero oficial, cuando la podían lograr".

(124) Copia del mismo dirigido a Eraso. (Id., íd.)

(125) Sin embargo, durante el prolongado sitio de Pamplona, no

de Molitor y una parte de la División navarra, pasa a Aragón (126) y pone sitio a la plaza de Monzón, donde, como se

faltaron incidentes entre los voluntarios navarros, de una parte, y el ejército francés y las nuevas autoridades que se impusieron, de otra.

Causó disgusto, en primer lugar, la designación para diputados —sancionada por el conde de España— de varios elementos reputados como liberales y que como tales actuaron durante la guerra. Así, tras un manifiesto del conde de España (12 de junio) en que trata de justificarse ante la opinión diciendo que "no puede haber nueva Diputación sin nuevas Cortes" (Archivo Catedral de Pamplona. Lg. de papeles de Lacarra), la División navarra representa ante la Regencia pidiendo la destitución del conde, al que se acusa, en general, de excesiva lenidad para con los enemigos. (Id., id.)

Mayor descontento produjo aún —en toda España— el decreto dado en Andújar el 8 de agosto por el duque de Angulema, en que, con el fin de paliar la represión antiliberal, se otorgaba a las autoridades militares francesas unas atribuciones inadmisibles. La División navarra protesta ante la Regencia (20 de agosto) en una valiente representación cuyas firmas encabeza Villanueva y en la que llega a ofrecerse la División para el caso de que sea nuevamente necesario expulsar a los franceses. (Idem., ídem.) Esta representación es denunciada al ministro, quien la pasa a informe del Tribunal de Casa y Corte. Pero en el dictamen de éste (30 de agosto) se elogia la patriótica actitud del ejército navarro, y se pide que sea sobrestada la causa. Ante ésta y otras mil protestas de toda España, Angulema rectifica el decreto a los pocos días.

Por aquel mismo tiempo corre insistentemente el rumor de que va a imponerse una Constitución reformada, fruto de una suerte de avenencia con los elementos liberales. Mucho cuerpo debió de adquirir el rumor, cuando un carácter tan sereno y ponderado como el de Zumalacárregui se decidió a imprimir una "Representación del 2.º Batallón de Navarra" oponiéndose resueltamente a un tal designio que invalidaría, a su juicio, los sacrificios de la guerra y la victoria. (Archivo Catedral de Pamplona. Lg. de papeles de Lacarra.)

En todos estos incidentes hay que buscar los orígenes primeros de la guerra de los Agravados o *Malcontents*, que más tarde había de costar la vida al mismo conde de España precisamente; y también los de la lenta evolución que hacía un nuevo régimen constitucional habría de operarse en el Gobierno de Fernando VII. Sin embargo, los Batallones Realistas se mantienen en muchos pueblos como Milicia Cívico-Militar durante toda la década fernandina y, aunque su eficacia fue casi nula, sirvieron de base en 1833 para la primera movilización carlista.

(126) Llegó a ser tanta la popularidad de don Santos Ladrón y la confianza en él de los navarros, que, cuando marcha a Aragón como hombre de confianza del conde de Molitor, la nueva Junta navarra, establecida ahora en Puente la Reina, eleva una protesta a las autori-

recordará, se habían refugiado los elementos liberales después de la derrota de Benabarre. En Tamarite, con un éxito personal y heroico del brigadier navarro, son vencidos los constitucionales que venían desde Lérida en auxilio de este importante reducto (17 de junio), que tiene al fin que rendirse (22 de julio). Con esto queda pacificada la zona comprendida entre el Cinca y el Segre, con gran alegría de sus habitantes, que, por medio de sus autoridades civiles y eclesiásticas, elevan a la Regencia una exposición, manifestando sus sentimientos de satisfacción y gratitud por los triunfos logrados y por su acertado gobierno durante la campaña. Al mismo tiempo expresan su agradecimiento a los navarros, y en particular a los grandes servicios prestados por don Santos, para el que piden el grado de mariscal de campo. Pero la parte más interesante de este documento está en las consideraciones que sus firmantes hacen acerca de las instituciones y el Gobierno de la nación. Felicitan a la Regencia por sus medidas restauradoras (reordenación jurídica y restablecimiento de la Compañía de Jesús), y añaden a continuación:

“... Sólo resta que se restablezca también el Santo Tribunal de la Inquisición, y se vuelva a la nobleza sus privilegios y prerrogativas, para que los españoles recobren el esplendor, la gloria y la felicidad de que las novedades, siempre perjudiciales, les habían privado. Estos son los votos de la nación entera, o, cuando menos, de la parte mayor y más sana; porque está bien convencida de que debe ser muy evidente la utilidad para que un Gobierno se aparte de aquello que fue o pareció ser útil por mucho tiempo. Nunca fue la España tan feliz como cuando se observaban sus antiguas leyes y costumbres; nunca la Religión se conservó tan pura, ni la moral tan acrisolada, como cuando el Santo Tribunal de la Inquisición tuvo toda su fuerza y

dades militares por el alejamiento de este jefe en los momentos de la victoria en Navarra. (Archivo General de Navarra. Secc. de Guerra. Lg. 28, c. 78.)

vigor. Nunca fue tan respetada como cuando la Nobleza ocupaba el lugar que le correspondía según la jerarquía peculiar a sus clases respectivas. Volvamos, Srmo. Señor, a aquellos tiempos felices y envidiables; no haya transacción con los rebeldes, quíteseles toda esperanza de conseguir la más pequeña parte de sus depravadas intenciones..." (127).

Estas palabras, a pesar de su conservatismo feroz que hace hoy sonreír, contienen un principio de prudencia política que reivindica la razón histórica frente a la especulativa. Aunque inconcebible en la época del racionalismo, este principio es hoy del mayor interés ante el hecho de que, tras todas las mutaciones sufridas, los pueblos más prósperos y felices en la Europa de hoy son los que, en más o en menos, han conservado su continuidad institucional (128).

Expresadas por las autoridades de una serie de pequeños pueblos de Aragón, estas opiniones nos proporcionan una prueba más del prestigio y vigoroso arraigo que aún poseían en el pueblo las instituciones tradicionales de España, derogadas por la Revolución; y traen a la memoria aquella frase con que Chesterton, en su *Pequeña Historia de Inglaterra*, rebate la opinión de que los antiguos gremios murieron por consunción en un lento proceso histórico: "... Nada hay —dice— para la Historia mejor que el sentido de la proporción. Podrá ser cierto que César no se sentía muy bien aquella mañana de los idus de marzo; pero decir que los gremios desaparecieron por simple decadencia, sería como asegurar que César pereció tranquilamente, y debido al proceso natural de una enfermedad, al pie de la estatua de Pompeyo..."

En aquellas ideas se demuestra, en fin, que las luchas políticas no fueron siempre "el anhelo revolucionario de algo nuevo frente a todo lo pasado, caduco y gastado", sino

(127) MARTIN. A. *Ob. cit.* Pág. 234 y ss.

(128) En un mismo sentido se expresa poco después el Ayuntamiento de Bilbao pidiendo se reponga la Inquisición y se tomen medidas para preservar la educación de la juventud. (Archivo Catedral de Pamplona. I.g. de papeles de Lacarra.)

que alguna vez se vio en lo existente, o inmediatamente anterior, algo suficientemente bueno y, en su fondo, santo y necesariamente respetable.

Pero volvamos a lo que sucedía en el sitio de Pamplona, que es uno de los más prolongados debido a la posición casi inexpugnable de la plaza. El día 16 de septiembre, pocos días antes de la capitulación de Cádiz y libertad del Rey (1.º de octubre), tras fuerte bombardeo, se rinde la ciudad a los ejércitos realistas, con lo que acaba la guerra en Navarra y la "Historia de la División Real" (129).

* * *

Toda esta página crucial de nuestra historia patria no es para los historiadores liberales del siglo pasado más que la absurda acción de "bandas de gente desalmada y feroz" o "facciones aguijadas y a veces capitaneadas por los curas que no hacían escrupulo en ponerse al frente de feroces e ignorantes hordas" (Lafuente). Y el voluntariado realista, "singular demagogia, pordiosera y afracillada, supersticiosa y muy repugnante" (Toreno), o "especie de milicia demagógica del absolutismo que infestaba la tierra del Norte", como dice un autor contemporáneo.

Pero los espíritus ilustrados se equivocan a menudo. "Los hombres pegados al terruño —escribe Minguijón—, aunque no sepan leer, disponen de una cultura que es como la condensación del buen sentido elaborada por los tiempos, cultura muy superior a la semicultura que destruye el instinto sin sustituirle una conciencia".

La Historia vino a dar, en cierto modo, la razón a esa *ignorante demagogia*, y hoy en su recuerdo buscamos continuidad y sentido a nuestra historia del siglo pasado.

(129) Madrid había sido ocupado el 23 de mayo por el duque de Angulema sin encontrar dificultad alguna, como aconteció en casi toda la Península. Mina, que tardó en enterarse de la capitulación del Gobierno, resistió aún un mes en Barcelona, hasta primeros de noviembre.

III.—S E R E H I S T O R I A

AL CABO DE MAS DE CIEN AÑOS

Esta primera guerra civil de España terminó, pues, victoriosamente para las armas realistas, que representaban la tradición católico-monárquica característicamente nacional. Fernando VII, liberado del Poder constitucional, pudo decir su primer Decreto el mismo día 1.º de octubre: "Sentado otra vez en el Trono de San Fernando por gracia especial del Omnipotente, deseando proveer de remedio a las más urgentes necesidades de mis pueblos, declaro nulos y de ningún valor todos los actos del Gobierno llamado constitucional que ha dominado a mis pueblos desde el 7 de marzo de 1820, declarando como declaro que en tal época he carecido de libertad..." (130). Y el cronista de la guerra en Navarra termina su narración con las palabras del salmista: "*A Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris*".

Sin embargo, hoy no podemos menos de sonreír amargamente ante la ingenuidad confiada del párroco de Uzárroz, que creía decidida ya para siempre *la estabilidad de la Religión y del Trono* y, con ella, *la paz y felicidad general de la España*, y abortada y definitivamente muerta la revolución política y social del Liberalismo.

Las ideas y la subversión política que combatieron nuestros realistas se impusieron al cabo, y desde ese momento no ha existido ya en España continuidad política estable ni ha sobrevivido ningún prestigio institucional, sino que,

(130) Decreto inicial dado en Puerto de Santa María el 1.º de octubre de 1823.

con breves y heterogéneos períodos de paz y prosperidad, se han sucedido entre nosotros las luchas intestinas y las revoluciones sangrientas. Y es tanto lo que hemos avanzado, que aquella Constitución, contra la que se alzaron nuestros antepasados, parecería hoy la más inocente y conservadora del mundo.

El período que hemos historiado se corresponde en la Historia Universal con el intento de reordenación de Europa que se llamó la Santa Alianza. Se reunieron en Viena los más poderosos monarcas de Europa, acordando derribar los Gobiernos revolucionarios y reponer las anteriores monarquías; pocos años más tarde se reunían en Barasoain cinco personas de prestigio en Navarra y acordaban derribar el Régimen constitucional y restablecer el antiguo Gobierno monárquico religioso. Ambos movimientos —realismo español y Liga Santa— triunfaron por el momento y creyeron haber restablecido definitivamente un orden tradicional que habría sido momentáneamente alterado por la Revolución Francesa y el Imperio napoleónico. Sin embargo, hoy nos aparecen como dos ya lejanos episodios perdidos en el complicadísimo acontecer de la historia contemporánea.

Ambos, no obstante, tienen para la filosofía de la historia moderna una posición límite. La idea de la Santa Alianza, con su invocación a la Santísima Trinidad, su reconocimiento del Evangelio como una fuente de verdades permanentes frente a la confusión creada por el racionalismo, y su imperativo de tratarse los reyes como hermanos y a los súbditos como hijos, representa el momento único en que las antiguas monarquías históricas tuvieron conciencia de sí mismas y de su significación y solidaridad. Es cierto que el intento tuvo que partir de un mundo religiosamente escindido —y también lo es que conllevó muchos intereses meramente nacionales y transitorios—; pero, en su estructura fundamental, fue el último intento habido en Europa de restablecer un orden internacional

sobre bases políticamente ortodoxas y universalmente aceptables.

Aquella primera resistencia realista en España tuvo el mismo sentido de autoconciencia monárquica y de vértice o límite entre un régimen de estabilidad política apoyado en la idea del derecho natural, y otro que podríamos llamar *de opinión*, representado por las sucesivas evoluciones de la teoría del pacto social. Pero, surgida de un ambiente religiosamente homogéneo y en el seno de una Monarquía que había identificado, en cierto modo, su misión histórica con la causa católica, aquella primera lucha no se redujo, como la Santa Alianza, a un intento de colaboración desbordado por los hechos, sino que constituyó la iniciación de una ejecutoria que —aunque asociada con otros motivos— se prolonga hasta nuestros días.

Es decir, que, aunque aquella primera guerra civil de España sea hoy desconocida para el que no sea erudito o especialista de Historia, la escisión que representa y el espíritu que la animó vive y actúa aún entre nosotros hasta constituir todavía hoy nuestro problema nacional.

Las guerras civiles del siglo pasado —los alzamientos realistas— han sido incomprendidos y, dentro de lo posible, silenciados por la historiografía de su tiempo. Durante muchos años se ha explicado la historia contemporánea de España en nuestras Universidades como una sucesión de ministerios y constituciones. Y las guerras del Norte no merecían más que unas alusiones de soslayo, hechas generalmente con motivo de las alteraciones políticas a que daban lugar.

A partir de la caída del "antiguo Régimen" y del establecimiento en pleno *siglo de las luces* de un Gobierno *filantrópico e ilustrado*, el historiador de la época exigía para el futuro un ordenado desenvolvimiento, constitucional y racionalmente estructurado. Y nada podía perturbar más vivamente sus categorías que estos alzamientos en nombre de "creencias superadas" y de "instituciones medievales". La guerra de 1821 tuvo que ser objeto particular de sus iras: ante todo, por su carácter puramente religioso e ideológico difícilmente tergiversable con motivos circunstanciales; en segundo lugar, porque, escamoteándola, aparecería la entrada de los *Cien Mil Hijos de San Luis* como un injustificable ataque contra la soberanía de un Estado libre y democráticamente constituido, en vez de la ayuda solicitada por un bando en lucha civil contra un Gobierno violentamente instaurado por una defección militar.

Estas luchas fueron, en cierto modo, una rebelión de la *razón histórica* contra la *razón iluminista*. Mucho se ha hablado del "absolutismo" de los últimos Borbones, con-

traponiéndolo al espíritu representativo y popular de la primitiva Monarquía española. No voy a negar aquí la decadencia en que a principios del siglo pasado se hallaba el régimen representativo en España, ni las tendencias autoritarias que en el Gobierno y en la Corte se dejaban sentir; pero en la realidad nada de esto llegaba al pueblo, que mantenía su misma libertad práctica y seguía viendo en el Monarca la personificación de cuanto sintiera y aclamara a través de su historia. Y, de hecho, a pesar de las tendencias enciclopedistas dominantes en la Corte, pueblo y Monarquía habían luchado unidos en 1793 contra la Revolución Francesa; y en 1808, a pesar de las torpezas y claudicaciones de Bayona, el pueblo en armas no adoptó más que una bandera ni tuvo más que una aspiración política: la Monarquía y, en ella, la Casa de Borbón, sus legítimos Soberanos. Tras de apurar todos los sufrimientos, los españoles de la Independencia aclamaron, como es sabido, a Fernando VII con un entusiasmo no igualado en la historia de nuestro pueblo.

Siguiendo una imagen de Sainte Beuve, cabría comparar aquella Monarquía con un árbol muy viejo que en otro tiempo lo protegía todo con su sombra y aun entonces sostenía entre sus brazos muchas cosas humanas y divinas de las que, sin duda, no era consciente. Los pájaros disponían sus nidos hacía tiempo en el follaje de este árbol antiquísimo. Muchos conductos y cavidades fueron pacíficamente practicados en sus raíces, aunque entre ellas hubiesen hecho las zorras sus madrigueras. Entre los brazos y los pies de la centenaria encina se había formado un mundo muy complejo... Indudablemente había ramas muertas; pero el árbol no podía caer sin destruir millares de vidas y quizá lo más profundo: el aglutinante último del pueblo español.

La savia del árbol, la unidad profunda de aquel mundo heterogéneo era el espíritu cristiano-católico y el respeto al Rey, o, mejor aún, una muy especial síntesis de ambos sentimientos en la que el Rey aparecía a los ojos del pueblo

como representante de Dios, y la defensa del Catolicismo como la misión especial de aquella Monarquía. Todo esto sentido de una manera íntima, sencilla, casi inconsciente, sin metafísicas y rara vez expreso.

La Revolución Francesa vino a ser, como producto cultural, la antítesis de lo que, en un orden universal, representaba aquella vieja y ya decadente Monarquía. Pretendió ser el intento audaz de construir el mecanismo perfecto del mundo de los hombres con los solos medios de la razón humana. Esto, aunque oscura e instintivamente, fue visto por nuestros compatriotas de la época, y la antítesis hirió íntimamente al español de 1793, al de la Independencia, al voluntario realista.

En un cuadro de la época, el más conocido retrato del coronel Quiroga, colaborador de Riego en la sublevación de 1820, se acertó a simbolizar con la mayor expresividad esa síntesis: Quiroga, hombre *de luces*, sostiene un libro en cuya cubierta aparece la palabra *Constitución*, mientras arroja al fuego otro en que se lee *Inquisición*. Quizá nada podría simbolizar tan adecuadamente aquel antiguo Régimen y su profunda unidad religioso-política como ese Tribunal eclesiástico-civil: él velaba por el mantenimiento de esa *unidad en lo esencial* que hacía posible la vida armónica de aquella gran comunidad de voluntades —casi anárquica por lo demás— en que la represión y la intervención estatal eran mínimas, y casi todo quedaba a la iniciativa de los hombres y de los grupos y a la modelación de la Historia. El nuevo movimiento, por otra parte, se simbolizaba también con propiedad en la *Constitución*, aquel código *sabio y definitivo* con que los espíritus ilustrados pensaban estructurar la vida de los pueblos según patrones racionales.

El espíritu de la Revolución Francesa encontró su mejor sistematizador, años más tarde, en Augusto Comte, el fundador del Positivismo. Supuso este filósofo que la historia de la Humanidad ha atravesado dos períodos, dominados por unas pseudo-ciencias fantasmales: la Teología y la Metafísica; pero que, en su tiempo, mediante su propia

una cariñosa caricatura del utilitarista inglés en Mr. Pickwick, el "*filantrópico observador de la naturaleza humana*" que gozaba con la satisfacción de los demás.

Jeremías Bentham fue, precisamente, el más destacado doctrinario liberal de la época, al que los países americanos, que a la sazón se constituían en "pueblos libres y democráticos", solicitaban *Constituciones políticas*, códigos racionales, que él se apresuraba a redactar con el perfecto apriorismo de un racionalista, sin moverse de Inglaterra. El mismo se ofreció a las Cortes españolas para redactar un completo código de leyes, en carta que fue leída en la sesión del 20 de octubre de 1820. Al final de su vida escribió un ensayo sobre la revolución española de 1820, y un proyecto de Código Legal, bajo el título de *Ensayo sobre la situación política de España*, publicado en 1823.

Es curioso observar en este pequeño tratado (132) como en general en la historiografía de esa época, que el dictado con que más frecuentemente se califica a la oposición realista es el de "fuerzas de la *arbitrariedad* y la *ignorancia*". Lafuente, como hemos visto, califica a los ejércitos realistas de "*ignorantes hordas*", y el conde de Toreno, con su desdén de aristócrata ilustrado, nos habla de una *singular demagogia*, expresando así su sorpresa de que existan gentes que se opongan a una estructuración racional de la Nación, a una Constitución filantrópica que garantizaría por los siglos la libertad y felicidad de todos. Es la misma admiración tantas veces mostrada por Napoleón ante el hecho de que los pueblos se alzasen en nombre de su historia contra el Imperio que instauraría universalmente la Razón y la Libertad. Así también, la orden para reimprimir la Constitución de 1812 apoya tal decisión en "la necesidad de defenderla contra los ataques de la *ignorancia* y la *malicia*"; y el retrato de Riego que los liberales de Madrid pasearon procesionalmente por las calles el 18 de septiembre de 1821

(132) BENTHAM, J. *Essais sur la situation politique de l'Espagne*. (Oeuvres c.) E. Bruxelles, 1830. Vid., por ejemplo, págs. 190 y ss.

lo presenta "con la Constitución en una mano y apartando con la otra los monstruos de la *ignorancia* y el *despotismo*".

Sus autores, en cambio, forman a sus propios ojos el mundo de la *Ilustración* y de *las luces*, y su obra es, oficialmente, la crítica *scientista*. Para ellos la resistencia española de la época respondía a las fuerzas oscuras de lo irracional, era el lastre que la tradición, la historia y la rutina oponían a la luz de la Razón, la inercia contra su acción revolucionaria y estructuradora.

La época de la Ilustración —como todo iluminismo— se caracterizó por la confianza que en sí misma adquirió la razón, que, colocándose por encima de los misterios de la existencia, despreciando el elemento *dato*, existencial, que encierra el fondo de nuestra vida, "intenta constituirse —en frase de Berdiaeff— en árbitro sobre los misterios de la Creación y de la historia de la Humanidad". Como consecuencia, el pensamiento de la época había de ser profundamente antihistórico.

Según García Morente, "los hombres del siglo XVIII, nutridos en las rigurosas demostraciones de la matemática, habíanse empeñado en juzgar también las instituciones sociales, las formas de vida, con el criterio de la más estricta racionalidad. En consecuencia, oponían a las realidades humanas, que las generaciones en el decurso de la Historia les habían legado, una negativa rotunda, fundándose en el carácter irracional, ilógico, que la herencia del pasado arrasaba consigo. Quiso hacer entonces de la *Razón pura* la única rectora y gobernadora de la vida. Y surgió en el mundo el espíritu *revolucionario*, que no es otra cosa que el pueril empeño de racionalizar de una vez y para siempre las formas irracionales de vida legadas por las generaciones anteriores".

La erudición histórica de esta época separa el auténtico sujeto histórico del objeto de su investigación. Y sustituye la tradición histórica concreta de un pueblo, el hombre histórico, por la razón pura, por el sujeto abstracto e ideal. De esta inspiración proceden aquellas versiones puramente constitucionales y jurídicas de la Historia de España que hemos observado. En ellas se ignora, quizá inconscientemente y debido a arraigadísimos prejuicios, la corriente que enlaza y confiere sentido profundo a los hechos que allí se relatan desde fuera y de pasada.

La Historia —apunta Berdiaeff— es incomprensible si no nos adaptamos a la tradición histórica —esa profunda vida colectiva *quasi personal*— que en tan estrecha unión se halla con la memoria histórica (133). Aquí se ata el nudo que reúne, en lo más hondo, el destino espiritual del hombre y el destino de la Historia. Las grandes épocas históricas —la del Renacimiento, la del florecimiento de la cultura medieval, la del primer cristianismo, la del apogeo de la cultura helénica— son otras tantas épocas que no pueden comprenderse si no se sigue la ruta trazada por la memoria histórica, a través de cuyas revelaciones aparece el pasado espiritual nuestro, nuestra propia cultura espiritual, nuestra Patria. Debemos transportar nuestro destino espiritual a todas las grandes épocas para llegar a conocerlas. Situándonos *fuera* y considerándolas *exteriormente* nos aparecen como cosas muertas por dentro, faltas de sentido y valor.

(133) BERDIAEFF. *El sentido de la Historia*. I.

Solamente la historia tratada por quien vive aún de alguna manera el impulso interno y el espíritu de los hechos investigados, es decir, la *historia con amor*, puede reflejarlos en su vida auténtica. Únicamente la razón en estas condiciones llega a la claridad interior que existe en cada una de aquellas épocas: "Sólo una tal inteligencia es realmente luminosa, ilustrada y capaz de ilustrar. En cambio, la razón *iluminista* es una razón estrecha, interiormente inadaptada y pobre, apartada de la mayoría de los misterios que contiene la vida histórica".

Nuestra época ha reaccionado en todos los órdenes de la vida y de la cultura contra este espíritu de la Ilustración, y "hemos regresado —en frase del mismo Berdiaeff— a cuanto persiguiera y destruyera el Iluminismo, hacia los mitos y las tradiciones de la antigüedad histórica". La existencia ha vuelto a tener para nosotros un sentido profundo, primario e irreductible al orden racional, y nuestra actitud cognoscitiva se ha hecho otra vez cargo de su humildad y limitación.

Ya no tenemos tampoco las ilusiones del viejo Kant cuando, en los últimos años del siglo XVIII, mientras los españoles luchaban contra la Revolución Francesa, iba diariamente a esperar el correo de Francia, aquel país que "se había alzado decidido a constituirse conforme a los principios racionales de libertad, igualdad y justicia" (134), y escribía su tratado de *La paz perpetua*. Ni siquiera conservamos ya la más vaga esperanza pacifista que siguió a la guerra europea de 1914. Hoy no creen en tales cosas ni los que hablan o escriben sobre el futuro orden y seguridad mundiales. Y añoramos aquella paz relativa y nunca por siempre asegurada que, para este *valle de lágrimas*, nos ofrecía el Catolicismo con su *armonía espiritual de la Cristiandad*.

También pasaron los tiempos en que se creía en un *progreso* indefinido de la Humanidad, en el que ésta, avanzan-

(134) KANT. *La paz perpetua*. Madrid, Calpe, 1933, prólogo.

do siempre, se elevaría a unas alturas indeterminadas y absolutas. Según este ideal, cada generación, sin finalidad propia —ni mucho menos de sus individuos—, se convertiría en un instrumento para alcanzar la perfección omnisciente del hombre futuro, en la que ella para nada había de participar. Hoy, después de más de cien años de la era *definitiva y progresiva* de Comte, sabemos de retrocesos espirituales y de trágicas luchas inmanentes sin finalidad *progresiva*. Y buscamos como nunca la fe en un destino personal y en otro colectivo —pero ambos trascendentes— que confieran sentido y esperanza a nuestra vida.

Esta reacción se verifica, en primer lugar, en el campo filosófico con la percepción de la *existencia* como un hecho radical, irreductible a la pura esencialidad del pensamiento racional; la sensación angustiosa de habitar un Universo cuya esencia más profunda desconocemos, cuyo origen y fin últimos resultan inasequibles para la Ciencia y la Filosofía. No es otro el motivo originario de tan divulgado *existencialismo* de hoy. En el orden científico, en segundo lugar, los nuevos descubrimientos han llevado a encontrar una misteriosa *indeterminación* en el seno de los fenómenos naturales que aparecen así preñados de contingencia, y a la conclusión de que la naturaleza “aborrece la exactitud y la determinación necesaria sobre todas las cosas”.

El hombre no llegó a sentirse dueño —y quizá ahora menos que nunca— del mundo en que vive. Sus concepciones *deterministas* y aquel optimismo de la Ilustración, lo mismo que su organización racional y apriorística de la sociedad, parecen haber fracasado en nuestro tiempo. Al menos, la filosofía *positiva* no nos ha proporcionado un más adecuado conocimiento de la realidad, ni la Ciencia nos ha servido para dominar el mundo, ni el ambiente creado se adapta mejor a nuestro ser, ni su industria nos ha hecho más fuertes o menos indigentes, ni su organización política y social más felices o seguros. Y las Constituciones políticas que, “para un gobierno definitivo hasta las generaciones más

remotas", idearon nuestros abuelos, no han pasado de un episodio superado en la historia de los pueblos.

Cuanto destruyó la crítica racionalista —creencias, filosofía constructiva, tradiciones —nos resulta hoy más necesario que nunca; y los acontecimientos universales corren ahora aún más ajenos que antes a la previsión y voluntad de los hombres.

La sistematización de la Historia —el intento de reducirla a un relato constitucional— fue lo primero en fracasar de cuanto intentó la Ilustración, por ser la Historia la esfera propia de lo existencial. Pronto se vio —escribe García Morente— que el empeño era contradictorio, que un acontecer sistemático no es un acontecer histórico. "Por amplias y flexibles que sean las mallas de un esquema racional, nunca podrán caber en ellas las inimaginables posibilidades que se nos ofrecen en la realidad histórica. Los intentos de sistematizar racionalmente la Historia, condujeron necesariamente a *deshistorificarla*".

La realidad histórica es esencialmente realidad humana. El mundo material, y en general todos los órdenes de la realidad inferiores al hombre, tienen un dinamismo capturable de modo universal y necesario por la Ciencia, y sus realizaciones concretas —que son meras repeticiones— no interesan: carecen de historia. Pero la realidad humana, como espiritual, es libre, y está abierta a posibilidades ilimitadas cuyo estudio concreto constituye la Historia.

En el mundo material, todo cambio procede de una fuerza exterior, y, teóricamente al menos, puede imaginarse un proceso inverso que vuelva las cosas al punto exacto de partida. Más aún: la Ciencia supone que todo cambio procede de la complicación o choque de unos elementos incambiables, permanentes: la molécula, el átomo, el corpúsculo. El tiempo es así algo extrínseco a esta realidad: tan sólo un medio en el cual suceden sus procesos.

En la realidad espiritual el cambio y la duración son completamente distintos. Nuestro modo de durar no es un estado que sustituye a otro como en el mundo de los cuer-

pos; con ello no habría más que presente, y no prolongación de lo pasado en lo actual, ni evolución ni duración auténtica (135). Nuestra vida espiritual es un fluir continuo que podemos calificar de *acumulativo*, en cuanto que cada momento se matiza del anterior y se prolonga en el siguiente, acrecentándose al avanzar y permaneciendo indefinidamente. Cada momento de nuestra vida espiritual es una condensación de nuestro pasado que actúa sobre él de modo original y sintético. *Nuestro* tiempo es, así, algo real, identificado con nuestra propia duración; y también irreversible, al contrario de lo que sucede, por ejemplo, en los procesos físicos o químicos.

El devenir histórico es del mismo género: como obra de los hombres, su duración es espiritual y, por tanto, acumulativa. Ella constituye la vida supraindividual de los pueblos y unidades culturales trascendentes. Y esta especial duración histórica es, precisamente, lo que llamamos *tradicción* (136). Dentro de ella, todos los productos históricos llevan el sello de la evolución a que pertenecen, de forma que en el más simple de ellos puede verse reflejada, en cierto modo, la evolución entera. Y el carácter de sus individualidades y el sentido de su ejecutoria no es, en un aspecto, sino la condensación de su pasado histórico, que gravita sobre ellos preformando y confiriendo sentido a su vida y sus actos.

Insertarse, aunque sea momentáneamente, en ese impulso tradicional, interno y espiritual de la vida de los pueblos, es el único modo posible de conocerlos y hacer su historia. Porque los hechos particulares, por su misma individualidad, pueden ser objeto de muy diferentes interpretaciones y son inseparables de su espíritu creador. Esta es, cabalmente, la causa de la deshumanización e ininteligibilidad de

(135) Vid.: BERGSON, *Essai sur les donées immédiates de la Conscience*.

(136) Vid. mi ensayo *El concepto de Tradición en la filosofía actual*. Rev. "Arbor", núm. 9.

nuestra historia contemporánea en la mayoría de los manuales de uso corriente: la separación de los hechos históricos del sujeto que evoluciona, porque se ha pretendido sustituir a éste —concreto e histórico— por el abstracto de la Razón pura, y someter aquéllos a las categorías de éste.

EL SENTIDO DE LA HISTORIA

El Pensamiento *ilustrado* de esta época no es —como se deduce— aquella sabiduría compenetrada con la profunda inteligencia de la Historia Universal, continuadora de la obra tradicional de una cultura histórica, sino que se aparta esencialmente de la Historia misma pretendiendo convertirse en su árbitro. “En el criticismo —dice Berdiaeff— sentimos como si se nos escapara algo oculto, pero real. Se desvanece algo misterioso y primordial, algo que ya nos fue dado en las tradiciones, en esa íntima adaptabilidad del sujeto al objeto”.

La historia tiene, efectivamente, una sustancia irreducible a categorías racionales, que es precisamente el principio de la libertad, por el que el hombre puede apartarse de las fuentes superiores del bien y de la razón para luego regresar a ellas. La Historia será así una manifestación libre de las potencias espirituales humanas. Por lo cual, el verdadero sentido que hemos de otorgar a la tradición es el de una libre e íntima unión entre el sujeto y la evolución histórica, unión que no es extrínseca ni impuesta, sino por esencia immanente.

Las tesis historiográficas de los dos últimos siglos contraponen lo metafísico histórico a los hechos históricos, el sujeto que evoluciona a los acontecimientos en que se halla envuelto. Pero esta contraposición no es lícita: ¿Qué somos en un aspecto, sino una condensación de cuanto hemos vivido y de cuanto han hecho y pensado nuestros antepasados? No se puede negar la existencia en nosotros, en cuanto individuos, de un dato caracterológico inicial y per-

sonal, ni, en cuanto hombres, de un contenido esencial; pero no es menos cierto que, como se dice en la Escritura, "hemos de ganar nuestro ser en la vida", es decir, en la Historia. Metafísica histórica y hechos reales no se contrapondrán, pues, sino que deberán compenetrarse y completarse. "Lo histórico —según Berdiaeff— tiene un significado profundamente ontológico por su esencia misma y no extrínseco. Lo histórico se adentra en lo más hondo de la existencia, en sus fundamentos mismos, hasta ser en cierto modo una revelación de lo más profundo de la realidad universal".

Por ello, si se quiere penetrar más profundamente en lo histórico, es decir, hacer filosofía de la Historia, será preciso partir de una identificación entre los hechos históricos y el sujeto humano que es su autor. Sólo compenetrándose con la Historia misma, contemplándola *desde dentro* y considerándola como algo profundamente propio, se puede penetrar en el nervio vivo que enlaza y depara sentido a todos sus *hechos* y productos. Del mismo modo que nos sería imposible conocer a una persona si no formase, por la memoria, un todo unido y continuo a través del tiempo, no podemos penetrar en lo histórico si no es introduciéndonos de lleno en la *memoria histórica*, que es, precisamente la tradición.

Y aquí tocamos la explicación de la extraña insuficiencia que encontramos en nuestros tratados de historia de España contemporánea. Quienes consideran los hechos históricos como algo extrínseco y superable por la razón pura, habrán de concebir la Historia como un mero anuario constitucional deshumanizado, y a las verdaderas luchas populares como las oscuras fuerzas de lo irracional, de la ignorancia y de la rutina, que no tendrán más sentido que el de dificultades a la nueva estructuración racionalista.

Mas, como se deduce, otra y bien distinta es la historia moderna de España que está por escribirse: la historia de España vista *desde dentro*, que penetre, en cuanto posible

sca, ese *algo oculto, pero real* que nos escamoteó el criticismo ilustrado.

¿Puede hablarse de una conexión de sentido a lo largo de nuestra turbulenta historia contemporánea o se trata de una composición de fuerzas heterogéneas que se sustrae a esa categoría de sentido? Si éste existiera y pudiera perseguirse a través de ella, ¿coincidirá con el espíritu que animó durante su historia secular a nuestro pueblo? ¿Cabrá, pues, hablar de una continuidad espiritual en el desenvolvimiento histórico de nuestra Patria?

Sobre estos problemas quisiera ensayar algún juicio apoyándome en los momentos iniciales del período que hemos tratado. Creo —en justificación de mi intento— que no podrían darse mejores condiciones que las actuales para la formación de una filosofía de la historia moderna de España: el ciclo de luchas religioso-políticas de que era eslabón la guerra que hemos historiado, culminó quizá en nuestra última guerra civil. Hoy podríamos ver el ciclo completo, y aun estar a la suficiente distancia para poder alcanzar una perspectiva histórica. La crisis espiritual y política del mundo puede hacer especialmente fecunda esta meditación. Ningún momento, pues, como el presente para hacer alto en el camino y reflexionar.

IV.—LA UNIDAD DE NUESTRA HISTORIA

TEMATICA Y CONTINUIDAD DE NUESTRA HISTORIA

Creo que el carácter, a la vez típico y crucial, del episodio de nuestro pasado nacional que hemos historiado puede servirnos de punto de partida e inspiración para la interpretación que nos proponemos.

El contacto vivo con los afanes y la ejecutoria de aquellos héroes de 1821 nos ha alumbrado, ante todo, la existencia de un proceso ininterrumpido en la historia moderna de España que consta, en los hechos exteriores, de seis guerras que son continuación una de otra; y, en el espíritu interno, de una constante voluntad que se ordena, en todo caso, a los mismos ideales.

Al visitar recientemente en Pamplona el Museo de Recuerdos Históricos (o Museo Carlista), observé que habían sido reunidos en una sala, junto a un estandarte traído de la Vendée, banderas y símbolos de cinco de esas guerras: la del Rosellón (1793), la de la Constitución, las dos carlistas, y la última de 1936. No he visto ninguna interpretación más recta y veraz de nuestra historia contemporánea y, si se añadiese un recuerdo de la Guerra de la Independencia, no cabría una representación más exacta de la continuidad histórica de España.

En 1793 la tradición católica y monárquica del pueblo impone una guerra contra la naciente República Francesa, que se costea en gran parte por el pueblo mismo y se nutre en sus ejércitos de voluntarios. Así, la Revolución Francesa hubo de encontrar entre sus primeros enemigos a la Monarquía tradicional de España, que aún guardaba arrestos para velar por el orden europeo. El carácter religioso de

esta lucha está claramente expresado en el estandarte de sus voluntarios navarros que se conserva en dicho Museo de Pamplona. En él, sobre el escudo del Reino, aparece el lema: *Por Dios, el Rey y la Patria*.

Esta guerra se perdió; pero en 1908, victoriosa la Revolución en toda Europa por obra de Napoleón, son derrotados sus ejércitos por el esfuerzo y constancia del guerrillero español, con lo que se inicia el ocaso de su fortuna.

El sentido auténtico y tradicional de estas dos primeras luchas está todavía identificado con lo que podríamos llamar la "España oficial". Por el contrario, la prolongación de este esfuerzo a través de las guerras siguientes es ya *faccioso* en España. No caigamos en la tentación, sin embargo, de identificar a España en ese Estado oficial. España es una realidad histórica y, como tal, compleja e indefinible; formada de unos elementos que Maeztu llama *ónticos* —tierra y raza—, de una tradición cultural y religiosa que preforma y confiere personalidad a sus obras, y, en este caso al menos, de unos nortes o ideales permanentes, a los que se ordena el dinamismo de esa tradición. El Estado, en cambio, es, al menos de la Revolución a esta parte, esa *estructuración "a priori"* que propugnó el espíritu de la Ilustración. La Patria es siempre la misma o no varía sino por una lenta evolución; el Estado, en cambio, puede variar radicalmente de la noche a la mañana.

La guerra de la Constitución nos ha aparecido, por boca de sus partícipes, como continuación de la Guerra de la Independencia contra un Gobierno al que se califica de *intruso* (francés) y de *impío* y *antimonárquico*, con lo que resulta también el primer acto de las guerras civiles (carlistas) que habrían de culminar en la última de 1936.

En todas se repite el mismo tema: la Patria, identificada con el espíritu católico, lucha contra los hombres y la obra de la Revolución, no como una ciega supervivencia del pasado, sino en defensa explícita de un orden y un ideal universales, que habían sido la bandera en su anterior historia,

y de un sistema político que probó su eficacia entre nosotros desde la antigüedad más remota.

Y todo este ciclo histórico puede considerarse —como ya he apuntado antes— continuación de las guerras de religión (137). No es este momento para estudiar las relaciones ideológicas entre el Derecho político derivado de la Revolución Francesa y los fundamentos teóricos del Protestantismo. Sin embargo, quien, con una mente protestante, es decir, sobre los principios de un orden natural independiente, de la relegación a las conciencias del hecho religioso, y del libre examen, trate de forjar una condición política, verá hasta qué extremo se aproxima a la del Liberalismo.

España había mantenido en Europa durante un siglo la causa católica, y, ante el hecho de la Revolución Francesa, supo apreciar sus conexiones necesarias con la herejía y aprestarse a la defensa contra la nueva derivación del mal que ahora se introducía en su seno.

Así, pues, ambos períodos de luchas formarían lo que podemos llamar *etapa defensiva* de la historia de España. Etapa que se completará —para una visión total y coherente de nuestra historia— con otras dos anteriores: la Reconquista y el descubrimiento y colonización de América. Es decir, *construcción, despliegue, y conservación o defensa* de España, que serán los actos del drama inacabado de nuestra historia. Ella adquiere así, a nuestros ojos, un sentido histórico y una unidad *quasi personal* en un grado que pocas realidades históricosociales habrán alcanzado.

(137) Vid. sobre esta idea HERNANDO DE LARRAMENDI, Luis. *La salud de la Causa*, Madrid, 1911.

S E N T I D O D E N U E S T R O T R A D I C I O N A L I S M O

Este hecho de la supervivencia actual del sentido de la historia de España tiene, a mi juicio, la mayor importancia. Supone que en nuestro pueblo lo que podemos llamar en un sentido amplio *tradicionalismo*, no necesita mirar al pasado para encontrarse a sí mismo. Que no es añoranza o teorización sobre una realidad histórica ajena ya a nosotros, sino un situarse en ese *impulso interno, oculto en el seno de la misteriosa vida de los pueblos, en que el hombre se reconoce a sí mismo*, de que nos habla Berdiaeff. Lo que vale tanto como decir que es *auténtico tradicionalismo*, y no arqueología o idealismo desarraigado de la realidad.

Este tradicionalismo propugna, de una parte, una actitud general frente a la vida —la católica, con las modalidades humanas propias del español—, y, de otra, un orden social y un sistema político en armonía con ese espíritu y la común tradición.

En la conciencia de todos está la estrecha relación en que ambas cosas se encuentran para una posible restauración de su vigencia social o política. La experiencia atestigua el fracaso de todos los esfuerzos por restaurar en la sociedad esa actitud y ese espíritu cristianos sin la ayuda de una previa estructura social y política congruente.

Pues bien, otro tanto sucedería para la consecución de ese previo hecho social y político si no existiera un elemento humano, tradicional e histórico que hubiera mantenido una continuidad activa y sirviera, al menos, de solera. El Imperio Romano, por ejemplo, en la grandeza y formas

políticas de la época de Augusto es hoy, para nosotros, solamente una realidad histórica del pasado. Los romanos tradicionalmente evolucionados somos nosotros, los pueblos latinos, con nuestro mundo, nuestra lengua y nuestros veinte siglos de cultura posterior. Por eso, el intento mussoliniano de restauración romana no pudo pasar de una pantomima vencida al cabo por la realidad actual del pueblo italiano. Por esta misma falta de una autenticidad viva, se haría hoy tan difícil en otras muchas naciones una íntegra restauración monárquica tradicional. Aunque la intelectualidad haya podido *volver a pensar* en esto, falta entre ellos casi totalmente el calor vital, humano e histórico de una continuidad de acción en ese sentido. Lo que tampoco supone que sea del todo imposible tal restauración nacional en esos países.

Mas el caso en España es muy otro. Dentro de las clases que en España podemos llamar populares —obrero y campesina— existen dos grandes grupos. Uno —el obrero principalmente— es revolucionario, respondiendo a la reacción —morbosa, pero universal— frente al hecho del capitalismo. Otro —el campesino, sobre todo— es, en lo que toca al orden nacional, social y político, indiferente. Ello no es obstáculo para que se dé una sincera, aunque rutinaria, religiosidad en la mayor parte del segundo grupo y aun del primero, en forma a menudo inconsciente. Esta situación es pareja con la que existe hoy en casi todas las naciones, principalmente en las latinas.

Pero en España existe además un tercer grupo. Es el del campesino realista o carlista. Es decir, la pervivencia entre nosotros de un grupo profundamente popular, que lejos de rebelarse —por odio o injusticia sufrida— contra el espíritu religioso nacional, y lejos de permanecer en apática indiferencia, ha estado dispuesto durante más de un siglo a entregar su vida y hacienda en defensa de su Dios y de su Rey.

Un escritor contemporáneo decía hace poco que "por la fusión de los contrarios en nuestra alma, es difícil que hoy un hombre de nuestra edad pueda ser *partidario* de los guerrilleros (que luchaban contra Napoleón) con la misma posición que mantuvieran aquéllos". Quiero demostrar aquí, precisamente, que esto no sólo es posible, sino que lo único verdaderamente original y típico es esa perduración íntegra de la misma actitud frente a la vida y frente a la Historia que movió a aquellos héroes de antaño.

Este, repito, es un hecho original de nuestro pueblo, y, a mi juicio, esencialísimo. No hay aquí sólo un puro retorno racional hacia lo que en otro tiempo se pensó o se creyó, sino que se da, en lo humano e histórico, una continuidad viva y actuante que perpetúa el sentido de nuestra tradición. De los que en 1936 se alzaron en armas, podrá atribuirse a algunos —bien que con probable injusticia— el móvil de defender una posición social y económica. A otros, quizá el afán de remedar lo que en otros lugares de Europa era aclamado. A unos terceros, tal vez, el instinto de conservación o la simple adhesión ante lo que ya era un hecho consumado. Pero, junto a ellos, fueron muchos los que abandonaron unos pobres aperos de labranza y un hogar casi miserable para combatir con sus manos encallecidas por lo que habían defendido todas las generaciones anteriores desde que España adquirió una personalidad nacional en el mundo. Este hecho, de pura historia y de facilísima comprobación práctica, es lo que no se ve o no se quiere ver hoy en el mundo al enjuiciar la situación jurídica y política que creó el Alzamiento Nacional.

El sociólogo inglés Mr. Beveridge, en su visita a España en 1945, coincidió en Madrid con el desfile conmemorativo de la victoria nacional. A su regreso manifestó que no comprendía cómo, lejos de procurar olvidarla, se festejaba en España la victoria de una guerra civil.

Sin embargo, para una mente no inglesa ni deformada por la sociología, una guerra por principios religioso-políti-

cos, es decir, por motivos ideológicos universales, aun siendo civil, sería la única justificable ante la razón, y cuya victoria podría y debería ser recordada y festejada. Ella puesto que es o se estima el triunfo de la verdad y de su reconocimiento público, representa para los vencedores el triunfo de todos, incluso de los enemigos, aunque éstos no estén en condiciones de verlo y reconocerlo. Las guerras entre pueblos, las de conquista o defensa de un predominio las económicas y las raciales, son, en cambio, las injustificables ante la razón y cuyo resultado entrafía, por su misma esencia, una injusticia y una opresión. Su recuerdo es, cabalmente, el que no debe subsistir, porque de festejarlas resultará siempre el escarnio del vencido y el deseo de venganza. La radical oposición de estos dos puntos de vista nace de la admisión o no admisión del principio de las nacionalidades en sentido moderno. Estas guerras de España —nótese bien— brotan de una *concepción de universo* medieval y cristiana.

Históricamente hablando, el hecho de que España fuese el único país donde en pleno siglo XX se pudiese hablar y se hablase de *guerra santa*, está íntimamente relacionado con la perduración activa y popular de ese espíritu tradicionalista a que aludíamos.

Para muchos, esa perduración no habrá significado más que un hecho aislado y retrógrado, o un caso, entre otros de partidismo y disgregación. Es mucho más difícil ver claro en el mundo en que vivimos que en el de la historia preterita. Los acontecimientos que hoy nos parecen llenos de valor y sentido históricos, pasaron a menudo inadvertidos en su tiempo. Y los hombres que hoy consideramos forjadores de la historia pudieron pasar, a veces, ignorados y aun despreciados de su siglo. Eso mismo nos sucederá, sin duda, en nuestra época. Pero quien real y neutralmente contemple los datos de la historia de España en los siglos XIX y XX, no puede pasar por alto ese hecho, sin par en Europa, de la pervivencia en su ideología y ejecutoria de

una continuidad política que se identifica con la tradición y el espíritu de la antigua España.

Aparte de esto, cuanto políticamente acaeció en esta época fue —en frase de Menéndez Pelayo— “remedo y trasunto débil de lo que en otras partes era aclamado”. En este período todo nació y murió entre cuatro paredes “sin dejar honra de veneración, ni de respeto, ni aun de memoria”. La historia de sus afanes políticos y sus obras nacionales nos aparece hoy —como dije al principio— tan lejana y carente de interés como si se tratase de los primeros tiempos de la Historia. Símbolo de cuanto digo son, de una parte, los discursos de Vázquez Mella —en su fondo doctrinal tan actuales hoy como cuando los pronunció—, y los de Castelar, de otra, que nadie es ya capaz de leer.

LA SITUACION ESPIRITUAL DE NUESTRO TIEMPO

Después de esta segunda guerra mundial, que ha iniciado un paso de gigante, quizá definitivo, en orden al poder destructivo de las armas, la mentalidad de hoy parece haber consumido su capacidad de tener fe en teorías o ilusión en ideales supremos.

El hombre actual no cree ya en nada, de no ser en un vago historicismo existencialista o en una cierta interpretación pragmatista de las ideologías, que no son más que *modos de presentar* un esencial escepticismo. Sin embargo, en medio de su cansancio, desea imperiosamente una posición natural y humana que haga posible la vida y la convivencia, y constituya así una salvación abierta a toda la humanidad doliente.

El principio revolucionario del *antojo personal* —observa Delp— ha deshecho nuestra civilización. "Pero —añade— en nuestra época se ha despertado el ansia de esa área central, patria de todos los hombres. En estos tiempos nuestros están los sentidos y los ojos de los hombres más abiertos que nunca a los valores y posiciones verdaderamente naturales." El problema de nuestros días es, ante todo, un problema religioso; o, si se quiere, la culminación de un proceso de crisis religiosa. "El secreto de la tragedia es el secreto de Lutero, y el secreto de Kant, el secreto de Nietzsche, y el de Hegel..., el secreto de un centro que falta". Y cuando un problema humano e histórico llega a hacerse total, es decir, filosófico, cultural, moral y político; cuando se vive en continuos bandazos a las más opuestas tendencias y del temor a la guerra, y no queda nada que

ler— es que “verdadero y divino sólo puede ser el auténtico Cristianismo en la medida en que no domina en este tiempo sino que está *oculto y rechazado*. Reconocer su verdad y divinidad envuelve, pues, también la prueba negativa de que las causas ocultas de la conflagración mundial (y de los insolubles problemas sociales de la actualidad) tienen su lugar precisamente allí donde el Cristianismo, como fe subjetiva, estaba rechazado o excluido; en una palabra, no en la Europa cristiana, sino en la extracristiana, en la anticristiana” (139).

Lo que en realidad sucede —nos respondemos nosotros— es que el Cristianismo, como doctrina de vida integral y humana, tiene mucho que afirmar en los órdenes social, político e internacional, al menos como principio inspirador de formas de vida y relaciones. En el orden político, por ejemplo, existirán, de una parte, unos supuestos básicos y unas condiciones mínimas exigibles a todo sistema que no quiera estar en oposición a la dogmática fundamental del Cristianismo. De otro lado, existirá por parte del Cristianismo una inspiración positiva e histórica sobre los regímenes que natural y tradicionalmente se forjaron a lo largo de la Historia en todas las naciones cristianas.

Y un cristiano no puede ser, sin menoscabo de su lógica

(139) Estos párrafos —escritos en 1948— aluden al verdadero “triumfalismo” existente en aquella época, que no consistía —como hoy se nos dice— en el mantenimiento de ceremonias públicas cívico-religiosas originadas en la antigua Cristiandad, sino en la tendencia eclesíástica a “hacer las paces” con los poderes y movimientos de origen revolucionario, a fin de vivir en armonía “diplomática” con el mundo de su tiempo.

Posteriormente, un segundo “triumfalismo” que data del Concilio Vaticano II, ha ido mucho más lejos en esta tendencia. En nombre de la “apertura al mundo moderno” ha tratado de reconocer y bendecir la democracia, el socialismo y aun el marxismo como nacidos de su propio espíritu (creaciones cripto-cristianas), y de otorgar a la Iglesia el papel de “un servicio a la Humanidad” por los cauces del *desarrollo* hacia la socialización y “la paz”. Esto recuerda el famoso consejo: “si quieres que te sigan las mujeres, lo mejor es que eches a andar delante de ellas”. (Nota de esta 2.^a edición, 1972.)

—cuando no de su ortodoxia—, ni socialista, ni liberal, ni totalitario. Ni puede simpatizar con las pasiones nacionalistas, ni con el espíritu del capitalismo ni con el del proletariado.

Este sentimiento atormentado de la situación actual del Cristianismo, y de su misión de lucha en el mundo actual se vive aún como en ninguna parte en España y en los pueblos hispánicos. Su expresión más trágica se dio, sin duda, en el españolísimo pueblo mejicano, donde un catolicismo viril e íntegro, heredado de la madre patria, luchó contra la invasión de un catolicismo impreciso y acomodaticio, influido de protestantismo, que sus vecinos del Norte les exportan con claros fines políticos y económicos.

Sin embargo, esta indicación sobre el carácter religioso del problema de nuestro tiempo —aun siendo esencial y básica— se mueve todavía en el terreno de lo general, y es demasiado vaga para derivar de ella aplicaciones concretas.

Como hemos visto, después de varios siglos de individualismo y disgregación, sometidos de continuo al desesperante “comenzar de nuevo”, el hombre de hoy aspira a vivir otra vez lo que llamó Delp “el área central que nos libre de esa ley de la tragedia eterna”. Junto a esa aspiración —lo hemos visto también— ha vuelto los ojos a cuantos forjaron la historia y la tradición y a su oculto y profundo significado. Pero este reencuentro del hombre con aquellos valores preteridos, debe estar libre “de las angosturas y limitaciones provenientes de antojos personales o de ocurrencias casuales”.

En el orden religioso, por ejemplo, sólo existe una comunión histórica capaz de hablar de unión y de armonía constructiva en nombre de algo anterior y superior a cada posición de partido o de confesión. Esta es, indudablemente, la Iglesia Católica. En la conciencia de todos está que es ella la única esperanza seria de unidad cristiana. Pero el camino de esta recuperación no puede ser, a mi juicio, para la Iglesia Católica, la vía de transacción y minimización, sino cabalmente la contraria: la de afirmación. En el mundo hace falta luz y guía; es necesario un poder rector, una disciplina, un principio que, con prestigio histórico vivo y concreto, aglutine, oriente y defina.

Esto no es lo contrario, sino que está estrechamente unido a la exigencia que Max Scheler reclama para toda obra de este género y que expresa con estas palabras: "abrirse, y con los brazos extendidos en ayuda, dar, ofrecer, regalar algo a la Humanidad y curar la herida abierta en su corazón". Esta es la actitud generosa del misionero, no la interesada del diplomático. Solamente así se volverán hacia la Iglesia Católica los ojos de los hombres sinceros y tendrá lugar ese reencuentro en la misma esencia de nuestra historia. "Tal vez entonces —dice Delp— hallemos ese centro y nos instalemos allí donde adquieren nueva significación todos los casos, todos los temores, las fatigas y las decisiones; donde la existencia se libra de toda tragicidad, porque perder allí la vida es encontrarla superabundantemente".

Tenemos con esto un método para aplicarlo también al orden histórico-nacional concreto. Este es el de elevarnos por encima de todas las disidencias, creaciones personales y desvarios, al tronco originario de nuestra unidad y dirección históricas. Es decir, buscar sincera y neutralmente el sentido profundo de nuestra historia hasta hoy (140).

Es, precisamente, lo que hemos tratado de hacer en la historia de nuestro pueblo. Y hemos hallado que este sentido permanece clarísimamente a través de nuestros esfuerzos bélicos de los siglos XVIII al XX, y en perfecta armonía con el espíritu general de la anterior historia. Es decir, que en España esa tradición vital y creadora es aún una realidad viva y actuante. Aquí no serían precisos, para un reencuentro con la propia personalidad, reconstrucciones ni retornos artificiales, sino una simple aceptación de lo que, a nuestro pesar en muchos casos, sigue escribiendo la histo-

(140) La actitud sugerida en estos párrafos (escritos en 1948) es la antitética de lo que más tarde ha representado en el plano eclesiológico el "apertura ecuménica" del post-concilio, y en el plano nacional el "apertura europea" y la llamada "libertad religiosa". El balance de resultados lo aporta —y lo aportará— la historia. (Nota de esta 2.^a edición, en 1972.)

ria de España que permanece. Nuestras guerras del siglo XIX nos enseñan que la empresa universal de nuestra Patria, que podría parecer troncada o fracasada, perdura todavía al modo de un ejército que, aun replegado a unas posiciones mínimas, conserva alientos y objetivos de victoria. Que vivimos, en la historia de España, solamente un *repliegue* histórico.

En el futuro podrán nacer nuevas ideas y movimientos que parecerán arrollarlo todo en un momento. Incluso, dada la situación espiritual de nuestro tiempo, hablarán muchos de ellos, en un orden abstracto e ideal, de retorno a la tradición; pero en su concreción histórica serán producto de una ocurrencia casual. Serán soluciones taradas por el principio del antojo personal y carecerán del prestigio y la autoridad que sólo depara la tradición histórica, *única* capaz de unir y mover hoy a los hombres.

Recordemos al respecto las palabras de Menéndez Pelayo: "Donde no se conserve piadosamente la herencia del pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora." Ellos no hacen sino recordar las de la vieja sentencia: *Nihil innovatur nisi quod traditum est*. Y, a su vez, son recordadas por el pensamiento actual: "Si perdiéramos definitivamente —dice Berdiaeff— el recuerdo de nuestros padres, todos los recuerdos ancestrales, perderíamos también el recuerdo del pasado. La humanidad se hundiría en un estado de demencia, transcurriendo su existir entre trizas de un tiempo desgarrado, deshilvanado, sin coordinación alguna entre sus partes".

En realidad, todas las viejas nacionalidades europeas poseyeron —y aún poseen las más estables y felices— un sistema político forjado por la Historia, y orgánicamente evolucionado. Estos regímenes —vigentes en unas, recuerdo e ideal en otras— hablan entre sí un lenguaje común, porque nacieron todos de la común tradición clásico-cristiana. Ellos son, para cada país, un fondo permanente y

flexible que hace posible la incorporación y asimilación pacífica de las nuevas concepciones y formas de vida. Ellos constituyen un clima favorable incluso para la acción renovadora de las individualidades geniales, porque con su enraizamiento histórico crean una cultura típica y ambiental de la que todo genio ha de surgir, y con su estabilidad libran a los mejores espíritus de la absorbente y estéril lucha política.

De nuestro sistema tradicional, concretamente, suelen recibir hoy mismo su contenido positivo cuanto de eficaz existe en las ideologías políticas antirrevolucionarias, y a él se vuelven indefectiblemente nuestros ojos en los momentos de excepción y de peligro. Todo lo demás no ha sido, en el orden político, otra cosa que *maneras* diversas de la crisis y de la descomposición de nuestra cultura.

Pero una verdadera restauración será muy difícil si no se apoya en una supervivencia humana e histórica. Quizá en España resultaría más fácil, porque perdura esa solera y esa continuidad de espíritu y acción. Ello es cuanto de grande y esperanzador puede encontrarse en el análisis interpretativo de su historia moderna. Ello es cuanto puede ofrecer hoy nuestra Patria al mundo: vuelta a su cauce tradicional y cristiano, servir a modo de germen y base para una restauración universal del orden cristiano.

“El pasado español —dice Maeztu— es una procesión que abandonamos para seguir con los ojos las de países extranjeros o para soñar con un orden natural de formaciones revolucionarias. Pero la antigua procesión no ha cesado del todo. Aún nos aguardan. Por su camino avanzan los muertos y los vivos. Llevan por estandartes las glorias nacionales...”

Los héroes de la guerra de 1821 enlazaban el sentido de su lucha con el de la Independencia. “El intruso Gobierno constitucional —dice el cronista de Navarra— fue en todo según el modelo y sistema del tirano Napoleón, desde el principio de su pérfida agresión contra la España

- HISTORIA SENCILLA DE LA FILOSOFÍA.
Rialp. 304 págs. Madrid, 1961 (5.ª edición 1971).
- CURSO ELEMENTAL DE FILOSOFÍA.
Editorial Anaya. 320 págs. Salamanca, 1962 (12.ª edición. 1972).
- LA UNIDAD RELIGIOSA Y EL DERROTISMO CATÓLICO. (Prólogo de Juan Vallet de Goytisolo).
Editorial Católica Española. 154 págs. Sevilla, 1965.
- EL SILENCIO DE DIOS. (Prólogo de Gustave Thibon).
Editorial Prensa Española. 200 págs. Madrid, 2.ª edición. 1968.



años de nuestro siglo XIX. Porque en él se ve que los realistas de Navarra y Cataluña, continuando a los tercios, a los conquistadores y a los guerrilleros de la independencia, y antecediendo a los partidos del Carlismo y de la Gran Cruzada, peleaban por mantener intacta, limpia y prevenida una idea que el mundo va a necesitar: que está necesitando ya con urgencias de vida y salvación.

José María PEMÁN.

"A nuestro muy amado Soberano el Rey Don Fernando VII —comienza la dedicatoria—. Señor: Si los nombres augustos de Dios y del Rey han sido el lema escrito en las banderas realistas tremoladas desde 1821 en los Pirineos de la siempre fiel Navarra para defender a todo trance el Sacerdocio y el Imperio, únicos baluartes contra la impiedad y la anarquía; si estos dos objetos, los más sagrados del mundo, formando una misma causa de justicia, han sido como dos altares en cuyas aras ofrecieron sacrificar las vidas todos los leales que con la más constante y heroica decisión combatieron y triunfaron al fin contra el monstruo llamado Gaditano; si los amantes de la Monarquía Española, abandonando el dulce reposo de sus hogares y arrojando toda clase de peligros, se decidieron a morir gustosos por conservar la Religión y el Trono de V. M., ¿a quién sino a V. M. debe dedicarse esta historia en que se trata del triunfo de la lealtad y del éxito de la Religión y del Trono, y de consiguiente la paz y felicidad general de la España?"

Aquí encontramos una fuente de inspiración y entusiasmo nacional a que no suelen adjudicar su verdadero valor los historiadores de la época. Y no se trata de un hecho local y aislado, sino de algo enraizado en el esfuerzo heroico de aquel período: si el *Altar y el Trono* era el lema de estas banderas realistas, *Dios y el Rey* fue el grito de los

mánticas, Madrid, 1934, pág. 112), alude a esta crónica de don Andrés Martín y hace ver en ella la cólera de lo que él llama el vasco-ibérico "unida al furor del cura (*furor clericalis*)". Destaca cómo en el prólogo se anuncia "que en su obra resplandecerá el espíritu de caridad y de mansedumbre que nos manda el Evangelio...; pero, a pesar de esta advertencia, se habla con rabia de la obra de los enemigos, se los llama impíos, perversos, sanguinarios, etc."

Lejos de esto —y a una atenta y serena lectura del libro me remito—, se revela en todas sus páginas un hombre lleno de buena fe y de bondad que si, ciertamente, está entregado de lleno a la lucha y califica duramente a la Revolución y —con más que sobrado motivo— a algunos de sus jefes militares, nunca lo hace con personas no representativas ni "por motivos particulares", sino que con frecuencia hace llamadas a la conciliación y aplaude las medidas de amnistía y olvido tomadas por el Rey a la terminación de la guerra.

de Madrid, sino en una historia popular, agreste, vista desde el monte y la guerrilla (4).

Un antecedente de estas luchas religioso-políticas puede verse en la que sostuvo España de 1793 a 1795 contra la Revolución Francesa, cuya extremada popularidad le confiere una fisonomía completamente distinta de las anteriores guerras de su siglo, y le hace participar de ese carácter que hoy llamamos de *cruzada* (5).

(4) No se interprete que el pueblo español en su Historia haya sido ajeno a la lucha por sus libertades y por unas estables garantías frente a la posible arbitrariedad del poder personal de la Corona. Antes bien, pocos pueblos se habrán sostenido más bizarramente en este terreno a lo largo de su Historia. Pero la lucha se dio —y aún seguía dándose— en el campo de las *libertades concretas* de carácter medieval. Las regiones —antiguos reinos—, las corporaciones —independientes del Poder público— defendían sus *fueros* o cartas de libertades con tal vigor y constancia, que, aún hoy, después de más de cien años de régimen centralista y uniforme, hay regiones que mantienen esforzadamente los fragmentos que de sus fueros medievales —en materia jurídica y administrativa— han conservado hasta aquí.

La sustitución de estas libertades institucionales y concretas por la *Libertad* abstracta de la Constitución liberal, no fue aceptada popularmente. De una parte, obró la desconfianza del pueblo, que no veía en tales declaraciones generales las debidas garantías de cumplimiento si no se apoyaban en unas instituciones autónomas, populares y consuetudinariamente fuertes. De otra, el que, tanto la Constitución como el Código civil de Napoleón, se presentaban con un marcado tinte antirreligioso y antimonárquico y asentados en la teoría del origen del Poder en la voluntad popular. (Vid. sobre esto: BALMES, *Escritos políticos: Situación de España*, VI, mayo 1840.)

Los primeros años del reinado de Fernando VII —como después los diez que siguieron al de 1823— crearon, sin embargo, muchos descontentos, principalmente entre los militares que, viéndose en muchos casos injustamente perseguidos, se adherían, aun a pesar de sus sentimientos religiosos y monárquicos, a un constitucionalismo que deseaban ver moderado y compatible con sus convicciones.

(5) Se ha pretendido ver a menudo en la guerra que España sostuvo en 1793 contra la República Francesa una más entre las luchas de carácter predominantemente dinástico de nuestra historia del siglo XVIII en las que el sentir y aun los intereses del pueblo estaban ausentes.

Con esta intención refiere Guillermo de HUMBOLDT en sus *Apuntes sobre un viaje por el país vasco en la primavera de 1801* (en "Revue Internationale des Etudes Basques", tome XV, 1924, pág. 88)

En 1808, el fino instinto religioso de los españoles, aguzado en sus seculares luchas religiosas, les hace ver en los soldados franceses algo más que una invasión extranjera; y nuestra Guerra de Independencia tiene un carácter positivo —junto al negativo de oposición al invasor— que no todos los historiadores han sabido ver.

una anécdota acaecida, según él, en Roncal, el más oriental de los valles vasconavarros del Pirineo. Después de unas consideraciones sobre la injusticia de estas guerras que hacían luchar entre sí a los vascos "por desavenencias entre los Estados a que ellos pertenecen casualmente y los sacaban de su trato y convivencia ordinarios", relata cómo el valle francés, lindante con el de Roncal, paga a éste anualmente un milenario tributo de tres vacas como consecuencia de antiquísimas guerras entre ellos. En 1793, llegada la fecha del tributo, los roncaleses se dirigieron al lugar fronterizo señalado para recibirlo, y, como los franceses, sin duda a causa de la guerra declarada entre España y Francia, no hubieran acudido a entregarlo, penetraron en suelo francés y, después de apropiarse de las tres primeras vacas que encontraron, se volvieron tranquilamente a sus pueblos. Los franceses, ante esto, realizaron una incursión sobre el valle español, llegando a las proximidades de Isaba y destruyendo o robando cuanto a su paso encontraron. Reaccionan entonces los roncaleses, que, tras rechazarlos arrolladoramente, llegan hasta la villa francesa de Ste. Engrace, a la que incendian. Y termina Humboldt con estas palabras: "¡Cuántas desdichas se hubieran podido evitar si se hubiese dejado a valles, que la naturaleza misma separó del resto del mundo por ingentes montañas, en la feliz ignorancia de los crímenes y locuras que en otras partes se cometían!"

Ignacio BALEZTENA, en un estudio inédito, demuestra, sobre datos sacados de los Archivos General de Navarra y del Valle de Roncal, la absoluta inexactitud de esta tendenciosa anécdota: al estallar la guerra, que fue tan popular en Navarra y en los valles fronterizos como en el resto de España, la Junta del Valle de Roncal ofició a la Diputación del Reino, ofreciendo los 829 roncaleses dispuestos a pelear, conforme a fuero, contra los enemigos que invadieran su territorio. Estos Valles tenían el privilegio y el deber de hacer la guerra de fronteras en su propio territorio y bajo el mando de su Alcalde Mayor y Capitán a Guerra.

Las operaciones comenzaron en el Valle el 28 de junio, antes de la fecha del tributo, que es el 13 de julio. Ante la presencia del enemigo, y tras de acudir a los altos puertos todos los hombres y hasta muchas mujeres del Valle, los paisanos roncaleses, adelantándose a las milicias del Reino y soldados regulares, desalojan al enemigo del escarpado pico fronterizo de Bimbaleta y realizan una incursión en suelo francés. Re-crudecida posteriormente la guerra, llega a su punto culminante en esta

facen sus instintos brutales. A esto se oponen los campesinos, que son todos realistas..." (17).

Así, pues, el hecho de que el Rey, a la vuelta de su destierro, dejase sin efecto cuantas reformas constitucionales se hicieron en su ausencia, fue acogido con general satisfacción. El Gobierno y las Cortes de Cádiz, aunque se arrojasen la representación del país, no contaban más que con unos cuantos militares, con los empleados del Gobierno de Cádiz, con un grupo de clérigos *ilustrados* y con una parte de nuestra aristocracia, que —según frase de Menéndez Pelayo— para errarlo en todo se entregó de pies y manos a sus naturales adversarios.

El espíritu liberal durante la Guerra de la Independencia —escribe Balmes— "sólo se desarrolló en un ángulo de la Península que, por la situación de los ejércitos enemigos, estaba casi incomunicado a la sazón con el resto de España" (18).

Y con no menos recelo y hostilidad fue aceptada la restauración constitucional del año 1820 tras la defección militar y alzamiento de Riego, a pesar del general descontento que había provocado el Gobierno de Fernando VII durante los seis años en que gobernó según el antiguo régimen.

(17) Esta unanimidad del pueblo llano en general, y del campesino en particular, en las convicciones realistas durante las primeras guerras civiles, puede apreciarse a través de todos los documentos de la época, especialmente los partes de los jefes militares del Gobierno sobre el espíritu de la población.

Así, por ejemplo, durante esta guerra (3 de julio de 1822), el Comandante Militar de Pamplona, en un oficio al Jefe Político, llega a afirmar, al quejarse de la falta de cooperación de los habitantes: "...Se puede decir que vivimos como en país enemigo". (Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 26, c. 7.)

En el mismo sentido se expresan el coronel Tabuenca (Id. íd. Lg. 24, c. 21) y el general Torrijos (Id. íd. Lg. 27, c. 48.)

Pueden verse asimismo los números 38 y 39 de "El Imparcial", de Madrid, en que se relatan los sucesos acaecidos en Pamplona poco antes de estallar la sublevación realista, cuando la población civil se agrupa casi unánimemente, en los diarios disturbios, frente al elemento militar revolucionario.

(18) BALMES. *Escritos políticos*. Mayo, 1842.

mente célebre coronel Tabuena, que hizo degollar a buena parte de sus hombres. A algunos de los oficiales asesinados se les negó sepultura cristiana y permanecieron sus cadáveres mucho tiempo a la vista de los habitantes (54).

Con esto quedó frustrado el primer intento, y los jefes más caracterizados de la División y de la Junta pasaron a Francia a preparar el segundo alzamiento. Quedaron, sin embargo, en Navarra algunos militares al frente de pequeñas partidas de hostigamiento, y eclesiásticos que procuraban mantener el entusiasmo popular y la fe en la victoria (55). Mientras tanto, los jefes refugiados en Francia preparaban la vuelta a España con mayores probabilidades de éxito. En Toulouse —punto principal de reunión— se nombró comandante en jefe al mariscal de campo don Vicente Jenaro Quesada (56) y jefes inmediatos a don Santos,

(54) Por estos mismos días (21 de diciembre) había marchado don Francisco B. Eraso, miembro de la Junta, a las montañas de Burgos para ponerse en contacto con las partidas del cura Merino, en unión de las cuales vivió diversas peripecias de su difícil situación. Se dirigió desde allí, en arriesgadísima expedición, hasta Madrid con el fin de recabar ayuda económica de los medios realistas de la Corte, no obteniendo más que la insignificante cantidad de 6.000 reales vellón y regresando a Navarra cuando ya el primer alzamiento había sido sofocado. (*Relación de méritos y servicios*, cit.)

(55) Entre otros, los guerrilleros Catachuán y Armengol. Este sorprendió el 14 de mayo en Nardués (valle de Urraul) al coronel Cruchaga, al que dio muerte. A pesar de la reciente adscripción de este jefe a las armas constitucionales, su indiscutible prestigio y su clemencia en la reciente dispersión de Larrainzar hicieron que su muerte fuera generalmente sentida y reprobada. (Archivo General de Navarra. Sección Guerra. Lg. 24, c. 55.)

En este período también realizan incursiones en Navarra el guerrillero Guezala, que operaba en Vizcaya (parte de haber sido avistado. *Id.*, *id.*, Lg. 24, c. 15), y el cura Gorostidi, que dirigía las partidas de Guipúzcoa. (Vid. la *Relación histórica*, cit.)

(56) El general Quesada figuró en la guerra carlista al lado del Gobierno, y fue derrotado por Zumalacárregui en Alsasua el 2 de mayo de 1834. Dos años después, y a consecuencia del motín progresista de La Granja, murió descuartizado por el populacho en Hortaleza, siendo a la sazón capitán general de Castilla la Nueva.

y sable y pistolas al cinto. A su paso, a caballo, por los pueblos, impartía bendiciones con gran unción, mientras excitaba a la lucha religiosa exaltando los ánimos de los campesinos (82). Iluminado y erótico, impetuoso y, a la vez, humilde e impersonal, no ha llegado a formarse juicio sobre si se trataba de un místico fanatizado o de un aventurero religiosamente impostor, aunque parece abonar en pro de su sinceridad interior su santa y edificante muerte, acaecida cuatro años después en el convento trapense en que había reingresado (83). En los momentos que relatamos, su inmunidad ante las balas en la toma de Seo le había rodeado de una especie de hálito sobrenatural.

Por disposición de la Regencia, *el Trapense*, acompañado de Bessières y seguido de un puñado de hombres, se

(82) MARTIGNAC en su *Ensayo* escribe lo siguiente: "En el mes de abril de 1822, el Trapense había plantado una cruz en medio de un campamento y reunido una banda numerosa en la cual se encontraban frailes, curas, hombres de todas profesiones. Electrizada por su ejemplo, fanatizada por sus discursos a la vez místicos y guerreros, esta banda engrosaba cada día y cada día se mostraba más decidida y resuelta. Por todas partes la población armada se ponía en marcha, dirigida por los curas a los gritos de ¡Viva la Religión!, ¡Viva el Rey!, y se dirigían hacia el Trapense cantando himnos religiosos. Ya no era solamente la guerra civil con sus intereses y sus pasiones odiosas: era una cruzada con su fanatismo ciego, con el inflexible rigor de su misión, con esta perspectiva del martirio que coloca la dicha de morir por encima de la gloria de vencer." (Cit. por BAROJA, *Siluetas románticas*. Madrid, 1934, pág. 63.)

(83) En el *Anuario Histórico Universal*, de Lesur, para 1826, hay una nota del 12 de noviembre que dice así: "El Trapense, jefe de guerrilleros que durante la campaña de 1822 mandó en Cataluña un cuerpo de mil a mil quinientos hombres, ha muerto el 9 de este mes en su convento, en que había ingresado en 1824. El hermano Antonio ha muerto de la manera más edificante. El 8 del corriente, a pesar de la fuerza de su enfermedad, se levantó y marchó a la iglesia sostenido por dos frailes. Recibió los Sacramentos con piadoso fervor, volvió a su celda, se tendió en su cama y se dispuso a morir. En la mañana del 9, cuando se preparaban a acostarle sobre una cruz de ceniza (pues así mueren los trapenses), él mismo se acercó a la cruz, aunque había perdido casi el conocimiento y el uso de la palabra, y se tendió sobre la ceniza. Al cabo de una hora había muerto. (Cit. por BAROJA. *Id.*, *Id.*, pág. 61.)

había internado por el Alto Aragón con el fin de levantar los pueblos de esta zona, lo que fue realizando con su acostumbrada facilidad. Sólo al llegar a Barbastro tropezó con leve resistencia. Enterado de esto el capitán general de Aragón —don Antonio Remón Zarco del Valle—, se dirigió rápidamente a Huesca, adonde logró llegar antes que los realistas. Desde allí emprende la persecución del *Trapense*, y lo encuentra en Ayerbe. Pero al realista no le convenía aceptar allí batalla y, huyendo del enemigo, penetra por Sos en Navarra el 18 de agosto. El terreno era para él desconocido, pero encuentra una magnífica acogida e incluso se le incorporan bastantes voluntarios.

Sin embargo, a poco de su entrada en Navarra, pasó por un momento de peligro: estaba acampado en las cercanías de Lumbier, cuando a este pueblo llegó Tabuena con su División reforzada. Enterado Quesada de estas circunstancias, envió inmediatamente dos compañías en auxilio del guerrillero catalán, el cual, con este refuerzo y siguiendo sus audaces impulsos, se decidió a presentar batalla; pero Tabuena, creyendo que se le venía encima toda la División de Navarra, se encerró en Lumbier, atemorizado.

En opinión de don Andrés Martín, hubiera sido esta la gran ocasión para, unidos Quesada y el *Trapense*, dar a Tabuena la batalla decisiva; pero, probablemente por consejo del catalán, que deseaba realizar sus proyectos y volver a Cataluña con fuerzas multiplicadas, se tuvo por más conveniente que Quesada y la División le acompañaran a ponerse a las órdenes de la Regencia y coadyuvar a las operaciones en torno a la plaza de Seo.

Dispone, pues, el general la inmediata partida sin poder comunicarlo previamente a la Junta Gubernativa. En un principio causó esta decisión penoso efecto en los miembros de la Junta y pueblo en general, que se veían desamparados y a merced de las devastadoras columnas enemigas en los momentos álgidos de la guerra y cuando más esperanza te-

lumna que vino en su auxilio desde Logroño, mandada por el coronel don Sebastián Fernández (conocido por *Dos Pelos*), quien resultó prisionero y muerto por los realistas (93).

Así, merced a la actividad y audacia de Arredondo, durante la ausencia de la División, no sólo se mantuvo el estado de cosas en Navarra, sino que se alcanzaron notables éxitos. El único fracaso realista que se señala en este tiempo fue un golpe de mano que dio el enemigo sobre la villa de Isaba (Roncal), que era el depósito de prisioneros, logrando liberarlos (11 de octubre). Esto dio lugar, además, a que los prisioneros realistas en Pamplona quedasen a merced del enemigo, que, sin temor a represalias, fusiló a muchos de ellos (94).

Por fin, el 19 de octubre regresó a Navarra la División Real, entrando a través de la sierra de Leire y llegando a Lumbier, donde fue recibida con gran entusiasmo y aclamaciones. En seguida se incorporó a ella Arredondo, reuniéndose así las dos fuerzas y los laureles de sus victorias (95).

En este mismo día, ante la muerte de Tabuena —tan popular entre los revolucionarios exaltados— y la del coronel Fernández, y ante tan señalados fracasos de sus armas, los elementos liberales produjeron en Pamplona gran

(93) Parte de Guergué al coronel Arredondo. (Andrés MARTIN, *Ob. cit.*, pág. 161.)

Parte gubernamental de la sorpresa de Estella y pérdida del coronel Fernández. (Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 27, causa 14.)

En esta operación de Estella se unieron momentáneamente a Guergué las columnas de Guipúzcoa —mandadas por el cura Gorostidi— y de Alava —mandada por Zabala—. El coronel Fernández —antiguo oficial de Mina en la Independencia— fue cedido como prisionero a la columna alavesa, que, al poco, lo fusiló en Echarri-Aranaz al verse en un apurado trance.

(94) Parte constitucional de la sorpresa de Isaba. (Id., *íd.* Lg. 27, causa 27.)

(95) Parte constitucional del regreso de la división realista. (Idem, *Idem.* Lg. 27, c. 14.)

de los ejércitos de la Santa Alianza, cuya intervención empezaba ya a darse por segura (99).

Inmediatamente puso don Santos todo su empeño y pericia en completar el efectivo de la División, merchado por la dispersión de Nazar. Dispuso, a este efecto, una gran marcha desde Irurozqui hasta Mendiola, cerca de Victoria. Caminó la División día y noche, recogiendo dispersos con los que, unidos a nuevos reclutas incorporados, logró poner el ejército realista en un pie de fuerza que no había tenido hasta entonces.

Por aquellos días decidió la Junta el establecimiento de una imprenta para la publicación de los manifiestos y de un periódico de propaganda realista. Al frente de ella había

(99) Francisco MADRAZO, en su conocida *Historia militar y política de Zumalacárregui*, concede a esta derrota y a la sustitución de Quesada una importancia y significación seguramente excesivas. "La derrota de Nazar —dice—, hundiendo a Quesada en un abismo de descrédito, le hizo perder todo el prestigio de que gozó en un tiempo entre los navarros... Ya antes, con la expedición a Cataluña, no sólo se enajenó su simpatía, sino que se conquistó su aborrecimiento".

Esto último punto es particularmente injusto, ya que la expedición, si mal acogida en un principio, produjo, como hemos visto, el primer éxito decisivo para las armas realistas en Navarra y el castigo al más impopular de sus enemigos, hecho de gran efecto moral para la División. De todo ello quiere deducir Madrazo que "privado de jefe superior la División, fácil le hubiera sido a Zumalacárregui ascender a un puesto que su modestia no ambicionaba". (Cap. III.) Observación del todo inexacta, ya que el Zumalacárregui de entonces no podía aspirar —ni aun remotamente— a tal mandato, máxime estando don Santos, su superior jerárquico y caudillo innegable de esta guerra. Por otra parte, y a mayor abundamiento, la marcha de Quesada va seguida del nombramiento para jefe de don Carlos O'Donnell.

Sin embargo, la derrota de Nazar, sin posible recuperación para Quesada, debió herir profundamente el orgullo de éste. Se ha citado la actitud de Quesada —realista en esta guerra e isabelino en la carlista— como la postura recta y legítima en un militar que debe defender en todo caso el Poder constituido, sea cual fuere. Aquí, en efecto, el constitucionalismo procede del pronunciamiento de Riego, mientras que, después, preexiste al alzamiento carlista. No creo, sin embargo, que puedan encontrarse en nuestro siglo XIX ejemplos de esta actitud neutralmente oficial; más bien habría que buscar la causa del cambio de postura de Quesada en las consecuencias del revés de Nazar.

de estar el propio cura de Uztárroz, cronista de la guerra. Como su relato tiene mucho carácter, lo transcribiré con sus palabras:

"La Junta Gubernativa de Navarra, convencida hasta la evidencia de que la Constitución ilegítima de Cádiz era trasladada literalmente de la de Francia en tiempo de Robespierre...; que el sistema constitucional y su Gobierno democrático o de Cortes fue trazado anteriormente por el genio de la Revolución de Inglaterra y de la Francia para atacar de frente y echar abajo el Trono y el Altar...; asegurada, finalmente, de que la Prensa en poder de los sectarios liberales era una fragua infernal de donde saltan las llamas voraces de la impiedad y de la anarquía, y que por este medio se desenvolvía impunemente el germen del error y de los vicios..., quiso poner algún dique que, si no en todo, contuviese en parte el contagio de tan pestíferos principios y doctrinas. Con este fin compró en Bayona una imprenta y la puso en el fuerte de Irati al cargo y dirección de dos sujetos (Fr. Diego García, comendador de la Merced, y él) a quienes contemplaba capaces de defender con honor la causa de la razón y de la justicia..."

"Autorizados éstos por la Junta para dar a luz un papel o periódico realista, dieron al público uno intitulado La verdad contra el error y desengaño de incautos. El título sólo de este papel anticonstitucional es ya un prospecto breve (1) pero completo de las grandes ventajas que había de rendir en favor de la causa de los realistas. En él hicieron ver sus autores la ilegitimidad de la Constitución de Cádiz, tanto del año 1812 como de 1820, en que renació en la Isla a esfuerzos de una traición que no ha tenido semejante en la España. Probaron igualmente lo falso, anárquico y monstruoso de la supuesta soberanía popular y sus falsas y ruinosas consecuencias... Sostenían y promovían al mismo tiempo el espíritu público de los realistas, dándoles noticias lisonjeras del estado de la Europa y de la próxima entrada del ejército aliado en España, con el objeto de re-

fender en lo posible a los pueblos de estos Valles de las incursiones y talas del enemigo, y proteger el hospital militar establecido en Garde, ya que el que anteriormente existía en Valcarlos había sido saqueado y destruido por los milicianos de Baztán (109). La columna enemiga de Salcedo estaba, por su parte, apostada en Jaurrieta (Salazar) con el doble fin de proteger el transporte de bombas desde la fábrica de Orbaiceta y de saquear los pueblos salacencos con las llamadas contribuciones de guerra y multas a los acusados de realistas.

Zumalacárregui no se limita entonces a defender el acceso a Roncal, sino que toma la iniciativa avanzando sobre el enemigo. Este trata de cortar la retirada a los realistas; pero queda burlado por la admirable estrategia de Zumalacárregui, que de este modo logra ampliar su zona de defensa. En esta operación se distinguió el capitán andaluz don Miguel Gómez, el que luego se hizo famoso como general en la guerra carlista con su célebre expedición militar desde Navarra a Algeciras y regreso (110).

Es sumamente curioso, por su valor biográfico, el relato que Zumalacárregui hace de esta acción de Salazar en carta remitida al cura de Uztároz como redactor del periódico oficial de los realistas, carta que termina con estas palabras:

"...El enemigo... presentó a los ojos del pueblo esta ocurrencia (el intento de cortarles la retirada) como una victoria, mas no debía ponerla en boca si conociera el ho-

(109) Parte de haber ocupado el hospital de sangre de los facciosos. (Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 28, c. 1.)

(110) Parte del coronel Salcedo de esta operación, en la que coge algunos prisioneros y una valija perteneciente a la Junta. (Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. Lg. 28, c. 40.)

En esta acción cayó gravemente herido y prisionero de los constitucionales el capitán Armengol, el mismo que en mayo del año anterior dio muerte en Nardués al héroe de la Independencia, coronel Cruchaga, lo que se había considerado generalmente como un acto de crueldad e ingratitud.

nor militar, y a fe que puestos los valientes realistas en su lugar, ya hubieran sacado más carne en las uñas: se contentaron aquellos cobardes indecentes con tocar la corneta a ataque y gritar viva Riego. Soy de usted con la más alta consideración, etc...—T. ZUMALACÁRREGUI.—SR. D. ANDRÉS MARTÍN." (111).

Pocos días antes de estos hechos (día 3), había coronado Mina en Cataluña su victoriosa campaña de exterminio con la toma del fuerte de Seo de Urgel, donde aún resistían los realistas (112). En Navarra, en cambio, a últimos de febrero creyó don Santos llegado el momento de bloquear la ciudad de Pamplona de un modo serio y efectivo, y, con este fin, cursó una orden, acogida con gran entusiasmo por los pue-

(111) MARTÍN. A. *Ob. cit.* Pág. 205.

(112) Trece días antes (el 20), Rotten había repetido la vandálica medida de su general con Castellfullit, destruyendo totalmente el pueblo de S. Lloréns de Piteu, previa la publicación del siguiente bando, que Lafuente dice reproducir "con hondo dolor", y es un hermoso ejemplo de salvajismo reducido a términos constitucionales:

"ORDEN DADA A LA 4.^a DIVISION DEL EJERCITO DE OPERACIONES DE CATALUÑA: La 4.^a División del Ejército de operaciones del 7.^o Distrito Militar borrará del mapa de España la villa esencialmente rebelde y facciosa llamada S. Lloréns de Piteus, con cuyo fin será saqueada y entregada a las llamas. Los cuerpos tendrán derecho al saqueo en las calles que se señalan, a saber: el Batallón de Murcia en las calles de Arañas y Baldefred; Canarias, en las de Segories y Frectures, etc."

"DON ANTONIO ROTTEN, caballero de la Orden Nacional de San Fernando, etc., ORDENO Y MANDO:

1. La villa que se llamaba S. Lloréns de Piteus ha sido saqueada e incendiada por mi orden, a causa de la sedición de sus habitantes contra la Constitución de la Monarquía, que nunca han querido jurar...

2. No podrá reconstruirse esta villa sin la autorización de las Cortes.

3. Ninguno de los que la habitaban podrá fijar su domicilio en los distritos de Solsona y Berga, exceptuándose sólo las familias de los patriotas y de los que piensan bien. (Siguen los nombres de doce personas.)

4. En su virtud, los que en sus ruinas se encontraren serán fusilados. Etcétera."

blos, prohibiendo rigurosamente todo comercio y relación con la plaza.

Tal orden, sin embargo, no pudo ser cumplida con continuidad debido a que el general O'Donnell, que, aunque retirado en Francia, seguía siendo nominalmente el jefe del ejército de Navarra, tuvo a bien disponer el 5 de marzo que todos los batallones deberían dirigirse a la frontera francesa por la comarca ultrapinenaica de Valcarlos y Arnegui, para allí recibir nuevos vestuarios y municiones que se entregarían con la anuencia, y aun protección, del Gobierno francés. Fácil les fue a la Junta y a don Santos prever los inmensos perjuicios que, en sazón tan crítica de la guerra, podría seguirse si, como cabía temer, la inmovilización y ausencia de las columnas se prolongaba algunos días; pero, como era norma de su conducta —real y seriamente cumplida desde el principio de la sublevación— el acatamiento estricto de las disposiciones jerárquicas, la orden de O'Donnell fue puntualmente cumplida.

La ausencia de la División (o de su mayor parte) se prolongó nada menos que veinte días (del 6 al 25 de marzo), y los males que de ella se siguieron resultaron superiores a los que la misma Junta pudiera suponer. Columnas volantes del enemigo, con el furor de la derrota y de la que sabían próxima entrada de los ejércitos aliados, recorrieron el país robando, talando y asolando cuanto a su paso encontraron, tomando cruel venganza en las familias de los realistas y sembrando, sin temor a represalias inmediatas, el terror y el llanto por todas partes. Entre todas estas brutales columnas de castigo se distinguió la de *Chapalangarra*, que durante largos días asoló los pueblos más ricos de la Ribera (113).

(113) En el pueblo ribero de Cintruénigo dieron durante muchos años el nombre de *Chapalangarras* a unos muñecos rellenos de paja que, en las fiestas de San Juan, colgaban de balcón a balcón y, tras de servir de diversión con sus contorsiones al ser movidos, caían al suelo, donde servían de alimento a los asnos. Aún hoy se llama así a los espantapájaros. (Vid.: *El folk-lore de la noche de San Juan*, por José M.^a IRIBARREN. Rev. "Príncipe de Viana", núm. 7. Pamplona, 1942.)

obra, entraba en un período *real y efectivo*: el período *positivo* o científico de la Humanidad. Todo producto cultural no justificado racionalmente debía ser desechado. Más aún, había de romperse con el pasado y organizar el futuro reemplazando la fe, las tradiciones y las concepciones filosóficas —las grandes fuerzas históricas del pasado— por la ciencia positiva. La sociedad, y aun la religión, podrán ser objeto de una concepción racional *a priori* planeada por él mismo. La Sociología, concebida como una ciencia positiva más, coronaría el edificio del saber y tendría un papel semejante al de la extinguida Filosofía. En Política, como es sabido, propugnó un Estado autoritario que con mano fuerte evitara toda desviación del seguro camino emprendido, con lo que previó el Socialismo como salida natural del Liberalismo; y en Religión pretendió fundar el culto a la diosa Humanidad, con ritual inspirado en el cristiano. El *Progreso* sería la marcha del hombre hacia un estado de omnisciencia, cumbre de la nueva era histórica que había fundamentado (131).

Ya antes que Comte, el inglés Jeremías Bentham, fundador de aquel gran intento de racionalizar y despojar de toda instancia superior a la moral, que se llamó Utilitarismo, había supuesto, con el ingenuo optimismo de la época, que para la Humanidad había llegado el momento de romper con todo el pasado y organizarse racional y atemporalmente. En la ética utilitaria desaparecerá toda norma o voluntad superior, todo misterio, toda tensión o lucha interna: el hombre, naturalmente bueno por principio, apetece, por principio también, el placer, el verdadero placer. Ser moral, poseer la virtud básica de la *prudencia*, consistirá simplemente en aplicar con facilidad, de un golpe de vista, la "aritmética de los placeres" en que éstos se jerarquizan atendiendo a su intensidad, duración, distancia, etc. Esta virtud de la prudencia se complementará con la *benevolencia*, que desea el bien del mayor número. Dickens realizó

(131) Vid. COMTE. A. Discurso sobre el espíritu positivo.

aglutine a las gentes con auténtico respeto, arguye entonces la existencia de un básico problema religioso. No vale entonces, sin falseamiento de la realidad, el fraccionarlo en multitud de problemas que, a gusto de cada uno, puedan erigirse en centro de la cuestión, ni aun siquiera el resolverlo en una pluralidad coincidente de problemas.

A esta concepción religiosa de la situación se opone aquella otra que sigue considerando a Europa como un medio cristiano, al menos *en el fondo*, y hace depender las profundas crisis y las conflagraciones mundiales de circunstancias temporales y adyacentes que se reduzcan, con diferencias de grado, a los problemas que surgían en las edades cristianas. Muchos hablan así desde el Poder por afición a él y para así acallar la conciencia religiosa de los gobernados, que exige un cambio radical.

Pero también —y esto es más grave— se habla así, a veces, desde ciertos medios eclesiásticos. Oyéndolos se tiene la impresión de que vivimos en el más cristiano de los mundos, que para la perfección absoluta sólo falta una formal unión de las iglesias consideradas como unidades, y que la guerra mundial ha sido sólo la lamentable consecuencia de un pleito de fronteras o de la ambición de un gobernante, pero que, acabada ésta, la cuestión sólo estriba en evitar que vuelva a prenderse. A mi juicio, sólo puede explicarse esta visión de las cosas por el afán de mantener a la Iglesia como sujeto de normales relaciones diplomáticas con las potencias del mundo actual, o por el horror a declararse factor en lucha y oposición.

Creo que en este punto Max Scheler dio en un dilema completo y luminoso: "Si el Cristianismo —dice—, en el sentido de la fe subjetiva, estuviera tan bien y en una situación tan excelente como nos aseguran con tanta frecuencia muchos creyentes; si se pudiera decir honradamente que la civilización europea moderna de los últimos siglos, al menos en sus raíces vitales universales, era aún *cristiana* cuando estalló la guerra mundial, ¿quién podrá entonces atreverse a atacar seriamente la afirmación, aniquiladora para la

religión cristiana, de la bancarrota del Cristianismo, aun como contenido objetivo de sentido? Sin embargo, esto es claro como la luz del día: si la doctrina del Cristianismo dominaba efectivamente en la época, en los pueblos, dentro de sus organizaciones y costumbres, cuando se produjo esta guerra, o si era todavía en ellos, al menos, el poder espiritual *rector* de la vida, entonces —en cuanto alcanza a ver la razón— también el Cristianismo, como religión positiva, está juzgado... Es, pues, totalmente imposible demostrar estas dos cosas: que la Europa de antes de la guerra era un *círculo cultural verdaderamente cristiano*, y que el Cristianismo *no* está en bancarrota; que la Iglesia está interiormente, aunque sólo sea por término medio, en estado normal, y exteriormente en la plenitud de poder que corresponde a su dignidad, y que el Cristianismo *no* está en bancarrota. Más bien puede decirse: si la Iglesia estaba en tan buena situación, entonces el Cristianismo está en bancarrota" (138).

A este dilema podrían dársele otras formulaciones: Si un sacerdote, por ejemplo (para citar al cristiano de especial dedicación religiosa y sometido a mayor disciplina eclesiástica), puede, entre nosotros, declararse indiferentemente liberal o totalitario, demócrata o socialista, nacionalista o tradicionalista... Si un cristiano, en cuanto tal, permanece ajeno a estos problemas y tendencias y sólo participa de ellos en cuanto obrero o capitalista, o alemán o británico... Si el Cristianismo es una doctrina etérea o meramente relativa a la intimidad de las conciencias, pero que nada tiene que afirmar o negar en estas cuestiones... Si ellas, además, son causa de unas luchas como no vieron las edades, luchas a las que el hombre se entrega con todo su ser y en las que se compromete la misma existencia de la civilización..., entonces, el Cristianismo ha fracasado.

Lo que en realidad sucede —se responde Max Sche-

(138) MAX SCHELER. *De lo eterno en el hombre*. Madrid, 1940, página 35 y ss.

hasta el triunfo final de esta nación contra aquel monstruo de Europa. Una misma era la secta impío-filosófica de ambos; unos mismos sus falsos principios en orden a la religión y a la política; uno mismo su lenguaje y sus medios, y uno el fin a que ambos se dirigían."

Por otro lado, las palabras con que encabeza su *Historia* parecen escritas para la anárquica situación que dio lugar a nuestra última Cruzada de Liberación: "La guerra de los realistas contra el sistema revolucionario constituye la lucha más sangrienta y desigual entre el hombre religioso, moral y amante de su Rey y el liberal impío y soberbio que, sacudiendo a pretextos de sistema y de reformas, el suave yugo de la religión y del soberano, pretende vivir independiente de toda potestad."

Y nuestra misión como españoles, tras siglo y medio de contiendas político-religiosas, sólo puede ser la recuperación de una estabilidad política que, por encima de las disidencias, asentada en la historia común y en valores de todos reconocibles, pueda sostenerse a través de las futuras vicisitudes.

DEL MISMO AUTOR

- LA INTERPRETACIÓN MATERIALISTA DE LA HISTORIA.
Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 264 páginas. Madrid, 1946 (Agotado).
- LA MONARQUÍA SOCIAL Y REPRESENTATIVA.
Rialp. 252 págs. Madrid, 1952 (Agotado).
- VÁZQUEZ MELLA.
Publicaciones Españolas. 244 págs. Madrid, 1953 (Agotado).
- LOS TRES LEMAS DE LA SOCIEDAD FUTURA.
Colección *O-crece-o-muere.* 38 págs. Madrid, 1953 (Agotado).
- EL EXISTENCIALISMO MORAL.
Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. 52 págs. Madrid, 1956 (Agotado).
- ESO QUE LLAMAN ESTADO. (Prólogo de Francisco Elías de Tejada).
Ediciones Montejurra. 238 págs. Madrid, 1958.